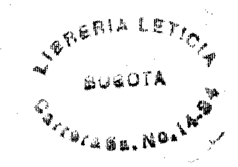
L A E S P I G A D E O R O

HILAIRE BELLOC

LAS GRANDES HEREJIAS

Traducción de
PEDRO de OLAZABAL



LA ESPIGA DE ORO
Buenos Aires
1943

H E R E J I A

Gabriel Rojas Abelláez

QUÉ es una herejía y cuál es su importancia histórica?

Como la mayoría de los vocablos modernos, "herejía" se usa en forma vaga y diversa. En forma vaga, porque el espíritu moderno es tan enemigo de la precisión en las ideas como enamorado de la precisión en la medida. En forma diversa, porque, según el hombre que la emplea, puede representar cincuenta cosas diferentes.

Hoy, en la mayoría de las personas (de habla inglesa), la palabra "herejía" evoca disputas pasadas y ya olvidadas, un viejo prejuicio contra el examen racional. Se considera, pues, que la herejía no es de interés actual. El interés en ella ha muerto, pues trata de temas que nadie toma ya en serio. Se concibe que un hombre pueda interesarse en una herejía de curiosidad arqueológica, pero si ese hombre afirma que dicha herejía ha tenido gran efecto en la historia y que aun hoy es de viva actualidad, difícilmente será comprendido.

Sin embargo, el tema de la herejía en general es de la mayor importancia para el individuo

y para la sociedad, y la herejía, en su significado particular (que es el que tiene en la doctrina cristiana) presenta un interés especial para el que quiera comprender a Europa, el carácter de Europa y la historia de Europa. Porque toda esa historia, desde la aparición de la religión cristiana, ha sido una historia de luchas y de mutaciones, precedidas en gran parte por variaciones de la doctrina religiosa; a menudo, si no siempre, motivadas por ellas y siempre acompañadas por ellas. En otras palabras, "la herejía cristiana" es un tema de primordial importancia para la comprensión de la historia europea, porque, junto con la ortodoxia cristiana, es la constante compañera y el agente de la vida europea.

Tenemos que empezar por una definición, aunque toda definición implica esfuerzo mental y por lo tanto repugna.

Herejía es la dislocación de alguna construcción completa, que se sostiene por sí misma, mediante la introducción de una negación posterior de alguna de sus partes esenciales.

Entendemos por "una construcción completa, que se sostiene por sí misma", cualquier sistema de afirmación en física, matemáticas, filosofía, o de otro orden cualquiera, cuyas diversas partes son coherentes y se apoyan entre sí.

Por ejemplo, el viejo sistema de física a menudo llamado en Inglaterra "newtoniano", por haber sido Newton quien mejor lo definió, es una construcción de esta clase. Las diversas afirmaciones en él formuladas sobre la función de la materia, y en particular la ley de la gravedad, no son aserciones aisladas, de las cuales pueda negarse alguna sin que ello afecte a todas las de-

más: son todas ellas partes de una sola concepción o unidad, y si se modifica alguna de esas partes, la construcción entera queda desarticulada.

Otro ejemplo de construcción análoga es nuestra geometría plana, heredada de los griegos y llamada "euclidiana" por los que creen que han hallado (o así lo pretenden) una nueva geometría. Cada una de las proposiciones de nuestra geometría plana —que los ángulos internos de un triángulo plano son iguales a dos ángulos rectos, que los ángulos comprendidos en un semicírculo son iguales a dos rectos, etc.— no sólo está apoyada por todas las demás proposiciones del sistema, sino que a su vez apoya a cada una de las partes del todo.

"Herejía" significa, pues, la construcción de un sistema por "excepción", por "elección" de una parte de la estructura [1], e implica que el sistema queda destruído al sustraerse una parte de él, al negarse una parte de él, ya quede el vacío sin llenar o ya se lo llene con alguna afirmación nueva. Por ejemplo, el siglo XIX completó un sistema de crítica de textos para establecer la fecha de un documento antiguo. Uno de los principios de este sistema es que cualquier afirmación sobre lo milagroso es necesariamente falsa. "Cada vez que se halle en cualquier documento un milagro, certificado por el supuesto autor de ese documento, se tiene derecho a concluir —dicen como un solo hombre los críticos de textos del siglo XIX—, que el documento no es contemporáneo, no es de la fecha que se pretende". Aparece un nuevo y origi-

[1] La palabra deriva del verbo griego *haireo,* que primero significó "agarro" o "me apodero de", y luego pasó a significar *quito.*

nal crítico que dice: "No estoy de acuerdo. Creo que los milagros ocurren y creo también que las gentes dicen mentiras". Un hombre que acomete en esa forma es un hereje en relación a ese sistema ortodoxo particular. Una vez establecida esta excepción, algunas negativas ciertas se tornan inciertas.

Se estaba seguro, por ejemplo, de que la vida de san Martín de Tours, que se consideraba escrita por un testigo contemporáneo, no era de un testigo contemporáneo, debido a los milagros en ella relatados. Pero, de admitirse el nuevo principio, podría ser, después de todo, de la época y, por lo tanto, aquello de que daba fe, no milagroso pero que no se halla en ningún otro documento, podría aceptarse como histórico.

Se lee en la vida de un taumaturgo que éste resucitó a un muerto en la basílica de Viena en el año 500. La escuela ortodoxa de crítica diría que toda la anécdota es fatalmente falsa, porque, a más de ser milagrosa, no hay pruebas de la existencia de una basílica en Viena en esa fecha. Pero el hereje, que discute el canon ortodoxo del criticismo, dice: "Me parece que el biógrafo del taumaturgo puede haber mentido, pero que no habría mencionado la basílica ni la fecha, a menos que los contemporáneos supieran, como lo sabía él, que *había* una basílica en Viena en esa fecha. *Una sola* falsedad no presupone falsedad *total* en un narrador". Hasta podría aparecer un hereje mayor aun, que dijera: "No sólo es este pasaje una prueba perfectamente buena de la existencia de una basílica en Viena en el año 500, sino que creo posible que el hombre *haya* sido resucitado después de muerto". Si se sigue a cualquiera de estos críticos, se está trastornando todo un sistema de exámenes, mediante el cual se separa la historia verdadera de la falsa en la crítica de textos de los últimos tiempos.

La negación de un sistema en su totalidad no es herejía, ni tiene el poder creador de una herejía. Es de la esencia de la herejía dejar en pie gran parte de la estructura que ataca.

De este modo puede atraer a los creyentes y sigue afectando sus vidas, aunque apartándolas de sus caracteres primitivos. De ahí que se dice de las herejías que "sobreviven por las verdades que conservan".

Debemos observar que el que la totalidad del sistema así atacado sea verdadera o falsa, es indiferente al valor de la herejía como tema de estudios históricos. Lo que nos preocupa es la muy interesante verdad de que la herejía origina una nueva vida propia y afecta vitalmente a la sociedad que ataca. El motivo por que los hombres combaten la herejía no es única ni principalmente el conservadorismo —una devoción por la rutina, un desagrado por la perturbación en sus hábitos de pensar—; mucho más que eso es la percepción de que la herejía, en cuanto gana terreno, originará una forma de vida y un carácter social contrarios y lesivos a la forma de vida y al carácter social originados por el viejo sistema ortodoxo, y tal vez mortal para ellos.

Esto, en cuanto al sentido general y al interés de la muy importante palabra "herejía".

En su sentido particular (sentido con que se la usa en este libro), es el trastorno, mediante la excepción, del completo sistema que es la religión cristiana.

Por ejemplo, una de las partes esenciales de la religión (aunque sólo una parte), es la afirmación de que el alma del individuo es inmortal, que la conciencia personal sobrevive a la muerte física. Ahora bien, si las gentes lo creen, se considerarán a sí mismas y al mundo en cierta forma, se conducirán en cierta forma y serán gentes de cierta clase. Si exceptúan, esto es, si prescinden de esta única doctrina, podrán sostener todas las demás, pero el sistema se ha trastornado, el tipo de vida, el carácter y demás serán otros. El hombre que está seguro de que ha de morir totalmente, podrá creer que Jesús de Nazareth fué Dios de Dios, que Dios es trino y uno, que la Encarnación fué acompañada por el alumbramiento de una Virgen, que el pan y el vino se transforman mediante una fórmula particular; podrá recitar gran número de plegarias cristianas y admirar e imitar ejemplos cristianos de su elección, pero siempre seguirá siendo un hombre diferente de aquél que da por cierta la inmortalidad.

Porque la herejía, en este sentido particular (negación de una doctrina cristiana aceptada), así como afecta al individuo, afecta a toda la sociedad, y cuando se está examinando una sociedad formada por una religión particular, tiene que preocupar necesariamente en sumo grado cualquier alteración o desmedro de esa religión. *Ése* es el interés histórico de la herejía. *Ése* es el motivo por el cual quien quiera entender cómo comenzó a existir Europa y cómo se motivaron sus cambios, no puede arriesgarse a considerar la herejía como una cosa sin importancia. Los eclesiásticos que tan denodadamente lucharon por los detalles de la definición en los concilios orientales,

tenían mucho mayor sentido histórico y estaban mucho más en contacto con la realidad que los escépticos franceses, familiares a los lectores ingleses gracias a su discípulo Gibbon.

Un hombre que cree, por ejemplo, que el arrianismo es sólo cuestión de palabras, no advierte que un mundo arriano habría sido mucho más parecido a un mundo mahometano que lo que ha llegado a ser en realidad el mundo europeo. Ese hombre está mucho menos en contacto con la realidad de lo que estaba Atanasio al afirmar que la orientación de la doctrina era de capital importancia. Ese concilio local de París, que inclinó la balanza en favor de la tradición trinitaria, tuvo tanto efecto como una batalla decisiva y el no comprenderlo es ser un pobre historiador.

No es contestar a una tesis como ésa, el decir que tanto los ortodoxos como los herejes sufrían los efectos de una ilusión, que estaban discutiendo asuntos sin existencia real y que no merecían la molestia de una controversia. El hecho es que la doctrina (y su negación) formaron la naturaleza de los hombres y que las naturalezas así formadas determinaron el futuro de la sociedad constituída por esos hombres.

Hay otra consideración a este respecto, que demasiado a menudo se omite en nuestros tiempos, y es que la actitud escéptica ante las cosas trascendentales no puede ser duradera en una masa de hombres. Esto ha hecho la desesperación de muchos, que deploran la despreciable debilidad de los hombres, que los obliga a la aceptación de alguna filosofía o de alguna religión para vivir. Pero tenemos aquí materia de experiencia positiva y universal.

En realidad, no hay negación posible. Es un mero hecho. La sociedad humana no puede subsistir sin algún credo, pues un código y un carácter son el producto de un credo. De hecho, aunque los individuos, especialmente aquéllos que han llevado una vida regalada, pueden vivir a menudo con un mínimo de certidumbre o de aceptación por hábito acerca de los problemas trascendentales, una masa humana orgánica no puede subsistir en esa forma. Así, a la Inglaterra moderna la sostiene toda una religión, la religión del patriotismo. Destrúyasela en los hombres por algún cambio herético, mediante una "excepción" a la doctrina de que el deber primordial del hombre es para con la sociedad política a que pertenece, e Inglaterra, tal como la conocemos, dejará de ser ella misma y se transformará en cualquier otra cosa.

La herejía, pues, no es un tema fósil. Es una materia de interés permanente y vital para la humanidad, porque está relacionada con el tema de la religión, sin la cual ninguna sociedad ha podido ni podrá durar. Los que creen que el tema de la herejía puede despreciarse porque la palabra les suena a anticuada y porque se relaciona con algunas disputas abandonadas desde hace mucho, están cometiendo el error común de pensar con palabras en lugar de pensar con ideas. Es la misma clase de error que opone a los Estados Unidos como "república" a Inglaterra como "monarquía", pues, por supuesto, el gobierno de los Estados Unidos es esencialmente monárquico, y el gobierno de Inglaterra, esencialmente republicano y aristocrático. No hay límite para los malentendidos que surgen del empleo inseguro de las

palabras. Pero si recordamos el sencillo hecho de que un Estado, una comunidad humana o una cultura general tiene que inspirarse en algún cuerpo de normas morales y que no puede haber cuerpo de normas morales sin doctrina, y si convenimos en llamar religión a todo cuerpo consistente de normas morales y de doctrina, entonces la importancia de la herejía como tema será clara, porque herejía no significa sino "la proposición de novedades en religión mediante la excepción, de lo que ha sido la religión aceptada, de uno u otro punto, su negación o substitución por otra doctrina hasta entonces desconocida".

El estudio de las sucesivas herejías cristianas, sus caracteres y sus destinos, presenta un interés especial para todos los que pertenecemos a la cultura europea o cristiana, y ésta es una razón que debería ser evidente por sí misma, puesto que nuestra cultura fué hecha por una religión. Las modificaciones de esa religión o las desviaciones de las normas que impone, afectarán necesariamente nuestra civilización en su conjunto.

Toda la historia de Europa, tanto la de sus diversos reinos y Estados como la general, durante los últimos dieciséis siglos, ha girado principalmente alrededor de las sucesivas herejías que surgieron en el mundo cristiano.

Somos hoy lo que somos, principalmente, porque ninguna de estas herejías dominó definitivamente nuestra religión ancestral, pero también somos lo que somos porque cada una de ellas ha afectado profundamente a nuestros padres durante generaciones; cada herejía dejó tras de sí sus rastros, y una de ellas, el gran movimiento mahometano, se mantiene hasta hoy en vigencia

dogmática y preponderante en una gran extensión de territorio que una vez fué totalmente nuestra.

Si fueran a enumerarse las herejías que señalaron toda la historia de la cristiandad, la lista sería casi interminable. Se dividen y subdividen, las hay de todos los grados, desde las locales a las generales. Sus vidas varían desde menos de una generación hasta siglos. La mejor forma de entender el tema es elegir unos pocos ejemplos destacados, y, mediante su estudio, comprender cuál es la inmensa importancia que la herejía puede tener.

Tal estudio es tanto más fácil cuanto que nuestros padres reconocían a la herejía por lo que era, le daban, en cada caso, un nombre particular, la sometían a definición y por lo tanto a límites, y hacían muy fácil su análisis por esa definición.

Desdichadamente, en el mundo moderno la costumbre de tal definición se ha perdido; la palabra "herejía" ha llegado a significar algo sin valor, anticuado, y no se aplica ya a casos que son claramente casos de herejía y que deberían ser tratados como tales.

Por ejemplo, existe hoy en el extranjero una negación de lo que los teólogos llaman "dominio", esto es, el derecho de propiedad. Se afirma generalmente que las leyes que permiten la propiedad privada de la tierra y del capital son inmorales, que el suelo y todos los bienes productivos deberían ser comunes y que todo sistema que deje su propiedad a individuos o a familias es equivocado y debe ser atacado y destruído.

Esa doctrina, muy fuerte ya entre nosotros y que está creciendo en fuerza y en el número

de sus partidarios, no la llamamos herejía. Sólo pensamos en ella como en un sistema político o económico, y cuando hablamos de comunismo, nuestro vocabulario nada sugiere de teológico. Pero esto sólo ocurre porque hemos olvidado lo que significa la palabra "teológico". El comunismo es tan herejía como el maniqueísmo. Es la excepción del sistema moral en que hemos vivido, en una de sus partes, la negación de esa parte y el intento de substituirla por una innovación. El comunista conserva mucho del sistema cristiano —la igualdad humana, el derecho a vivir, y demás—; sólo niega *parte* de él.

Lo mismo se aplica al ataque a la indisolubilidad del matrimonio. Nadie califica de herejía la práctica moderna del divorcio ni su afirmación, aunque es claramente una herejía porque su característica determinante es la negación de la doctrina cristiana del matrimonio y su substitución por otra doctrina que afirma que el matrimonio no es sino un contrato, y un contrato rescindible.

También es una herejía, un "cambio por excepción", afirmar que nada puede saberse de las cosas divinas, que todo no es sino una mera opinión y que por lo tanto las cosas demostradas por la prueba de los sentidos y por la experiencia deberían ser nuestras únicas guías en la gestión de los asuntos humanos. Los que así piensan pueden conservar, y conservan comúnmente, mucho de la moral cristiana, pero por negar la certeza de la autoridad, doctrina que es parte de la epistemología cristiana, son herejes. No es una herejía decir que la realidad puede ser alcanzada por el experimento, por la percepción sensorial y por la

deducción. Herejía *es* decir que la realidad *no puede* ser alcanzada por otro medio alguno.

Estamos viviendo hoy bajo un régimen de herejía que sólo se distingue de los períodos anteriores porque el espíritu herético se ha generalizado y se presenta en varias formas.

Como se verá, en las páginas siguientes hablo del "ataque moderno" porque para hablar de una cosa algún nombre ha de dársele, pero la marea que amenaza cubrirnos es tan difusa que cada uno debe darle su propio nombre: hasta ahora carece de designación común.

Esto ocurrirá tal vez, pero no hasta que el conflicto entre el moderno espíritu anticristiano y la permanente tradición de la Fe se torne agudo, mediante la persecución, el triunfo o la derrota. Entonces quizá se llame Anticristo.

PLAN DE ESTE LIBRO

En adelante me propongo tratar los principales ataques contra la Iglesia Católica que han señalado su larga historia. En todos los casos, menos en el ataque musulmán y en el moderno —confuso aunque ubicuo— que aun está desarrollándose, relato sus fracasos y las causas de sus fracasos. Concluiré comentando las probabilidades, en la lucha actual, para la supervivencia de la Iglesia en esta misma civilización que ella ha creado y que ahora, en general, la está abandonando.

Hay, como todos saben, una institución que se proclama hoy única maestra autorizada y designada por mandato divino, de moral y de doctrina esenciales. Esta institución se llama la Iglesia Católica.

Hay, además, una verdad histórica admitida y que nadie niega, y es que tal institución, con tales pretensiones, ha existido en la humanidad durante muchos siglos. Muchos son los que por antagonismo o falta de conocimientos niegan la identidad de la Iglesia Católica de hoy con la

primitiva sociedad cristiana. Nadie, sin embargo, aunque hostil o ignorante, negará su existencia desde hace por lo menos mil trescientos o mil cuatrocientos años.

Otra verdad histórica (aunque no universalmente reconocida) es que la pretensión de este organismo de ser un vocero instituído por mandato divino para la revelación de la verdadera doctrina en los temas esenciales al hombre (su naturaleza, sus pruebas en esta vida, su condenación o su salvación, su inmortalidad, etc.), ha sido afirmada durante los siglos precedentes, hasta poco antes de mediados del siglo I.

Desde el día de Pentecostés (entre los años 29 y 33 después de J. C.) en adelante, hay un cuerpo de doctrina afirmado —por ejemplo, desde el comienzo, el de la Resurrección. Y el organismo por el cual ese cuerpo de doctrina ha sido afirmado fué, desde un principio, un grupo de hombres unidos por cierta tradición, por la cual pretendía poseer esa autoridad.

Aquí tenemos que distinguir entre dos conceptos totalmente diferentes, que, sin embargo, se confunden a menudo. Uno es el hecho histórico de que se ha pretendido y aun se pretende tener autoridad divina y doctrina infalible; otro, la credibilidad de esa pretensión.

Que dicha pretensión sea verdadera o falsa nada tiene que ver con su origen histórico ni su continuidad; puede haber surgido como una ilusión o una impostura, pero esto no afecta su existencia histórica. La pretensión se ha formulado y se sigue formulando y los que la tienen están en interrumpida continuidad con los que la formularon

en un principio. Forman, colectivamente, el organismo que se llamó y aun se llama la "Iglesia".

Ahora bien, contra este autorizado organismo, sus pretensiones, su carácter y sus doctrinas se han producido, en todo el curso de su existencia, continuos asaltos. Ha habido negaciones a esa pretensión. Ha habido negaciones de ésta o aquella parte de sus doctrinas. Se ha intentado substituir estas doctrinas por otras. Hasta repetidamente se ha intentado destruir el organismo, la Iglesia.

Me propongo elegir cinco ataques principales de esta clase del total de esfuerzos —casi ilimitados en número—, grandes y pequeños, por derribar el edificio de la unidad y de la autoridad.

El motivo que tengo para elegir un número tan pequeño como cinco y particularizarme con cada uno de ellos como fenómeno separado, no sólo es la necesidad de un plan y de un límite, sino también el hecho de que en estas cinco están ejemplificadas las principales formas de ataque. Estas son, en su orden histórico: 1º la arriana; 2º la mahometana; 3º la albigense; 4º la protestante; 5º una a la que no se ha dado todavía nombre específico alguno, pero que para más comodidad llamaremos la "moderna".

Sostengo que cada una de esas principales campañas —cuyo triunfo completo habría significado en cada caso la destrucción de la Iglesia Católica, su autoridad y su doctrina entre los hombres—, presenta un tipo.

El ataque arriano propuso un cambio de la doctrina fundamental, que, de haberse logrado, habría transformado la naturaleza entera de la religión. No sólo ésta se habría transformado;

habría fracasado, y a su fracaso habría seguido el derrumbamiento de esa civilización que la Iglesia Católica iba a construir.

La herejía arriana, que llenó el siglo IV y que desplegó gran actividad durante el siglo V, se proponía llegar hasta las raíces mismas de la autoridad de la Iglesia atacando la plena divinidad de su Fundador. Pero hizo mucho más, porque el motivo fundamental era una racionalización del misterio en que la Iglesia misma se basa: el misterio de la Encarnación. El arrianismo fué esencialmente una rebelión contra los misterios en su totalidad, a pesar de manifestarse como un ataque contra el misterio principal solamente. Fué un ejemplo típico y de las mayores proporciones de esa reacción contra lo sobrenatural que, plenamente desarrollada, despoja a la religión de todo aquello por lo cual la religión vive.

El ataque mahometano fué de tipo diferente. Geográficamente, vino de fuera de la zona de la Cristiandad; apareció, casi desde el principio, como un enemigo externo, pero no fué, estrictamente hablando, una nueva religión que se oponía a la antigua; fué esencialmente una herejía, aunque por las circunstancias de su nacimiento fué una herejía extranjera antes que interna. Amenazó matar a la Iglesia cristiana por invasión en lugar de minarla desde dentro.

El ataque albigense no fué sino el principal de otros muchos, que tuvieron todos sus orígenes en la concepción maniqueísta de una dualidad en el Universo; la concepción de que el bien y el mal siempre están luchando como iguales y que el Poder Omnipotente no es ni uno ni benéfico. Estrechamente ligada a esta idea e inseparable de ella era la concepción de que la materia es el mal y todo placer, especialmente del cuerpo, es malo. Esta forma de ataque, de la que sostengo que la albigense fué la más notoria y la que más cerca del triunfo llegó, fué más bien un ataque contra la moral que contra la doctrina; tuvo el carácter de un cáncer que carcomía desde adentro el cuerpo de la Iglesia y producía una vida nueva y propia, antagónica a la vida de la Iglesia y destructora de ésta —como un tumor maligno en el cuerpo humano vive una vida propia, diferente y destructiva del organismo en que parasitariamente ha nacido.

El ataque protestante difiere de los demás, especialmente, por la característica de que no consistió en la promulgación de una nueva doctrina ni una nueva autoridad, de que no llevó ningún ataque concertado para crear una contra-Iglesia, sino que tuvo por principio la negación de la unidad. Fué un esfuerzo para provocar ese estado de espíritu en el cual se niega una *Iglesia,* en el sentido antiguo de la palabra —esto es, un cuerpo infalible, unido, de enseñanza, una Persona que habla con autoridad divina; no las doctrinas que pueda establecer, sino su pretensión misma de establecerlas con autoridad única. Así, un protestante puede afirmar, como lo hacen los "puseyitas" ingleses, la verdad de todas las doctrinas que sostienen la misa —la presencia real, el sacrificio, el poder sacerdotal de consagración, etc.—, y otro protestante puede afirmar que todas esas concepciones son falsas, a pesar de lo cual ambos son protestantes porque comulgan con la concepción fundamental de que la Iglesia no es una per-

sonalidad visible, definible y unida, que no hay una autoridad infalible central y que por lo tanto todos están en libertad de elegir sus propias doctrinas.

Esas afirmaciones de desunión, esa negación de la unidad como parte del orden divino, ha producido un temperamento protestante común mediante ciertas asociaciones históricas, pero no hay una sola doctrina ni grupo de doctrinas que puedan considerarse como médula del protestantismo. La esencia del protestantismo es el rechazo de la unidad por la autoridad.

Por último, está el ataque contemporáneo contra la Iglesia Católica, que aun está desarrollándose y al que no se ha dado definitivamente nombre sino la vaga designación de "moderno". Yo hubiera preferido, quizá, la antigua palabra griega "alogos", pero habría parecido pedantesca. Y sin embargo, es lástima haberla desechado, pues describe admirablemente en forma implícita la lucha entre los actuales atacantes de la autoridad católica y la doctrina, así como el tono de espíritu de un creyente. La antigüedad comenzó por dar el nombre de "alogos" a los que disminuían, aunque llamándose cristianos, la divinidad de Cristo. Se decía que obraban así por falta de "inteligencia", en el sentido de "plenitud de comprensión", "amplitud de ideas". Las gentes pensaban de esta clase de racionalismo lo que las personas normales piensan de un daltónico.

También habría podido elegirse el término "positivismo", si se considera que el movimiento moderno se basa en la distinción entre cosas positivamente probadas por experiencia y cosas aceptadas sobre otras bases, pero ese término tiene ya un significado especial y utilizarlo habría producido confusión.

De todos modos, aunque no tengamos tal vez hasta ahora nombre específico, conocemos todos el espíritu a que me refiero: "Sólo es verdad lo que puede apreciarse por los sentidos y someterse a experimentación. Tanto más profundamente puede creerse aquello que más profundamente puede medirse y probarse por experimentos reiterados. Las generalmente llamadas "afirmaciones religiosas" son siempre *presumiblemente* y algunas veces *en forma demostrable,* ilusiones. La idea de Dios en sí y todo cuanto de ella se desprende es hechura del hombre y una ficción de la imaginación." Éste es el ataque que ha sobrevivido a todos los anteriores, el que está ganando ahora terreno tan rápidamente y cuyos adeptos sienten —como en su apogeo sentían todos los adeptos de los ataques anteriores— una seguridad de triunfo cada vez mayor.

Tales son los cinco grandes movimientos contrarios a la Fe. El concentrar nuestra atención en cada uno de ellos nos demostrará con ejemplos separados el carácter de nuestra religión y esa extraña verdad hacia la cual los hombres no pueden menos de sentir simpatía u odio.

El limitarnos a estos cinco ataques principales tiene además esta nueva ventaja: que con ellos parecen abarcarse todas las direcciones desde las cuales puede lanzarse un asalto contra la Fe Católica.

No hay duda que en el futuro habrá mayores conflictos y podemos estar seguros de que es inevitable, pues es de la naturaleza de la Iglesia

provocar el odio y el ataque del mundo. Tal vez tengamos que hacer frente más adelante a los paganos del Oriente, o, quizá, tarde o temprano, al desafío de un nuevo sistema —no una herejía, sino una nueva religión. Pero las principales *clases* de ataque parecerían estar agotadas por la lista que la historia ha presentado hasta ahora. Hemos tenido ejemplos de herejías que obraban desde fuera y que han formado así un nuevo mundo, de las cuales el islamismo es un gran ejemplo. Ha habido casos de herejías que obraban atacando la raíz de la Fe, la Encarnación, y que se especializaron en ello, de las que el arrianismo es el principal ejemplo. Se ha dado el crecimiento de un cuerpo extraño desde adentro, los albigenses, y toda su parentela maniqueísta tras de ellos. Hemos tenido el ataque contra la personalidad, esto es, la unidad, de la Iglesia, es decir, el protestantismo. Y ahora presenciamos, en momentos en que el protestantismo está muriendo, el surgimiento y desarrollo de otra forma más de conflicto —el propósito de tratar toda afirmación trascendental como una ilusión. Parecería como si el futuro no pudiera presentar más que una repetición de estas formas.

La Iglesia puede ser considerada, pues, como una ciudadela que presenta cierto número de frentes entre los ángulos de sus defensas; cada uno de sus frentes es atacado a su vez, y, después de cada ataque, el siguiente soporta el embate de la batalla. El último asalto, el moderno, es más un intento de disolver la guarnición, de aniquilar su poder de resistencia por sugestión, que no un conflicto armado. Con esta última forma, la lista parecería agotada. Si este peligro se disipa, entonces el próximo sólo podrá aparecer bajo una de las formas de que ya hemos tenido experiencia.

Podrá preguntárseme, como apéndice a este preludio, por qué no he hecho mención alguna de los cismas. Los cismas son ataques contra la vida de la Iglesia Católica tanto como las herejías; el mayor de todos los cismas, el griego u ortodoxo, que ha originado la comunión griega u ortodoxa, es en forma manifiesta una disrupción de nuestra fuerza. Pero creo que las diversas formas de ataque contra la Iglesia en forma de doctrina herética son de una categoría diferente de los cismas. No hay duda de que un cisma contiene comúnmente una herejía, y no hay duda de que ciertas herejías han intentado sostener que tendríamos que reconciliarnos con ellas como lo haríamos con un cisma. Pero aunque ambos males aparecen en compañía, cada uno de ellos es de clase diferente al otro, y como estamos estudiando el uno, mejor es eliminar al otro durante el proceso del estudio.

Examinaré, pues, en estas páginas y por turno los cinco grandes movimientos que he mencionado, y los tomaré en orden histórico, empezando por el arrianismo que, por ser el primero, fué tal vez el más formidable.

LA HEREJIA ARRIANA

EL arrianismo fué la primera de las grandes herejías.

Desde la fundación de la Iglesia, en Pentecostés [1], años 29 a 33, hubo muchos movimientos heréticos que abarcaron los primeros tres siglos. Casi todos ellos se referían a la naturaleza de Cristo.

El efecto de la prédica de Nuestro Señor, de su Personalidad y Milagros, pero, más que todo, de su resurrección, fué llevar a cuantos tenían alguna fe en el milagro producido, a una concepción del poder divino que actuaba en todo ello.

Entonces, la tradición central de la Iglesia, en este caso còmo en todos los demás de doctrina discutida, fué firme y clara desde el principio. Nuestro Señor fué indudablemente un hombre. Había nacido como nacen los hombres; murió có-

1 Para la discusión sobre la fecha de la Crucifixión, la Resurrección y Pentecostés debo remitir a mis lectores al erudito y claro trabajo del Dr. Arendzen *Men and Manners in the Time of Christ* (Sheed and Ward). De las pruebas, que han sido plenamente examinadas, surge que la fecha no es anterior al año 29, y posiblemente pueda ser posterior en unos pocos años, aunque la fecha tradicional más ampliamente aceptada es el 33.

mo mueren los hombres. Vivió como un hombre y había sido conocido como hombre por un grupo de íntimos compañeros y por muy gran número de hombres y mujeres que lo siguieron, lo oyeron y presenciaron sus acciones.

Pero —decía la Iglesia— también era *Dios*. Dios había bajado a la tierra y se había encarnado en un Hombre. No era meramente un hombre influído por la Divinidad ni una manifestación de la Divinidad bajo una apariencia de hombre. Era al mismo tiempo plenamente Dios y plenamente Hombre. En esta tradición central la Iglesia no vaciló jamás. Se la tuvo por cierta desde un principio por aquéllos que tienen autoridad para hablar.

Pero un misterio, por ser misterio, es necesariamente incomprensible, y ése es el motivo por el cual el hombre, por ser racional, está tratando perpetuamente de racionalizarlo. Así ocurrió con este misterio. Algunos dirían que Cristo sólo era hombre, aunque un hombre dotado de poderes especiales. Otros, en el extremo opuesto, dirían que era una manifestación de lo divino. Su naturaleza humana era producto de la ilusión. Entre estos dos extremos las variantes fueron infinitas.

Ahora bien, la herejía arriana era, como si dijéramos, la suma y la conclusión de todos estos movimientos del lado no ortodoxo —esto es, de todos los movimientos que no aceptaban el pleno misterio de ambas naturalezas.

Ya que es difícil racionalizar la unión del Infinito con lo finito, ya que hay una aparente contradicción entre ambos términos, esta forma final en que la confusión de herejías se asentó, fué una declaración de que Nuestro Señor era tanto

de esencia divina como era posible serlo a una criatura, pero que no por ello dejaba de ser Él una criatura. No era el Dios Infinito y Omnipotente que tiene que ser de Su naturaleza una e indivisible y no podía (decían ellos), ser al mismo tiempo un ser humano limitado, que actuara y tuviera su ser en la esfera temporal.

El arrianismo (diré más adelante el origen del nombre), quería conceder a Nuestro Señor todo honor y toda majestad, menos la plena naturaleza de la Divinidad. Fué creado, o "vino" si a las gentes no les gustaba la palabra "creado", de la Divinidad antes que todos los demás efectos de ésta. Por Su intermedio se creó el mundo. Se le concedían, puede decirse (paradójicamente) todos los atributos divinos, menos la divinidad.

En su esencia, este movimiento procedió exactamente de la misma fuente que todos los demás movimientos racionalistas, desde un principio hasta nuestros tiempos. Surgió del deseo de ver clara y sencillamente algo que está más allá del alcance de la visión y de la comprensión humanas. Por lo tanto, aunque comenzó por tributar a Nuestro Señor cuanto honor y gloria era posible salvo la real divinidad, habría llevado inevitablemente a la larga a un mero unitarismo y a tratar a Nuestro Señor como a un profeta, y, aunque enaltecido, nada más que un profeta.

Como todas las herejías respiran el aire de la época en que nacen y son necesariamente un reflejo de la filosofía de cuantas ideas no católicas reinan en el momento de su nacimiento, el arrianismo habló el idioma de su época. No comenzó, como comenzaría un movimiento análogo

en nuestros días, haciendo de Nuestro Señor un mero hombre y nada más. Menos aún negó lo sobrenatural en conjunto. El tiempo en que surgió (alrededor del año 300) era una época en que toda la sociedad tenía por cierto lo sobrenatural. Pero habló de Nuestro Señor como de un Agente Supremo de Dios —un demiurgo— y lo consideró como la primera y la más grande de las emanaciones de la Divinidad Central, emanaciones por las cuales la filosofía elegante de aquellos días sorteaba la dificultad de reconciliar el Infinito y simple Creador con un universo complejo y finito.

Esto en cuanto a la doctrina y a lo que habrían llegado sus tendencias racionalistas en el caso de haber triunfado. Habría hecho de la nueva religión algo parecido al mahometismo, o, tal vez, considerada la naturaleza de la sociedad griega y de la romana, algo parecido a un calvinismo oriental.

En todo caso, lo que acabo de establecer fué el estado de su doctrina mientras floreció: una negación de la plena divinidad de Nuestro Señor combinada con una admisión de todos sus demás atributos.

En cambio, al referirnos a las más antiguas y ya muertas herejías, tenemos que considerar sus efectos espirituales y por lo tanto sociales en forma mucho más extensa que su mero error doctrinario, aunque ese error doctrinario haya sido la causa última de todos sus efectos espirituales y sociales. Tenemos que hacerlo así porque, cuando una herejía está muerta desde hace mucho, su sabor se ha olvidado. El tono particular y el inconfundible sello que ha impreso en la sociedad, al

no sentirse ya, es, para nosotros, como no existente, y debe ser resucitado, tal como era, por cualquiera que desee tratar la historia verdadera. Sería imposible, sin una explicación de esta clase, hacer que un católico del Béarn de hoy, o un campesino de las cercanías de Lourdes, donde está muerto el calvinismo, que allí una vez reinó, entiendan el sabor y el carácter individualista del calvinismo tal como aun sobrevive en Escocia y en algunas regiones de los Estados Unidos. Pero debemos tratar de comprender esta ya olvidada atmósfera arriana, porque, hasta que no entendamos su sabor espiritual y por lo tanto social, no podemos en absoluto pretender *conocerla.*

Además, debe apreciarse este sabor o carácter íntimo y personal del movimiento y su efecto individual en la sociedad para comprender su importancia. No hay mayor error en todas las gamas de la mala historia que imaginarse que esas diferencias doctrinarias, por abstractas y aparentemente lejanas de lo práctico de la vida, carecen de efecto social intenso. Relátesele a un chino de hoy la controversia doctrinaria de la Reforma, dígasele que fué ante todo la negación de la doctrina de *una sola* iglesia visible y una negación de la autoridad especial de sus ministros. Esa sería la verdad. El chino comprendería lo ocurrido en esa Reforma como podría comprender una afirmación matemática. Pero, ¿acaso le haría entender a los hugonotes franceses de hoy, las modalidades prusianas en la guerra y en la política, la naturaleza de Inglaterra y su pasado desde el surgimiento del puritanismo en este país? ¿Le haría entender las Logias de Orange o la moral y los sistemas políticos de, digamos, H. G. Wells

o de Bernard Shaw? ¡Por supuesto que no! Hacerle a un hombre la historia del tabaco, darle la fórmula química (si tal cosa existe) de la nicotina, no es mostrarle lo que se entiende por el aroma del tabaco y los efectos del fumarlo. Lo mismo ocurre con el arrianismo. Decir simplemente lo que el arrianismo fué doctrinariamente es enunciar una fórmula y no dar la cosa en sí.

Cuando surgió el arrianismo, llegó a una sociedad que era ya y que había sido durante mucho tiempo la única unidad política de la cual eran ciudadanos todos los hombres civilizados. No existían naciones aisladas. El imperio romano era un solo estado desde el Eufrates hasta el Atlántico y desde el Sahara hasta las montañas escocesas. Estaba gobernado en forma monárquica por el comandante en jefe o los comandantes en jefe de los ejércitos. El título del comandante en jefe era "imperator" —de donde nos vino la palabra "emperador"— y de ahí llamamos a ese Estado "Imperio Romano". Aquello que el emperador o los coemperadores (habían sido dos últimamente, cada uno con un coadjutor, esto es, cuatro, pero pronto se fundieron en una sola cabeza suprema y emperador único) declaraban ser, tal era la actitud del imperio oficialmente, en bloque.

Los emperadores, y por lo tanto toda la estructura oficial que de ellos dependía, habían sido anticristianos durante el crecimiento de la Iglesia Católica en medio de las sociedades paganas romana y griega. Durante más de 300 años, tanto ellos como la parte oficial de esa sociedad, habían considerado a la cada vez más poderosa Iglesia Católica como una amenaza extranjera y muy peligrosa para las tradiciones y por lo tanto para

el poderío del antiguo mundo pagano, romano y griego. La Iglesia era un estado dentro de un estado, con sus funcionarios superiores propios, los obispos, y su organización propia, de forma muy poderosa y desarrollada. Era ubicua. Contrastaba fuertemente con el viejo mundo en el cual se había introducido. La vida de una iba a ser la muerte del otro. El viejo mundo se defendió por medio de la acción de los últimos emperadores paganos. Estos decretaron muchas persecuciones contra la Iglesia, persecuciones que terminaron con una última y muy intensa que fracasó.

La causa católica fué apoyada en un principio por un hombre que luego se unió a ella, que venció a todos sus rivales y se estableció como único monarca de todo el Estado: el emperador Constantino el Grande, quien gobernó desde Constantinopla, ciudad que había fundado y a la que llamó "la Nueva Roma". Después de esto, el culto principal del imperio fué el cristiano. En la crítica fecha de 325, menos de tres siglos después de Pentecostés, la Iglesia Católica se había transformado en la religión oficial, o por lo menos la religión de Palacio del Imperio, y así siguió (con un intervalo muy breve y excepcional), mientras duró el imperio [1].

[1] No es fácil establecer el punto exacto desde el cual la religión oficial del Estado Romano, ni aun la del Emperador, fué la cristiana. La victoria de Constantino en el puente de Milvio ocurrió en otoño de 312. El edicto de Milán, dado por él y por Licinio, que toleraba la práctica de la religión cristiana en todo el Imperio, fué promulgado al año siguiente, en 313. Cuando Constantino quedó como emperador único, pronto vivió como catecúmeno de la Iglesia Cristiana, aunque quedó a la cabeza de la antigua organización religiosa pagana como Pontífice Máximo. No fué bautizado hasta en vísperas de su muerte, en 337. Y aunque

Pero no debe imaginarse que la mayoría de los hombres se hubiera adherido ya a la religión cristiana, ni aun en el Oriente de habla griega. Ciertamente, los de esa religión ni siquiera se acercaban a una mayoría en el Occidente de habla latina.

Como en todos los grandes cambios en la historia, los bandos en lucha eran minorías inspiradas por diverso grado de entusiasmo o de falta de entusiasmo. Estas minorías tenían ideas diversas y pugnaban cada una de ellas para imponer su actitud mental en la masa vacilante e irresoluta. De estas minorías, los cristianos eran la mayor y (lo que era mucho más importante), la más vehemente, la más convencida, y la única completa y estrictamente organizada.

La conversión del emperador les proporcionó una parte cada vez mayor de la indecisa mayoría. La mayor parte de los nuevos adherentes, tal vez, apenas entendían la nueva doctrina que adoptaban, y ciertamente en general no le tenían apego. Pero finalmente el cristianismo había vencido políticamente y eso les bastaba. Muchos añoraban a los dioses antiguos pero no creían que valiera la pena arriesgar nada en su defensa. A muchos más, nada les importaba lo que quedara de los antiguos dioses ni tampoco de las nuevas modas cristianas. Entretanto, quedaba una fuerte

convocaba y presidía las reuniones de los obispos cristianos, éstos aun eran un cuerpo separado en una sociedad principalmente pagana. El propio hijo de Constantino, su sucesor, tenía simpatía al antiguo paganismo moribundo. El Senado no cambió durante una generación. Para la destrucción oficial activa del persistente culto pagano, hubo que esperar hasta Teodosio, a fines de ese siglo. El proceso entero abarca una larga vida humana: más de ochenta años.

minoría de paganos muy inteligentes y decididos. Tenían de su parte no sólo las tradiciones de una rica clase gobernante sino también el grueso de los mejores escritores, y, por supuesto, disponían para robustecerse de los recientes recuerdos de su larga dominación de la sociedad.

Aun había otro elemento de ese mundo, aislado de todos los demás y que es muy importante que comprendamos: el ejército. En un momento se sabrá por qué es tan importante para nosotros el entender la posición del ejército.

Cuando el poder del arrianismo se manifestó en estos primeros años del imperio cristiano oficial y su gobierno universal en todo el mundo grecorromano, esta herejía se convirtió en el núcleo o centro de muchas fuerzas que, por sí mismas, habrían permanecido indiferentes a su doctrina. Se transformó en el punto de unión de muchas tradiciones fuertemente sobrevivientes del mundo antiguo, tradiciones aunque no religiosas, intelectuales, sociales, morales, literarias y otras.

Podríamos decir bastante vívidamente en lenguaje popular moderno que el arrianismo, tan vigorosamente presente en las nuevas y grandes controversias dentro del cuerpo de la Iglesia cristiana, en cuanto esa Iglesia logró el apoyo oficial y se transformó en religión oficial del imperio, atrajo a todos los figurones, a la mitad por lo menos de los *snobs* y a casi todos los conservadores idealistas sinceros, fueran o no nominalmente cristianos. Atrajo, como ya sabemos, a muchos de los que *eran* definidamente cristianos. Pero también fué el punto de reunión de esas fuerzas

no cristianas que tan grande importancia tenían en la sociedad de aquel tiempo.

Muchas de las viejas familias nobles se resistían a aceptar la revolución social que implicaba el triunfo de la Iglesia cristiana. Se pusieron, naturalmente, de parte de un movimiento que instintivamente sentían espiritualmente opuesto a la vida y a la supervivencia de esa Iglesia y que llevaba con ella una atmósfera de superioridad social sobre el populacho. La Iglesia se apoyaba en las masas y por fin fué apoyada por ellas. Los hombres de viejas tradiciones familiares y de dinero consideraban al arriano más simpático que el católico común y mejor compañía para un caballero.

Muchos intelectuales estaban en la misma posición. No tenían orgullo de familia ni de las viejas tradiciones sociales del pasado, pero tenían el orgullo de la cultura. Recordaban con pesar el antiguo prestigio de los filósofos paganos. Creían que esta gran revolución del paganismo al catolicismo destruiría las antiguas tradiciones culturales y su propia posición cultural.

Los simples *snobs,* que forman siempre un grupo grande en toda sociedad —esto es, los que no tienen opiniones propias, sino que siguen las que creen ser el toque honorífico del momento— se dividirían. Tal vez la mayoría de ellos seguiría el movimiento oficial de la corte y se plegaría abiertamente a la nueva religión. Pero siempre quedarían algunos que considerarían más *chic,* más elegante, profesar simpatía a las antiguas tradiciones paganas, a las grandes y viejas familias paganas, a la heredada y venerable cultura

pagana, a la literatura pagana y a todo lo demás. Todos estos engrosaron el movimiento arriano porque destruía al catolicismo.

El arrianismo tenía otro aliado más, y la naturaleza de esta alianza es tan sutil que requiere un examen muy cuidadoso. Tenía por aliada la tendencia, de un gobierno de monarquía absoluta, de tenerle un poco de miedo a las emociones que impresionaban el espíritu del pueblo, y especialmente de la gente pobre, emociones que, de extenderse y provocar entusiasmo y de apoderarse de la masa del pueblo podrían volverse demasiado fuertes para ser reguladas y habría que inclinarse ante ellas. Hay aquí una paradoja difícil pero que es importante reconocer.

Un gobierno absoluto, especialmente en manos de un hombre solo, parecería, superficialmente, lo opuesto de un gobierno popular. Ambos parecen contradictorios a aquéllos que no han visto funcionar una monarquía absoluta. Para aquéllos que lo han visto, ocurre lo inverso. El gobierno absoluto es el apoyo de las masas, contra el poder de la riqueza en manos de unos pocos o contra el poder del ejército en manos de unos pocos. Puede imaginarse, por lo tanto, que el poder imperial de Constantinopla habría tenido simpatía por las masas populares católicas y no por los intelectuales y los demás que seguían al arrianismo. Pero debemos recordar que aun cuando el gobierno absoluto tiene por causa misma de su existencia la defensa de las masas contra los pocos poderosos, le gusta gobernar. No le gusta sentir que hay en el Estado un poder rival del suyo. No le gusta sentir que las grandes decisiones pueden ser impuestas por organizaciones que

no sean sus organizaciones oficiales. Ése es el motivo de que hasta los emperadores más cristianos y sus funcionarios siempre tuvieran en lo más profundo de sus espíritus, durante la vida del primer movimiento arriano, una simpatía *potencial* hacia el arrianismo, y ése es el motivo de que esta simpatía potencial aparezca en algunos casos como una simpatía real y como una declaración pública de arrianismo por su parte.

Otro aliado más tenía el arrianismo, por el cual casi triunfó: el ejército.

Con el objeto de comprender cuán poderoso podía ser tal aliado, tenemos que saber qué significaba el ejército romano en esos tiempos y de qué estaba compuesto.

En cuanto al número, el ejército sólo era, por supuesto, una pequeña fracción de la sociedad. No estamos seguros de cuál era ese número; a lo más debía de sumar medio millón, probablemente mucho menos. Pero juzgar esta materia por los números sería ridículo. El ejército era normalmente la mitad o más de la mitad del Estado. El ejército era el verdadero cemento, para usar de una metáfora, el esqueleto, para utilizar otra metáfora, la fuerza de vinculación, el apoyo y el propio *ser* material del imperio romano en ese siglo IV; así había sido desde siglos antes e iba a seguir siéndolo durante más generaciones.

Es absolutamente esencial entender este punto, pues explica las tres cuartas partes de lo que ocurrió, no sólo en el caso de la herejía arriana sino de todo lo demás entre los días de Mario (bajo cuyo gobierno el ejército romano se hizo por primera vez profesional), y el ataque mahometano a Europa, esto es, desde más de un siglo

antes de la era cristiana hasta principios del siglo VII. La posición social y política del ejército explica todos esos setecientos y tantos años.

El imperio romano era un estado militar. No era un Estado civil. La promoción al poder se realizaba por intermedio del ejército. La concepción de la gloria y del triunfo, la consecución de las riquezas en muchos casos, en casi todos los casos el logro del poder político, dependían en esos tiempos del ejército, así como hoy depende de los préstamos de dinero, de la especulación, de las camarillas, de la manipulación de votos, de los caudillos y de los diarios.

El ejército había estado integrado primitivamente por ciudadanos romanos, todos los cuales eran ítalos. Luego, al expandirse el poderío del estado romano, incorporó tropas auxiliares, hombres que seguían a caudillos locales afiliados al sistema militar romano, y hasta reclutó para sus filas regulares en todas las provincias del imperio. Había muchos galos —esto es, franceses— en el ejército, muchos españoles, y demás, antes de transcurrir los primeros cien años del imperio. En los doscientos años siguientes —esto es, en los que median entre 100 y 300, hasta la herejía arriana— el ejército fué reclutado cada vez más entre los que llamamos "bárbaros", término que no significaba salvajes, sino pueblos que vivían fuera de los límites estrictos del imperio romano. Eran más fáciles de disciplinar y eran mucho más baratos que los ciudadanos para contratar. También estaban menos acostumbrados a las artes y a las comodidades de la civilización que los ciudadanos que vivían dentro de las fronteras. Mu-

chos de ellos eran germanos, pero había muchos eslavos, muchos moros, árabes y sarracenos y hasta no pocos mongoles, llegados de Oriente. Este gran cuerpo que era el ejército romano estaba estrictamente unido por su disciplina, pero mucho más aún por su orgullo profesional. Era un ejército de servicio largo. Un hombre le pertenecía desde su adolescencia hasta la edad mediana. Nadie sino el ejército tenía poder físico alguno. No podía tratarse de resistirle por la fuerza, y era, en cierto sentido, el gobierno. Su comandante en jefe era el monarca absoluto del estado entero. *Pues bien, el ejército se hizo firmemente arriano.*

Éste es el punto capital de todo el asunto. Si no hubiera sido por el ejército, el arrianismo no habría significado jamás lo que significó. Con el ejército —plenamente de su lado— el arrianismo casi triunfó y logró sobrevivir, a pesar de representar poco más que a los soldados y sus jefes.

Verdad es que cierto número de soldados germanos de fuera del imperio habían sido convertidos por misioneros arrianos en un momento en que la alta sociedad era arriana. Pero ése no fué el motivo principal por que el ejército en su totalidad se volvió arriano. El ejército se volvió arriano porque creyó que el arrianismo era un distintivo que lo hacía superior a las masas civiles, del mismo modo que el arrianismo era un distintivo que hacía que los intelectuales se sintieran superiores a las masas populares. Los soldados, tanto los reclutados entre los bárbaros como los reclutados entre los civilizados, sentían simpatía hacia el arrianismo por el mismo motivo que las antiguas familias paganas sentían simpatía por el

arrianismo. El ejército, pues, y especialmente los jefes del ejército, sostuvieron la nueva herejía cuanto pudieron, y así dicha herejía se convirtió en una especie de prueba para saber si se era "alguien" —un soldado frente a los despreciados civiles— o no. Puede decirse que había surgido una contienda entre los jefes del ejército, por una parte, y los obispos católicos por otra. Hubo ciertamente una división —una separación oficial entre el populacho católico de las ciudades, la población católica del campo y el soldado casi universalmente arriano—, y el enorme efecto de esta unión entre la nueva herejía y el ejército, lo veremos actuar en adelante.

Ahora que hemos visto cuál era el espíritu del arrianismo y qué fuerzas lo apoyaban, veamos de dónde tomó su nombre.

El movimiento de negar la plena divinidad de Cristo y de hacer de Él una criatura, tomó su nombre de un tal Areios (en su forma latina Arius), clérigo africano de habla griega un poco anterior a Constantino y ya famoso como fuerza religiosa algunos años antes de las victorias de Constantino y su primer poder imperial.

Debe recordarse que Arrio fué sólo la culminación de un largo movimiento. ¿Cuál fué la causa de su buen éxito? Dos cosas se combinaron. En primer lugar, el impulso de todo lo que se produjo antes de él. En segundo lugar, el repentino abandono de la Iglesia por Constantino. A esto debería agregarse sin duda algo de la propia personalidad de Arrio. Los hombres de esa clase que se transforman en dirigentes tienen algún impulso personal en su propio pasado que los

apoya. No triunfarían en esa forma si no tuvieran algo en sí mismos.

Creo que podemos convenir en que Arrio tuvo el efecto que logró mediante una convergencia de fuerzas. Había mucha ambición en él, como la que puede hallarse en todos los heresiarcas. Había un fuerte elemento de racionalismo. Había en él también un entusiasmo por lo que creía era la verdad.

Su teoría no fué, por cierto, un descubrimiento original suyo; pero él la hizo suya, la identificó con su nombre. Luego, se vió impulsado a una tenaz resistencia contra aquellos que, según creía, lo estaban persiguiendo. Adolecía de mucha vanidad, como casi todos los reformadores. A más de todo esto, una ligera simplicidad, "sentido común", que atrae mucho a las multitudes. Pero nunca habría logrado el triunfo de que disfrutó si en él no hubiera habido algo de elocuente y si no hubiera tenido poder de arrastre.

Era un hombre de posición, oriundo probablemente de Cirenaica (actualmente, colonia italiana en Africa del Norte, al Este de Trípoli), aunque se decía que era alejandrino, pues vivió en Alejandría. Había sido discípulo del crítico máximo de su tiempo, el mártir Luciano de Antioquía. En el año 318, presidía la Iglesia de Bucalis, en Alejandría, y gozaba del favor del obispo de la ciudad, Alejandro.

Arrio pasó de Egipto a Cesárea, en Palestina, difundiendo con celo sus ya conocidas ideas unitarias y racionalizadoras. Algunos de los obispos orientales comenzaron a concordar con él. Es verdad que los dos principales obispados sirios, Antioquía y Jerusalén, se mantuvieron firmes, pe-

ro al parecer la mayor parte de la jerarquía siria se inclinaba a escuchar a Arrio.

Cuando Constantino llegó a ser el amo de todo el imperio, en 325, Arrio se dirigió al nuevo señor del mundo. El gran obispo de Alejandría, Alejandro, lo había excomulgado, aunque con desgano. El viejo emperador pagano Licinio había protegido al nuevo movimiento.

Comenzó una batalla de gran trascendencia. Aunque sus emociones estaban excitadas, los hombres, con todo, no advirtieron toda su importancia. Si este movimiento por el rechazo de la divinidad plena de Nuestro Señor hubiera logrado la victoria, toda nuestra civilización habría sido otra que la que fué desde esos días hasta hoy. Todos sabemos lo que ocurre cuando triunfa en alguna sociedad un intento de simplificar y racionalizar los misterios de la Fe. Tenemos ante nosotros el ya moribundo experimento de la Reforma, y la vieja aunque aun muy vigorosa herejía mahometana, que aparecerá tal vez en el futuro con renovado vigor. Esos esfuerzos racionalistas contra la fe producen una degradación social progresiva, consiguiente a la pérdida de ese lazo directo entre la naturaleza humana y Dios, que proporciona la Encarnación. La dignidad humana se rebaja. La autoridad de Nuestro Señor se debilita. Aparece cada vez más como hombre — tal vez como un mito. La substancia de la vida cristiana se diluye. Decae. Lo que comenzó como unitarismo terminó en paganismo.

Con el objeto de zanjar la disputa que dividía a toda la sociedad cristiana, el Emperador ordenó la reunión de un concilio, en el año 325, en la ciu-

dad de Nicea, a unos ochenta kilómetros de la capital, en la costa asiática del estrecho. Allí se convocó a los obispos de todo el imperio, aun a los de las regiones situadas fuera del imperio, donde los misioneros habían plantado la fe. El grueso de los que llegaron provenían del imperio oriental, pero el Occidente estaba representado, y, lo cual era de primordial importancia, llegaron delegados de la Sede Primada de Roma, sin cuya adhesión los decretos del concilio no habrían tenido valor. Su presencia dió plena validez a estos decretos. La reacción contra la innovación de Arrio era tan fuerte, que en este Concilio de Nicea la herejía fué dominada.

En esa primera gran derrota, en que la fuerte tradición vital del Catolicismo se afirmó y Arrio fué condenado, la fe que sus partidarios habían creado fué hollada bajo los pies como una blasfemia, pero el espíritu que se hallaba tras de esa fe y esa revuelta iba a resurgir.

Resurgió inmediatamente, y puede decirse que el arrianismo se vió verdaderamente robustecido por su primera derrota aparente. Esta paradoja se debe a una causa que siempre actúa en muchas formas de conflictos. El adversario derrotado aprende, en su primer revés, el carácter de aquello que atacaba; descubre sus puntos débiles, aprende la forma en que su adversario podrá ser confundido y a qué transacciones podrá ser llevado. Está por lo tanto mejor preparado después de su contraste que en el primer asalto. Así ocurrió con el arrianismo.

Para comprender la situación, tenemos que tener en cuenta que el arrianismo, fundado como

todas las herejías en un error de doctrina —esto es, en algo que puede expresarse en una fórmula muerta de meras palabras —pronto comenzó a vivir, como todas las herejías en sus comienzos, con una vida y un carácter vigorosos y nuevos y un sabor propio. La disputa que abarcó el siglo IV, desde 325 en adelante hasta cubrir una vida humana, no fué, después de sus primeros años, una disputa entre formas opuestas de palabras cuyas diferencias puedan parecer pocas; se transformó muy pronto durante la lucha en una disputa entre espíritus y caracteres opuestos; en una disputa entre dos *personalidades* opuestas, como lo son las personalidades humanas; por un lado el espíritu y la tradición católicos; por el otro, un carácter áspero, orgulloso, que habría destruído la fe.

El arrianismo aprendió de su primera gran derrota de Nicea a transigir en la forma, en el palabrerío de la doctrina, a fin de poder conservar y difundir con menor oposición su espíritu herético. El primer conflicto había versado sobre la utilización de una palabra griega que significa "consubstancial". Los católicos, que afirmaban la plena divinidad de Nuestro Señor, insistieron en la utilización de esta palabra, que implicaba que el Hijo era de la misma substancia divina que el Padre; que era de la misma esencia, esto es, de la Divinidad. Se creyó que bastaba presentar esta palabra como prueba. Se creyó que los arrianos se negarían siempre a aceptar la palabra y que podrían distinguirse así de los ortodoxos y ser rechazados.

Pero muchos arrianos estaban dispuestos a transigir aceptando la palabra, pero negando el espíritu con que debía ser leída. Consentían en

admitir que Cristo era de esencia divina, pero no que era plenamente Dios, increado. Cuando los arrianos comenzaron esta nueva táctica de transigencia verbal, el emperador Constantino y sus sucesores la consideraron como una oportunidad honesta de reunión y reconciliación. La negativa de los católicos a dejarse engañar era, a los ojos de los que así pensaban, mera obstinación, y, a los ojos del emperador, rebelión facciosa e indisculpable desobediencia. "¡Vosotros, que os reputáis los únicos católicos verdaderos, estáis prolongando e intensificando innecesariamente una mera lucha de facciones. Porque tenéis detrás de vosotros los nombres populares os creéis los amos de vuestros hermanos. Esa arrogancia es intolerable!"

"La otra parte ha aceptado vuestro punto principal; ¿por qué no terminar la disputa y unirse nuevamente? Al resistir, estáis dividiendo la sociedad en dos campos; perturbáis la paz del imperio y sois tan criminales como fanáticos".

Esto es lo que la palabra oficial tendía a manifestar, y lo que honradamente creía.

Los católicos contestaban: "Los herejes *no* han aceptado nuestro punto principal. Han suscrito una frase ortodoxa, pero interpretan esa frase en forma herética. Repetirán que Nuestro Señor es de naturaleza divina pero *no* que es plenamente Dios, porque aun dicen que Él fué creado. No queremos por lo tanto permitirles entrar en nuestra comunión. Permitirlo sería poner en peligro el principio vital por el cual la Iglesia existe, el principio de la Encarnación, y la Iglesia es esencial al imperio y a la humanidad".

Entonces fué cuando entró en la batalla esa fuerza personal que ganó definitivamente la victoria para el catolicismo: san Atanasio. La tenacidad y la perseverancia de san Atanasio, Patriarca de Alejandría, la gran Sede metropolitana de Egipto, fué la que decidió el resultado. El obispo gozaba de una posición ventajosa, pues Alejandría era la segunda ciudad en importancia del imperio oriental, y, como obispado, uno de los cuatro primeros del mundo. Luego gozó de apoyo popular, que nunca le falló, y que hizo que sus enemigos dudaran de tomar medidas extremas contra él. Pero todo esto no habría bastado si él mismo no hubiera sido el hombre que era.

Cuando asistió al concilio de Nicea, en 325, aun era un joven —probablemente no contara ni treinta años— y sólo asistió en calidad de diácono, aunque su fortaleza y su elocuencia eran ya notables. Vivió hasta los setenta y seis o setenta y siete años y murió en 373, después de haber mantenido durante casi toda su larga vida con inflexible energía la doctrina plenamente católica de la Trinidad.

Cuando se insinuó la primera transigencia con el arrianismo, Atanasio era ya arzobispo de Alejandría. Constantino le ordenó que readmitiera a Arrio en la comunión. Se negó a ello.

Era un paso muy peligroso, pues todos admitían el pleno poder de vida y muerte del monarca, y consideraban la rebelión como el peor de los crímenes. Se consideraba también que Atanasio era un desaforado y un extravagante, pues la opinión del mundo oficial entre los hombres de influencia social y en el ejército, en el cual entonces descansaba todo, se inclinaba fuertemente

a que se aceptara la transacción. Atanasio fué desterrado a las Galias, pero Atanasio en el destierro era aún más formidable que Atanasio en Alejandría. Su presencia en Occidente tuvo el efecto de robustecer el fuerte sentimiento católico en toda esa parte del imperio.

Lo volvieron a llamar. Los hijos de Constantino, que heredaron el imperio uno tras otro, vacilaban entre la táctica de asegurarse el apoyo popular —que era católico— y la de asegurarse el apoyo del ejército —que era arriano—. La corte se inclinaba hacia el arrianismo, más que todo porque le desagradaba el creciente poder del organizado clero católico, rival del poder laico del Estado. El último de los hijos y sucesores de Constantino y el que más tiempo vivió, Constancio, se volvió muy definidamente arriano. Atanasio fué desterrado una y otra vez, pero la causa de la que era campeón aumentaba sus fuerzas.

Cuando murió Constancio, en 361, le sucedió un sobrino, Julián el Apóstata. Este emperador se pasó a la gran fracción pagana sobreviviente y casi llegó a restablecer el paganismo, pues el poder individual de un emperador era en esos días inmenso. Pero fué muerto en una batalla contra los persas y su sucesor, Joviano, fué definidamente católico.

Sin embargo, aun proseguía la indecisión. En 367, san Atanasio, que era ya un anciano de por lo menos setenta años de edad, fué desterrado por quinta vez, por el emperador Valente. Viendo que las fuerzas católicas eran ya muy grandes, dicho emperador lo volvió a llamar. En ese momento, Atanasio había ganado su batalla.

Cuando murió era el hombre más grande del mundo romano. Tal es el valor de la sinceridad y de la tenacidad combinadas con el genio.

Pero el ejército siguió siendo arriano, y lo que tendremos que seguir en las siguientes generaciones es la larga muerte del arrianismo en la parte occidental de habla latina del imperio, larga porque la herejía estaba apoyada por los generales en jefe al mando de las regiones occidentales, pero inevitable, porque el pueblo en su totalidad la había abandonado. Describiré ahora cómo murió el arrianismo.

☆

A menudo se dice que todas las herejías mueren. Esto podrá ser cierto muy a la larga, pero no es necesariamente cierto dentro de ningún período de tiempo dado. Ni siquiera es verdad que el principio vital de una herejía pierda necesariamente fuerza con el tiempo. El destino de las diferentes herejías ha sido de lo más diverso y la mayor de ellas, el mahometismo, no sólo aun es fuerte, sino que es más fuerte que su rival cristiano en los territorios que primitivamente ocupó, y mucho más vigoroso y mucho más coextensivo con su propia sociedad que la Iglesia Católica con nuestra civilización occidental, producto del catolicismo.

El arrianismo, sin embargo, fué una de esas herejías que murieron. El mismo destino le ha tocado al calvinismo en nuestros días. Esto no significa que el efecto moral general o la atmósfera de la herejía desaparezcan entre los hombres, sino que no se cree ya en sus doctrinas crea-

doras, con lo cual pierde su vitalidad y tiene por último que desaparecer.

La Ginebra de hoy, por ejemplo, es moralmente una ciudad calvinista, aunque tiene una minoría católica que a veces llega a cerca de la mitad de los habitantes y hasta a constituir (creo) una pequeña mayoría. Pero no hay un solo hombre entre cien en Ginebra que acepte hoy la teología, sumamente definida, de Calvino. La doctrina ha muerto; sus efectos en la sociedad sobreviven.

El arrianismo murió en dos formas, correspondientes a las dos mitades en que cayó el imperio romano, que en esos días era, para sus ciudadanos, todo el mundo civilizado.

La mitad oriental tenía por lengua oficial el griego y se gobernaba desde Constantinopla, llamada también Bizancio.

Comprendía Egipto, Africa del Norte hasta Cirene, la costa oriental del Adriático, los Balcanes, Asia Menor y Siria más o menos hasta el Eufrates. En esa parte del imperio fué donde el arrianismo había surgido y demostrado ser tan poderoso, que, entre los años 300 y 400 estuvo muy cerca de triunfar.

La corte imperial había vacilado entre el arrianismo y el catolicismo, con un corto período de vuelta al paganismo. Pero antes de terminar el siglo, esto es, mucho antes del año 400, la corte era decididamente católica y parecía seguro que lo seguiría siendo. Como lo expliqué más arriba, aunque el emperador y los funcionarios que lo rodeaban (y que he llamado "la Corte") eran teóricamente todopoderosos (pues la forma de gobierno era de monarquía absoluta y las gentes no

podían pensar en otra cosa en esos tiempos), por lo menos tan poderoso y menos sujeto a modificaciones era el ejército, en el cual descansaba toda esa sociedad. Y el ejército eran los generales; los generales del ejército siempre fueron en su mayor parte arrianos.

Cuando el poder central, el emperador y sus funcionarios se hicieron definitivamente católicos, el espíritu de los militares seguía siendo principalmente arriano, y éste es el motivo por el cual las ideas fundamentales del arrianismo —esto es, la duda de si Nuestro Señor era o podía ser realmente Dios— sobrevivieron aún después de haberse dejado de predicar y de ser aceptado por el pueblo el arrianismo.

A este respecto, debido a que el espíritu que lo había animado (la duda acerca de la plena divinidad de Cristo) siguió viviendo, surgieron algunas formas que podrían llamarse "derivativas" o "formas secundarias del arrianismo".

Algunos siguieron sugiriendo que en Cristo sólo había una naturaleza, y el fin de esa sugestión habría sido necesariamente la idea popular de que Cristo sólo fué un hombre. Cuando esa tendencia fracasó en su intento de infiltrarse en el mundo oficial, aunque siguió afectando a millones de personas, se hizo otra sugestión en el sentido de que en Cristo sólo había una Voluntad, no una voluntad humana y una voluntad divina, sino una voluntad sola.

Antes de estas herejías se había producido un resurgimiento de la vieja idea, anterior al arrianismo y sostenida por los primeros herejes en Siria, de que la divinidad sólo llegó a Nuestro

Señor durante su vida. Había nacido hombre, y Nuestra Señora no era sino la madre de un hombre, y así seguían. En todas sus diversas formas y bajo todos sus nombres técnicos (monofisitas, monotelitas, nestorianos, son las denominaciones de los tres movimientos principales, y hubo algunos más), estos movimientos, que se produjeron en la mitad oriental o griega del imperio, no fueron sino esfuerzos para eludir o racionalizar el misterio de la Encarnación, y su supervivencia se debió a los celos que sentía el ejército de la sociedad civil que lo rodeaba y a los persistentes restos de la hostilidad pagana contra los misterios cristianos en su totalidad. Se debieron también, por supuesto, a la eterna tendencia humana de racionalizar y de rechazar todo cuanto está fuera del alcance de la razón.

Pero hubo otro factor en la supervivencia de los efectos secundarios del arrianismo en Oriente. Era éste el factor que se llama hoy en política europea "particularismo", esto es, la tendencia de una parte del Estado a separarse del resto y a vivir su propia vida. Cuando este sentimiento se hace tan fuerte que los hombres están dispuestos a sufrir y a morir por él, toma la forma de una revolución nacionalista. Un ejemplo de ello es el sentimiento de los eslavos del Sur contra el imperio austríaco, sentimiento que dió comienzo a la gran guerra. Ahora bien, este descontento de las provincias y de los distritos con el poder central por el que habían sido gobernados, aumentó con el tiempo en el imperio oriental, y apoyar cualquier clase de crítica contra la religión oficial del imperio era un medio conveniente de expresarlo. Éste es el motivo por el cual grandes masas en Oriente

(y particularmente gran parte del pueblo de la provincia egipcia) apoyó la herejía monofisita. Expresaba así su desagrado por el despótico gobierno de Constantinopla, por los gravámenes que les habían sido impuestos y por los nombramientos de los que vivían cerca de la corte en perjuicio de los provincianos, y todas sus otras quejas.

Así, los diversos derivados del arrianismo sobrevivieron en la mitad oriental y griega del imperio, aunque el mundo oficial había vuelto desde hacía mucho al catolicismo. Esto explica también por qué se encuentran aun hoy en todo Oriente gran número de cristianos cismáticos, principalmente monofisitas, a veces nestorianos, otras, pertenecientes a comunidades menores, a las que todos estos siglos de opresión mahometana no han podido unir al grueso de la comunidad cristiana.

Lo que puso fin, no a estas sectas, pues aun existen, sino a su *importancia,* fué el repentino surgimiento de esa enorme fuerza, antagónica a todo el mundo griego, el islamismo, la nueva herejía mahometana salida del desierto, que rápidamente se transformó en una contrarreligión; el implacable enemigo de todos los grupos cristianos más antiguos. La muerte del arrianismo en Oriente fué el desmoronamiento de la masa del imperio cristiano oriental por los conquistadores árabes. Ante este desastre, los cristianos que quedaban independientes, reaccionaron hacia la ortodoxia como única probabilidad de salvación, y así fué cómo hasta los efectos secundarios del arrianismo murieron en los países libres del yugo mahometano en Oriente.

En Occidente, la suerte del arrianismo fué bastante diferente. En Occidente, el arrianismo murió entero. Dejó de existir. No dejó derivados que prolongaran su agonía.

La historia de la muerte del arrianismo en Occidente es comúnmente mal comprendida, porque la mayor parte de nuestra historia ha sido escrita hasta ahora con una concepción equivocada de qué era la sociedad cristiana europea en la Europa Occidental durante los siglos IV, V y VI, esto es, entre el momento en que Constantino abandonó Roma e instaló la nueva capital del imperio, Bizancio, y la fecha en que, a principios del siglo VII (desde 633 en adelante), se produjo la invasión mahometana en el mundo.

Lo que nos dicen comúnmente es que el imperio occidental fué invadido por tribus salvajes llamadas *godos, visigodos, vándalos, suevos* y *francos,* que *conquistaron el imperio romano occidental,* esto es, Bretaña y Galia, así como la parte civilizada de Germania en el Rin y la cuenca superior del Danubio, Italia, Africa del Norte y España.

La lengua oficial de todas estas regiones era la latina. La misa se decía en latín, mientras que en la mayor parte del imperio oriental se decía en griego. Las leyes se escribían en latín, así como todos los actos de gobierno. No hubo conquista bárbara, sino una continuación de lo que había ocurrido durante siglos, una infiltración en el imperio de pueblos de fuera del imperio, pues dentro de él podían gozar de las ventajas de la civilización. Ahí estaba también el hecho de que el ejército, del que todo dependía, se reclutaba por lo menos casi enteramente entre los bárbaros. A

medida que la sociedad envejecía y surgían dificultades para administrar zonas lejanas, percibir los impuestos para el tesoro central en regiones remotas o imponer un edicto en esos distritos, el gobierno de esas zonas tendió a caer cada vez más en manos de los oficiales superiores de las tribus bárbaras, que eran soldados romanos.

Se formaron así en Francia y en España y hasta en la propia Italia gobiernos locales, que, aunque se sentían aún parte del imperio, eran prácticamente independientes.

Por ejemplo, cuando se hizo difícil gobernar Italia desde un punto tan lejano como Constantinopla, el emperador envió a un general para que gobernara en su nombre, y, cuando ese general se hizo demasiado poderoso, envió a otro general para que lo sustituyera. Este segundo general (Teodorico), era, como todos los demás, un jefe bárbaro de nacimiento, a pesar de ser el hijo de un bárbaro que había entrado al servicio romano y de haber sido educado en la corte del emperador.

Este segundo general se hizo a su vez prácticamente independiente.

Lo propio ocurrió en el Sur de Francia y en España. Los generales locales tomaron el poder. Hubo jefes bárbaros que entregaban este poder, es decir, la facultad de designar funcionarios en puestos oficiales y de percibir impuestos, a sus descendientes.

Ahí estaba también el caso de Africa del Norte —que llamamos hoy Marruecos, Argel y Túnez—. Allí, las facciones en lucha, todas las cuales estaban aisladas del gobierno directo de Bi-

zancio, llamaron a un contingente de soldados eslavos que habían inmigrado al imperio romano, donde fueron incorporados como fuerza militar. Los llamaban vándalos, y se apoderaron de la provincia, que se gobernaba desde Cartago.

Ahora bien, todos estos gobiernos locales de Occidente (el general franco y sus soldados en el Norte de Francia, el general visigodo en el Sur de Francia y en España, el burgundio en el Sudeste de Francia, el godo en Italia y el vándalo en el Norte de Africa) estaban en pugna con el gobierno del imperio en punto a religión. El gobierno franco, en el Nordeste de Francia y en lo que hoy llamamos Bélgica, aun era pagano. Todos los demás eran arrianos.

Más arriba expliqué lo que eso significaba. No era tanto un concepto doctrinario como un sentimiento social. El general godo y el vándalo, que mandaban a sus propios soldados, creían que era mejor ser arrianos que no católicos, como la masa de la población. Ellos constituían el ejército, y el ejército era demasiado importante para aceptar la religión común popular. Era un sentimiento muy parecido al que aun se ve sobrevivir en Irlanda, en ciertos lugares, y que hasta mucho después era general allí: el sentimiento de que el "poder" se conciliaba propiamente con el anticatolicismo.

Como en política no hay fuerza más poderosa que la de superioridad social, las pequeñas cortes locales tardaron mucho tiempo en abandonar su arrianismo. Las califico de pequeñas porque, aunque percibían los impuestos en regiones muy extensas, lo hacían meramente como administradoras. El número de sus miembros era verdaderamente reducido, comparado con la masa de la población católica.

Mientras los gobernadores y sus cortes en Italia, España, Galia y Africa aun adherían con orgullo a su antiguo nombre y carácter de arrianos, dos factores, súbito el primero y paulatino el segundo, militaron contra su poder local y su arrianismo.

El primer factor, el repentino, fué el hecho de que el general de los francos, que había gobernado en Bélgica, venció con sus escasas fuerzas a otro general local en el Norte de Francia, que gobernaba una zona situada al Oeste de la suya. Ambos ejércitos eran absurdamente pequeños, de unos 4.000 hombres cada uno, y, excelente ejemplo de lo que ocurría en aquellos tiempos, el ejército vencido, después de la batalla, se unió inmediatamente a los vencedores. Demuestra también lo que eran aquellos tiempos el que pareciera perfectamente natural a un general romano que no mandaba más de 4.000 hombres en un principio y sólo 8.000 hombres después de la primera victoria, hacerse cargo del gobierno —impuestos, cortes judiciales y todos los atributos imperiales— en una zona muy extensa. Se apoderó del conjunto del Norte de Francia en el mismo momento en que sus colegas, con fuerzas análogas, se apoderaban del gobierno en España, en Italia y en todas partes.

Ahora bien, ocurría que este general franco (cuyo nombre verdadero apenas conocemos porque nos ha llegado en diversas y variadas formas, pero cuyo nombre más conocido es "Clodoveo"), era pagano, hecho excepcional y hasta escanda-

loso en las fuerzas militares de esos días, en que casi todas las personas importantes se habían hecho cristianas.

Pero este escándalo fué una bendición disfrazada para la Iglesia, pues siendo Clodoveo pagano y no habiendo sido nunca arriano, era posible convertirlo al catolicismo, la religión popular, y, cuando hubo aceptado el catolicismo, tuvo inmediatamente detrás de él a toda la fuerza de los millones de ciudadanos y el clero organizado y a los obispados de la Iglesia. Era el único general popular; todos los demás estaban en conflicto con sus súbditos. Le fué fácil reclutar grandes cuerpos de hombres armados, porque tenía a su favor el sentimiento popular. Se apoderó de los gobiernos de los generales arrianos en el Sur después de derrotarlos fácilmente, y sus tropas constituyeron las mayores fuerzas militares del imperio occidental de habla latina. No era bastante fuerte para apoderarse de Italia, de España y mucho menos de Africa, pero alejó el centro de gravedad de la decadente tradición arriana del ejército romano, que ya no se componía sino de unas pocas y decaídas fuerzas.

Esto en cuanto al golpe repentino que sufrió el arrianismo en Occidente. El proceso gradual que apresuró la decadencia del arrianismo fué de diferente clase. Con cada año que pasaba se había vuelto, ante la decadencia de la sociedad, cada vez más difícil la percepción de impuestos, la obtención de un ingreso, y, por lo tanto, el arreglo de caminos, de puertos y de edificios públicos, el mantenimiento del orden y la realización de los demás trabajos públicos.

Con esta decadencia financiera del gobierno y la desintegración social que la acompañó, los pequeños grupos que nominalmente eran los gobiernos locales, perdieron su prestigio. En el año 450, por ejemplo, era mucho ser arriano en París, Toledo, Cartago, Arlés, Tolosa o Ravena, pero cien años después, en 550, el prestigio social del arrianismo se había desvanecido. A todos les convenía hacerse católicos, y los pequeños y disminuídos grupos oficiales arrianos eran despreciados, a pesar de que obraran en forma salvaje, por despecho, como lo hicieron en Africa. Perdían terreno.

La consecuencia fué que después de cierto tiempo, todos los gobiernos arrianos de Occidente o se hicieron católicos (como en el caso de España), o, como ocurrió en gran parte de Italia y en toda el Africa del Norte, fueron absorbidos nuevamente por el gobierno directo del imperio romano de Bizancio.

Este último experimento no duró mucho tiempo. Había otro contingente de soldados bárbaros, aun arrianos, que llegaron de las provincias del Nordeste y se apoderaron del gobierno en el Norte y el Centro de Italia; poco después la invasión mahometana inundó el Norte de Africa y finalmente a España, y penetró hasta en Galia. El gobierno directo romano, que había sobrevivido hasta entonces en la Europa occidental, se extinguió. Su última existencia efectiva en el Sur fué dominada por el Islamismo. Pero mucho antes de que esto ocurriera, el arrianismo había muerto en Occidente.

Ésta es la forma en que desapareció la primera de las grandes herejías que amenazó una vez

minar y destruir la sociedad católica en su totalidad. El proceso había durado unos trescientos años y es interesante observar que, en cuanto se refiere a las doctrinas, ese mismo lapso de tiempo o quizá un poco mayor bastó para despojar de su substancia a las varias herejías principales de los reformadores protestantes.

Éstas también habían triunfado casi a mediados del siglo XVI, cuando Calvino, su figura principal, por poco derroca la monarquía francesa. También habían perdido completamente su vitalidad a mediados del siglo XIX, trescientos años después.

LA GRANDE Y DURADERA HEREJIA DE MAHOMA

A TODO el que presenciara el desarrollo de los acontecimientos en los primeros años del siglo VII —digamos de 600 a 630— podría haberle parecido que después de haberse librado un solo ataque importante contra la Iglesia —el arrianismo y sus derivados—, después de haber rechazado ese ataque y haber ganado la victoria, la Fe estaría entonces segura por tiempo indefinido.

La cristiandad tendría que luchar por su vida, por supuesto, contra los embates no cristianos del exterior, esto es, contra el paganismo. Los adoradores de la naturaleza, de la gran civilización persa del Oriente, nos atacarían en armas para tratar de dominarnos. El salvaje paganismo de las tribus bárbaras, escandinavas, germanas, eslavas y mongolas del Norte y del Centro de Europa atacarían también al cristianismo para tratar de destruirlo. Las poblaciones dominadas por Bizancio seguirían haciendo alarde de opiniones heréticas en son de queja. Pero, por lo menos, el esfuerzo principal de la herejía había fracasado, al parecer.

Su objeto, la destrucción de una civilización católica unida, había sido frustrado. No necesitaba ya temerse en adelante el surgimiento de ninguna herejía importante y mucho menos la consiguiente división de la cristiandad.

En 630 hacía largo tiempo ya que la Galia era católica. Los últimos generales arrianos y sus guarniciones de Italia y España se habían vuelto ortodoxos. Los generales y las guarniciones arrianas del Norte de Africa habían sido vencidos por los ejércitos ortodoxos del emperador.

Fué en este momento, en un momento de catolicismo aparentemente universal y permanente, cuando se produjo un inesperado golpe de inmensa magnitud y fuerza. Repentinamente surgió el islamismo. Los árabes convertidos por Mahoma invadieron Siria y ganaron allí dos grandes batallas, una de ellas en el Yarmuk, al Este de Palestina, en las alturas que dominan el Jordán, y la segunda en Mesopotamia. Comenzaron a dominar el Egipto y avanzaron cada vez más hasta el corazón de nuestra civilización cristiana, que era Roma, con toda su grandeza. Se establecieron en todo el Norte de Africa; hicieron incursiones en Asia Menor, aunque todavía no se establecieron allí. Hasta podían ocasionalmente amenazar a la propia Constantinopla. Por último, muchos años después de sus primeras victorias en Siria, cruzaron el estrecho de Gibraltar, llegaron a la Europa Occidental y comenzaron a invadir España. Hasta alcanzaron a penetrar en pleno Norte de Francia, entre Poitiers y Tours, menos de cien años después de sus primeras victorias en Siria —en 732.

Fueron por último rechazados hasta los Pirineos, pero siguieron dominando toda España

menos el montañoso territorio del Nordeste. Dominaron todo el Mediterráneo, oriental y occidental, y sus islas, atacaron y dejaron contingentes armados hasta en las costas de Galia y de Italia. Se extendieron poderosamente en el Cercano Oriente y ocuparon el territorio persa. Constituían una creciente amenaza para Constantinopla. En cien años, gran parte del mundo romano había caído bajo el poder de esta nueva y extraña fuerza del desierto.

Nunca se había registrado revolución semejante. Ninguno de los ataques anteriores había sido tan repentino, tan violento ni tan continuamente triunfante. A los veinte años del primer ataque de 634, el Levante cristiano había desaparecido: Siria, la cuna de la Fe, y Egipto, con Alejandría, la poderosa Sede cristiana. En cien años, la mitad de las riquezas y cerca de medio territorio del imperio romano cristiano cayeron en poder de amos y funcionarios mahometanos, mientras la población se hacía cada vez más partidaria de este nuevo estado de cosas.

La influencia y el gobierno mahometanos habían suplantado a la influencia y al gobierno cristianos y estaban convirtiendo en mahometanos casi todo el Mediterráneo oriental y meridional.

Sigamos la suerte de esta cosa extraordinaria que aun se llama el Islam, esto es *la aceptación* de la moral y de las sencillas doctrinas que Mahoma había predicado.

Luego describiré el origen histórico del movimiento, con las fechas de su desarrollo y las etapas de su triunfo primitivo. Describiré su consoli-

dación, su creciente poderío y la amenaza que sigue siendo para nuestra civilización. Estuvo muy cerca de destruirnos. Mantuvo activamente la batalla contra la cristiandad durante unos mil años, y su historia no ha terminado en forma alguna; el poder del islamismo puede resurgir en cualquier momento.

Pero antes de proseguir esa historia tenemos que captar dos cosas fundamentales: *primero,* la naturaleza del mahometismo; *segundo,* la causa esencial de su repentino y milagroso triunfo en tantos miles de kilómetros de territorio y tantos millones de seres humanos.

El mahometismo fué una *herejía;* es lo primero que hay que entender antes de seguir más adelante. Comenzó como una herejía, no como una religión nueva. No fué un contraste pagano con la Iglesia; no fué un enemigo de fuera. Fué una perversión de la doctrina cristiana. Su vitalidad y resistencia pronto le dieron la apariencia de una religión nueva, pero los que presenciaron su surgimiento la vieron como fué: no una negación, sino una adaptación y una mala utilización de lo cristiano. Difería de la mayor parte de las herejías (no de todas) en que no surgió dentro de la misma Iglesia cristiana. Ante todo, el jefe heresiarca, el propio Mahoma, no era, como la mayoría de los heresiarcas, católico de nacimiento ni de doctrina. Nació de pagano. Pero todo cuanto enseñó, muy simplificado, estaba en la doctrina fundamental católica. Fué el gran mundo católico —en cuyas fronteras vivía, cuya influencia lo rodeaba y cuyos territorios había conocido en sus viajes— el que inspiró sus convicciones. Procedía de los degradados idólatras de la sal-

vaje Arabia, cuya conquista nunca interesó a los romanos, y vivía entre ellos.

Tomó muy pocas de las viejas ideas paganas que debió adquirir en forma congénita, por su ascendencia. Predicó, por el contrario, un grupo de ideas que eran peculiares a la Iglesia católica y la distinguían del paganismo que ésta había vencido en las civilizaciones griega y romana, e insistió en ellas. Así pues, el fundamento mismo de su enseñanza era la doctrina fundamental católica, la unidad y la omnipotencia de Dios. Los atributos de Dios también los tomó principalmente de la doctrina católica: la naturaleza personal, la bondad infinita, la eternidad, la providencia de Dios, Su poder creador como origen de todas las cosas y Su mantenimiento de todas las cosas por Su poder solamente. El mundo de espíritus buenos y ángeles y de espíritus malignos en rebelión contra Dios era parte de sus enseñanzas, con un Jefe de los espíritus del mal, tal como lo había reconocido la cristiandad. Mahoma predicó con insistencia la fundamental doctrina católica acerca del hombre: la inmortalidad del alma y su responsabilidad por las acciones en esta vida, junto con la consiguiente doctrina del castigo y de la recompensa después de la muerte.

Si se enunciaran solamente estos puntos que el catolicismo ortodoxo tiene de común con el mahometismo, podría imaginarse que no debería haber habido motivo de disputa. Mahoma parecería casi, en este aspecto, una especie de misionero que predicaba y difundía por la energía de su carácter las doctrinas primeras y fundamentales de la Iglesia católica entre los que hasta entonces

habían sido degradados paganos del desierto. Tributaba a Nuestro Señor la mayor reverencia, y a Nuestra Señora también, por lo tanto. En el día del Juicio (otra idea católica que enseñaba), Nuestro Señor, según Mahoma, sería el juez de la humanidad, no él, Mahoma. La Madre de Cristo, Nuestra Señora, "la Señora Miriam", siempre fué para él la primera de las mujeres. Sus partidarios hasta tomaron de los primeros padres una vaga noción de su Inmaculada Concepción[1].

Pero el punto central donde esta nueva herejía hirió en lo vivo con un golpe mortal a la tradición católica fué una negación absoluta de la Encarnación.

Mahoma no sólo dió los primeros pasos hacia esa negación, como lo habían hecho los arrianos y sus partidarios; formuló una afirmación clara, absoluta y completa, contra toda la doctrina de un Dios encarnado. Enseñó que Nuestro Señor era el más grande de todos los profetas, aunque sólo un profeta: un hombre como los demás. Eliminaba también la Trinidad.

A esa negación de la Encarnación siguió la de toda la estructura sacramental. Se negó a admitir la Eucaristía, con su Presencia Real, abolió el sacrificio de la Misa, y, por lo tanto, la institución de un clero especial. En otras palabras, como tantos otros heresiarcas de menor importancia, basó su herejía en la simplificación.

La doctrina católica es verdadera —parecía decir— pero se ha abarrotado de acrescencias falsas; se ha hecho complicada por innecesarios agregados de hechura humana, incluso la idea de que su fundador era divino, y el crecimiento de una casta parasitaria de sacerdotes que medraban mediante un sistema reciente, imaginario, de sacramentos que ellos solos podían administrar. Todas estas acrescencias corruptas deben ser eliminadas.

Hay, pues, mucho de común entre el entusiasmo con que las enseñanzas de Mahoma atacaban al clero, la misa y los sacramentos, y el entusiasmo con que el calvinismo, la fuerza motriz central de la Reforma, hacía lo propio. Como todos sabemos, las nuevas enseñanzas relajaron las leyes sobre matrimonio, aunque en la práctica esto no afectó al grueso de sus partidarios, que siguieron siendo monógamos. El divorcio se tornó todo lo fácil que era posible, pues la idea sacramental del matrimonio desapareció. Insistió en la igualdad de los hombres, y esto tuvo necesariamente por consecuencia algo que lo hizo parecerse aún más al calvinismo: el sentido de la predestinación, el sentido del destino, de lo que los partidarios de John Knox llamaban siempre "los inmutables decretos de Dios".

La enseñanza de Mahoma no desarrolló nunca entre la masa de sus partidarios ni en su propia mente una teología detallada. Se contentaba con aceptar todo cuanto le agradaba en el sistema católico y con rechazar todo cuanto le parecía a él y tantos otros en esa época, demasiado complicado o misterioso para ser cierto. La simplicidad era la característica de todo este asunto, y como todas las herejías han tomado su fuerza de alguna doctrina verdadera, el mahometismo sacó

1 De este hecho fué de donde algunos escritores franceses enemigos de la Iglesia dedujeron el enorme disparate de que la Inmaculada Concepción nos llegó de fuentes mahometanas. Gibbon, por supuesto, copió aquí ciegamente a sus maestros —como siempre lo hace—, y repite este absurdo en su *Decline and Fall.*

su fuerza de las verdaderas doctrinas católicas que conservó: la igualdad de los hombres ante Dios — "Todos los verdaderos creyentes son hermanos". Predicó celosamente la justicia social y económica, e hizo triunfar sus principios.

Ahora bien, ¿por qué tuvo esta nueva, simple y enérgica herejía ese repentino y abrumador triunfo?

Una respuesta es que ganó batallas. Las ganó inmediata y completamente, como veremos cuando lleguemos a la historia del asunto. Pero el ganar batallas no podría haber hecho del islamismo algo permanente o ni siquiera fuerte si no hubiera habido un estado de cosas que esperara algún mensaje de esa índole y fuera propicio para recibirlo.

Tanto en el mundo del Cercano Oriente como en el mundo greco-romano del Mediterráneo, pero especialmente en este último, la sociedad había caído, como en gran parte la sociedad de hoy, en una confusión en que la mayoría de la gente estaba desilusionada e irritada y buscaba una solución para los problemas sociales en su conjunto. Todo el mundo estaba endeudado; en todas partes reinaban el poder del dinero y la consiguiente usura. En todas partes había esclavitud. La sociedad reposaba en ella, como la nuestra reposa hoy en la esclavitud de los salarios. Había desasosiego y descontento hacia los debates teológicos, pues toda su intensidad se había desarrollado fuera de contacto con las masas. Pesaba en los hombres libres, torturados ya por las deudas, una gran carga de impuestos imperiales y el hecho irritante del gobierno central existente que intervenía en las vidas de los hombres, y la tiranía de sus abogados y de sus honorarios.

El islamismo llegó así como un amplio alivio y solución. El esclavo que admitía que Mahoma era el profeta de Dios y que la nueva enseñanza tenía, por lo tanto, autoridad divina, dejaba de ser esclavo. El esclavo que adoptaba el islamismo era en adelante libre. El deudor que "aceptaba" quedaba libre de sus deudas. La usura fué prohibida. El pequeño granjero fué aliviado, no sólo de sus deudas sino de sus agobiadores impuestos. Sobre todo, podía lograrse justicia sin comprarla a los abogados... Todo esto en teoría. La práctica no fué ni por asomos tan completa. Muchos convertidos siguieron siendo deudores, muchos siguieron siendo esclavos. Pero allí donde el islamismo dominó, reinó un nuevo espíritu de libertad y se notó un alivio.

Fué la combinación de todas esas cosas, la atractiva simplicidad de la doctrina, la eliminación de la disciplina clerical y de la imperial, la inmensa e inmediata ventaja práctica de la libertad para el esclavo, la terminación de la angustias del deudor, y, por último la inmensa ventaja de una justicia gratuita de acuerdo con pocas y sencillas leyes fácilmente comprendidas, la fuerza impulsora que respaldó la asombrosa victoria social mahometana. Los tribunales eran en todas partes accesibles a todos sin que mediara pago, y daban veredictos que todos podían entender. El movimiento mahometano era esencialmente una "reforma", y podemos descubrir numerosas afinidades entre el islamismo y los reformadores protestantes —acerca de las imágenes, la misa, el celibato, etc.

Lo maravilloso parece ser, no tanto que la nueva emancipación se extendiera a los hombres en

forma muy parecida a como podríamos imaginar que el comunismo se extiende hoy en nuestro mundo industrial, sino que haya subsistido, como subsistió durante varias generaciones, una prolongada y firme resistencia contra el mahometismo.

Ahí tenemos, creo, la naturaleza del islamismo y de su primer fulgor original de victoria.

Acabamos de ver cuál fué la causa principal de la extraordinariamente rápida difusión del islamismo: una sociedad complicada y cansada, agobiada por la institución de la esclavitud, una sociedad, además, en que había millones de campesinos, como los de Egipto, Siria y todo el Oriente, acorralados por la usura y los fuertes impuestos, y a la que el nuevo credo, o, mejor dicho, la nueva herejía, ofrecía un alivio inmediato. Su característica era la simplicidad y se adaptaba, por lo tanto, al espíritu popular en una sociedad en que hasta entonces una clase cerrada había proseguido sus disputas sobre teología y gobierno.

Este es el hecho principal a que se debe la repentina difusión del islamismo después de su primera victoria armada sobre los ejércitos, más que sobre el pueblo, del imperio Oriental de habla griega. Pero esto solo no podía explicar otros dos triunfos igualmente notables. El primero fué el poder que la nueva herejía mostró al absorber a los pueblos asiáticos del Cercano Oriente, Mesopotamia y el territorio montañoso entre ésta y la India. El segundo fué la riqueza y el esplendor del Califato (esto es, de la monarquía central mahometana) en las generaciones que siguieron inmediatamente a la primera victoria.

El primero de estos hechos, la difusión en la Mesopotamia, Persia y el territorio montañoso que se extiende hacia la India, no se debió, como en el caso de los repentinos triunfos en Siria y en Egipto, al ansia de simplicidad, de liberación de la esclavitud y de alivio de las deudas. Se debió a cierto carácter fundamental en el Cercano Oriente que siempre influyó en su sociedad y en la que sigue influyendo hoy. Ese carácter es una especie de uniformidad natural. Le fué inherente desde tiempos anteriores a toda noción histórica, una especie de instinto de obediencia a una sola dirección religiosa que es también civil, y una similitud general de cultura social. Cuando hablamos de la larga lucha entre Asia y Occidente, entendemos por la palabra "Asia" toda esa población dispersa del territorio montañoso que se extiende más allá de la Mesopotamia hacia la India, su permanente influencia en las propias llanuras de la Mesopotamia y su influencia potencial hasta en las montañas y la costa marítima de Siria y de Palestina.

La lucha entre Asia y Europa abarca un vasto período, como una marea que fluye y refluye. Durante cerca de mil años, desde la conquista de Alejandro hasta el advenimiento de los reformadores mahometanos (333 antes de J. C. a 634 después de J. C.), la marea tendía hacia el Este, esto es, que influencias occidentales —griega y luego griega y romana— habían inundado las tierras discutidas. Durante un corto período de unos dos siglos y medio a tres, hasta la Mesopotamia era superficialmente griega —en todo caso en su clase gobernante. Luego Asia comenzó a refluir nuevamente hacia el Oeste. Ni el antiguo imperio pagano romano ni el imperio cristiano que lo su-

cedió y que se gobernaba desde Constantinopla, pudieron nunca mantener en forma permanente los territorios que se extendían más allá del Eufrates. El nuevo impulso de Asia hacia el Oeste fué dirigido por los persas, y éstos y los partos (que eran una parte de los persas) no sólo mantuvieron su dominio en la Mesopotamia, sino que pudieron efectuar incursiones en territorio romano propiamente dicho, a fines de ese período. En los últimos años antes del surgimiento del mahometismo, habían aparecido en la costa mediterránea y saqueado Jerusalén.

Ahora bien, cuando el islamismo llegó con sus primeras furiosas y victoriosas cargas de caballería desde el desierto, robusteció poderosamente esta tendencia de Asia a recuperarse. La uniformidad de carácter que singulariza a la sociedad asiática, respondió inmediatamente a esta nueva idea, de forma muy simple y personal, de gobierno santificado por la religión y que actuaba con un poder teóricamente absoluto emanado de un solo centro. Una vez establecido el califato en Bagdad, esta ciudad se transformó en lo que había sido Babilonia: la capital central de una vasta sociedad, que daba el tono a todas las tierras que se extendían desde las fronteras de la India hasta el Egipto y aún más allá.

Pero más notable aun que la inundación de toda el Asia Menor por el mahometismo en menos de cien años, fueron la riqueza, el esplendor y la cultura del nuevo imperio islámico. El islamismo era en esos primeros siglos (casi todo el siglo VII, todo el VIII y el IX), la más alta civilización material de nuestro mundo occidental. La ciudad

de Constantinopla era también muy rica y gozaba de gran civilización, que se irradiaba a sus provincias vasallas, Grecia y la costa del Egeo, así como las montañas del Asia Menor, pero que estaba concentrada en la ciudad imperial; en la mayor parte de los distritos rurales la cultura estaba en su ocaso. Así ocurría manifiestamente en Occidente. Galia y Bretaña, y, en cierto grado Italia y el valle del Danubio, recayeron en la barbarie. Nunca se volvieron completamente bárbaras, ni siquiera Bretaña, que era la más alejada; pero fueron saqueadas y empobrecidas y carecieron de gobierno propio. Desde el siglo V hasta principios del XI (digamos desde 450 a 1030) fué el período que llamamos "la edad oscura" de Europa, a pesar del experimento de Carlomagno.

Esto en cuanto al mundo cristiano de aquellos tiempos, al que el islamismo comenzaba a presionar con tanta intensidad, que había perdido a manos del Islam toda España, así como ciertas islas y costas del Mediterráneo. La cristiandad estaba sitiada por él. El islamismo se erguía ante nosotros con un dominio de esplendor, riqueza y poder, y, lo que era aun más importante, con un conocimiento superior de las ciencias prácticas y aplicadas. Conservaba los filósofos griegos, los matemáticos griegos y sus obras, la ciencia física de los griegos y los primeros escritores romanos. Era también mucho más instruído que la cristiandad. En las masas de Occidente, la mayor parte de los hombres se habían vuelto iletrados. Hasta en Constantinopla, el leer y escribir no era tan común como en el mundo gobernado por el califa.

Podría resumirse y decirse que el contraste entre el mundo mahometano de esos primeros siglos y el mundo cristiano que amenazaba dominar, era como el contraste entre un estado moderno industrializado y un estado vecino retrógrado, a medio desarrollar; el contraste entre la Alemania moderna, por ejemplo, y Rusia, su vecina. El contraste no era tan grande como todo esto, pero la comparación moderna ayuda a comprenderlo. En los siglos por venir el islamismo iba a seguir siendo una amenaza, a pesar de la reconquista de España. En Occidente se transformó en una amenaza mayor aun y se extendió continuamente durante setecientos años, hasta que dominó los Balcanes y las llanuras de Hungría y ocupó casi la Europa occidental. Fué la única herejía que casi destruyó al cristianismo por su temprana superioridad material e intelectual.

Ahora bien, ¿cómo ocurrió esto? Parece inexplicable, si se recuerdan las inciertas e insignificantes jefaturas personales, los continuos cambios de dinastías locales, y el fundamento artificioso del esfuerzo mahometano. Ese esfuerzo comenzó con el ataque de unos pocos jinetes del desierto, impulsados tanto por su deseo de botín como por el entusiasmo por sus nuevas doctrinas. Estas doctrinas habían sido predicadas a grupos muy diseminados de nómadas, en centros grandes, pero de población poco estable. Se habían originado en un hombre verdaderamente notable por la intensidad de su naturaleza, probablemente más que medio convencido, y probablemente también un poco loco, que nunca había demostrado capacidad constructiva. Y, sin embargo, el islamismo triunfó.

Mahoma era un camellero que había tenido la buena suerte de casarse con una mujer rica y mayor que él. Desde la seguridad de esa posición, desarrolló sus visiones y entusiasmos y emprendió su propaganda. Pero todo se hizo en forma muy reducida e ignorante. No había organización, y cuando las primeras bandas habían triunfado en la batalla, los jefes comenzaron a pelear entre sí; no sólo a pelear sino a asesinarse. La historia de los primeros cien años y algunos más después de la primera embestida —la historia del gobierno mahometano (tal como era), mientras tuvo su sede en Damasco—, es una historia de intrigas y de asesinatos sucesivos. Sin embargo, cuando en la segunda dinastía, que reinó durante tanto tiempo, los abbasidas, con su capital más al Este que Bagdad, en el Eufrates, restauraron el viejo dominio mesopotámico sobre Siria y gobernaron también el Egipto y todo el mundo mahometano, ese esplendor y esa ciencia, ese poder material y esa riqueza de que hablé, surgieron y asombraron a todos los contemporáneos. Y tenemos que hacernos nuevamente la pregunta: ¿cómo fué eso?

La respuesta está en la naturaleza misma de la conquista mahometana. *No destruyó* inmediatamente, como tan a menudo se ha repetido, aquello que dominaba; *no exterminó* a todos los que no querían aceptar el islamismo. Ocurrió lo contrario. Se destacó entre todos los demás poderes que habían gobernado esas tierras en la historia por lo que erróneamente se ha llamado su "tolerancia". El carácter mahometano no era tolerante. Era, por el contrario, fanático y sanguinario. No sentía respeto ni curiosidad siquiera por aquéllos con quienes disentía. Era absurdamente pagado de sí mismo y

consideraba con desprecio a la alta cultura cristiana a su alrededor. Aun hoy la considera así.

Pero los conquistadores y los que ellos convirtieron de entre las poblaciones nativas, eran todavía demasiado pocos para gobernar por la fuerza. Y (lo que es más importante) no tenían idea alguna de organización. Eran descuidados y sucios. Así, pues, una mayoría muy grande de los conquistadores conservaron sus viejas costumbres de vida y de religión.

Lentamente, la influencia del islamismo se extendió a ellos, pero durante los primeros siglos la gran mayoría en Siria, y aun en Mesopotamia y Egipto, eran cristianos que conservaban la misa cristiana, los Evangelios cristianos y la tradición cristiana. Ellos fueron los que conservaron la civilización grecorromana de la cual descendían, los que sobrevivieron bajo la superficie del gobierno mahometano, que dieron sus enseñanzas y poder material a los amplios territorios que debemos llamar, ya tan pronto, "el mundo mahometano", aunque su inmensa mayoría no era aún mahometana en sus creencias.

Pero hubo otra causa, la más importante, la causa fiscal: la inmensa riqueza del califato mahometano primitivo. El mercader y el agricultor, el propietario y el negociante, fueron en todas partes ayudados por la conquista mahometana, pues eliminó mucho la usura, así como un complejo sistema de impuestos que se habían superpuesto y que arruinaban al contribuyente sin resultados proporcionados para el gobierno. Lo que los conquistadores árabes y sus sucesores hicieron en Mesopotamia, fué substituir todo eso por un sistema sencillo, directo, de tributos.

Todo cuanto no era mahometano en el inmenso imperio mahometano —esto es, la gran mayoría de su población— estaba sujeto a un tributo especial y este tributo era el que representaba directamente, sin pérdida alguna de intrincada burocracia, la riqueza del poder central: los ingresos del califa. Esos ingresos siguieron siendo enormes durante toda la primera generación. El resultado fué el que siempre sigue a una gran concentración de riquezas en un solo centro gobernante: toda la sociedad gobernada desde ese centro refleja la opulencia de sus directores.

Ahí tenemos la explicación de ese extraño, de ese único fenómeno en la historia, de esa revuelta contra la civilización que no destruyó la civilización; de esa herejía consumidora que no destruyó la religión cristiana, contra la cual estaba dirigida.

El mundo del islamismo se transformó y siguió siendo durante mucho tiempo el heredero y el custodio de la antigua cultura grecorromana. Así fué cómo, única entre las demás herejías, el mahometismo no sólo sobrevivió sino que, después de cerca de catorce siglos, está espiritualmente tan fuerte como siempre. En el correr del tiempo, echó raíces y estableció una civilización propia sobre y contra nosotros, y fué nuestro enemigo permanente.

Ahora que hemos entendido por qué el islamismo, la más formidable de las herejías, elaboró su poderío y logró su asombroso triunfo, tenemos que tratar de comprender por qué, única entre todas las herejías, ha sobrevivido en plenitud de fuerzas y aun sigue (en cierto modo) expandiéndose hoy.

Es éste un punto de importancia decisiva para la comprensión, no sólo de nuestro tema, sino de la historia del mundo en general. Sin embargo, es un punto casi enteramente sin comentar en el mundo moderno.

Millones de personas de la civilización blanca —esto es, la civilización de Europa y América— han olvidado todo acerca del islamismo. Nunca han entrado en contacto con él. Dan por sentado que está decayendo y que, de todos modos, sólo es una religión extranjera que no habrá de preocuparles. Es, de hecho, el enemigo más formidable y persistente que nuestra civilización haya tenido, y puede en cualquier momento transformarse en el futuro en una amenaza tan grande como lo fué en el pasado.

A este punto de la amenaza futura volveré al final de estas páginas sobre el mahometismo.

Todas las grandes herejías —menos esta única— parecen pasar por las mismas fases.

Primero, surgen con gran violencia y se ponen de moda; lo consiguen insistiendo en alguna de las grandes doctrinas católicas en forma exagerada, y, puesto que las grandes doctrinas católicas combinadas forman la única filosofía completa y satisfactoria conocida por la humanidad, cada una de sus doctrinas tiene su atractivo especial.

Así, el arrianismo insistió en la unidad de Dios combinada con la majestad y el poder creador de Nuestro Señor. Al mismo tiempo, sedujo los espíritus imperfectos porque trató de racionalizar un misterio. El calvinismo tuvo también gran aceptación porque insistió en otra doctrina fundamental, la Omnipotencia y Omnisciencia de

Dios. Lo demás lo tomó fuera de proporción y se equivocó violentamente sobre la Predestinación, pero tuvo su momento de triunfo cuando pareció que iba a dominar toda nuestra civilización —cosa que habría logrado si los franceses no hubieran luchado en su gran guerra religiosa y vencido a sus partidarios en ese suelo de Galia, que siempre ha sido el campo de batalla y lugar de prueba de las ideas europeas.

Después de esta primera fase de las grandes herejías, cuando se hallan con su vigor inicial y se propagan como una llama de hombre a hombre, llega una segunda fase de declinación, que dura al parecer (según alguna ley oscura), unas cinco o seis generaciones: digamos un par de cientos de años o algo más. Los partidarios de la herejía se vuelven menos numerosos y menos convencidos, hasta que por último sólo unos pocos pueden reputarse incondicionales y fieles seguidores del movimiento primitivo.

Luego llega la tercera fase, en que cada herejía desaparece totalmente como doctrina, en que nadie cree ya en la doctrina o en que queda un grupo tan reducido de creyentes que ya no cuenta. Pero los factores morales y sociales de la herejía quedan y pueden tener un poderoso efecto por generaciones. Esto lo vemos en el caso del calvinismo de hoy. El calvinismo produjo el movimiento puritano, y de éste nació, como consecuencia necesaria, el aislamiento del alma, la disrupción de la acción social colectiva, la competencia y la codicia desenfrenadas, y, por último, la completa instauración de lo que llamamos hoy "capitalismo industrial", que hace peligrar ahora la civilización por el descontento de la gran mayoría deshereda-

da con sus pocos amos plutocráticos. No queda sino tal vez un puñado de personas en Escocia que realmente crean en las doctrinas que Calvino enseñó, pero el espíritu del calvinismo aun es muy fuerte en los países que primitivamente infectó y sus frutos sociales quedan todavía.

Ahora bien, en el caso del islamismo, nada de esto ocurrió, exceptuando la primera fase. No hubo segunda fase de declinación gradual en el número ni en la convicción de sus partidarios. Por el contrario, el islamismo creció de fuerza en fuerza, adquiriendo cada vez más territorio y convirtiendo cada vez más adeptos, hasta que se estableció como una civilización separada y tanto pareció ser una nueva religión, que la mayoría de las gentes llegaron a olvidar su origen como herejía.

El islamismo no sólo creció en el número de sus adeptos, sino en territorio y en verdadero poder político y armado hasta casi el siglo XVIII. Menos de cien años antes de la guerra de la Independencia americana, un ejército mahometano estaba amenazando invadir y dominar la civilización cristiana y lo habría conseguido si el católico rey de Polonia no hubiera destruído ese ejército en las afueras de Viena.

Desde entonces, el poderío armado del mahometismo ha declinado, pero ni el número ni la convicción de sus partidarios han mermado en forma apreciable, como tampoco el territorio que se anexó, aunque ha perdido regiones en que gobernaba a mayorías cristianas, y ha ganado nuevos adeptos —hasta cierto punto en Asia y mucho en Africa. En Africa, por cierto, está aún extendiéndose entre la población negra, y esta expansión constituye un importante problema futuro pa-

ra los gobiernos europeos que han dividido el Africa entre ellos.

Hay otro punto relacionado con este poder del islamismo. El de que es al parecer *inconvertible.*

Los esfuerzos misioneros hechos por grandes órdenes católicas que se han consagrado al intento de convertir mahometanos en cristianos desde hace cerca de 400 años, han fracasado por completo en todas partes. En algunos lugares hemos desalojado a los amos mahometanos y libertado a sus súbditos cristianos del dominio mahometano, pero apenas hemos tenido buen éxito en la conversión individual de mahometanos, salvo tal vez unos pocos en el Sur de España, hace unos 500 años, y aun así, fué más bien un caso de cambio político que no religioso.

Ahora bien, ¿cuál es la explicación de todo esto? ¿Por qué ha de ser el islamismo la única de todas las grandes herejías que muestre tan persistente vitalidad?

Los que simpatizan con el mahometismo y más aun los que realmente son mahometanos, lo explican proclamándolo la mejor y la más humana de las religiones, la más apropiada para la humanidad y la más atrayente.

Por extraño que pueda parecer, hay cierto número de hombres muy cultos, caballeros europeos, que se han plegado realmente al islamismo, esto es, que se han convertido personalmente al mahometismo. He conocido y hablado a media docena de ellos en diversas partes del mundo, y hay un número mucho mayor de hombres que, habien-

do perdido su fe en el catolicismo o en alguna forma de protestantismo en que habían sido educados, sienten simpatía por el sistema social mahometano aunque no se han plegado a él ni profesan fe en su religión. Constantemente nos encontramos con hombres de esa clase entre los que han viajado por Oriente.

Estos hombres siempre dicen lo mismo: el islamismo es indestructible porque se funda en la simplicidad y la justicia. Ha mantenido las doctrinas cristianas que son evidentemente verdaderas y que atraen el sentido común de millones de hombres, mientras que se ha deshecho del clero, de los misterios, de los sacramentos y del resto. Proclama y practica la igualdad humana. Ama la justicia y prohibe la usura. Produce una sociedad en la que los hombres son más felices y sienten más su dignidad que en otra alguna. Ésa es su fuerza y el por qué aun convierte a gente, perdura, y volverá tal vez al poder en un futuro próximo.

No creo que esa explicación sea la verdadera. Todas las herejías hablan en estos términos. Todas las herejías dicen que han purificado las corrupciones de las doctrinas cristianas y que en general no han hecho sino bien a la humanidad, que han satisfecho el alma humana, etc. Sin embargo, todas ellas se han desvanecido, *excepto* el mahometismo. ¿Por qué?

Para lograr la respuesta a este problema, tenemos que observar en qué la suerte del islamismo ha diferido de la de las demás grandes herejías, y cuando lo consigamos, creo que tendremos la pista para llegar a la verdad.

El islamismo ha diferido de todas las demás herejías en dos puntos principales, que deben observarse cuidadosamente:

1. — No surgió dentro de la Iglesia, esto es, dentro de las fronteras de nuestra civilización. Su heresiarca no fué un hombre originariamente católico que haya apartado a fieles católicos con una nueva doctrina, como lo hicieron Arrio y Calvino. Era un extraño, nacido pagano, que vivió entre paganos y que nunca fué bautizado. Adoptó las doctrinas cristianas y eligió de entre ellas, al verdadero modo heresiarca. Desechó aquéllas que no le convenían e insistió en las que le convenían —lo cual es característico del heresiarca—, pero no lo hizo desde adentro; su acción fué externa.

Esos pequeños pero aguerridos ejércitos de árabes nómadas que lograron sus asombrosas victorias en Siria y en Egipto contra el mundo católico de principios del siglo VII, estaban compuestos por hombres que habían sido paganos todos antes de hacerse mahometanos. No había en ellos un catolicismo anterior al cual volver.

2. — Este cuerpo del Islam que atacó a la cristiandad desde más allá de sus fronteras y no minándolo desde adentro, se formaba continuamente con material de lucha de la mejor clase, reclutado en la oscuridad pagana foránea.

Este reclutamiento se hizo en oleadas, incesantemente, a través de los siglos, hasta fines de la Edad Media. Se reclutaban principalmente mongoles llegados de Asia (aunque había algunos bereberes procedentes del Norte de Africa), y fué este incesante y renovado impacto de los nuevos

adherentes, conquistadores y guerreros como lo habían sido los árabes primitivos, lo que dió al islamismo su formidable resistencia y la duración de su poder.

No mucho después de la primera conquista de Siria y Egipto, pareció como si la entusiasta y nueva herejía, a pesar de su sorprendente y repentino triunfo, fuera a fracasar. La continuidad en el mando se interrumpió, así como la unidad política de todo el sistema. La primitiva capital del movimiento fué Damasco, y, en un principio, el mahometismo fué sirio (y, por extensión, egipcio), pero después de un tiempo bastante corto, apareció una división. Una nueva dinastía comenzó a gobernar desde Mesopotamia y no ya desde Siria. Los distritos occidentales, esto es, Africa del Norte y España (después de la conquista de este último país), formaron un gobierno político aparte, bajo un gobernante distinto. *Pero los califas de Bagdad comenzaron a sostenerse mediante una guardia personal de guerreros mercenarios mongoles, procedentes de las estepas de Asia.*

La característica de estos mongoles nómadas (que después del siglo V llegan una y otra vez en oleadas contra nuestra civilización), es que son guerreros indomables, y, al mismo tiempo, puramente destructivos. Matan por millones; incendian y destruyen; convierten en desierto zonas fértiles. Parecen incapaces de esfuerzo creador.

Por dos veces nosotros, los del Occidente cristiano europeo, hemos escapado apenas a la destrucción final a manos de ellos; una vez, cuando derrotamos al inmenso ejército asiático de Atila cerca de Chalons, en Francia, a mediados del siglo V (no antes de que cometiera horribles atrocidades y de-

jara tras de sí la ruina en todas partes), y nuevamente en el siglo XIII, 800 años después. Entonces el avance del poderío asiático mongol fué detenido, no por nuestros ejércitos, sino por la muerte del hombre que lo había unido en su sola mano. Pero no fué detenido hasta llegar al Norte de Italia, al acercarse a Venecia.

Fué este reclutamiento de guardias personales mongoles por contingentes sucesivos, el que sostuvo al islamismo e impidió que corriera la suerte que habían corrido todas las demás herejías. Mantuvo al islamismo tonante como con golpes de ariete desde *fuera de las fronteras* de Europa, abriendo brechas en nuestras defensas y penetrando cada vez más en tierras que habían sido cristianas.

Los invasores mongoles aceptaron en seguida el islamismo; los hombres que servían como soldados mercenarios y constituían el verdadero poderío de los califas estaban prontos para conformarse con las sencillas exigencias del mahometismo. No tenían una religión regular propia lo bastante fuerte para contrarrestar los efectos de las doctrinas del islamismo, que, aunque mutiladas, eran principalmente doctrinas cristianas —la unidad y la majestad de Dios, la inmortalidad del alma y lo demás. Los mercenarios mongoles que apoyaban el poder político de los califas fueron atraídos por esas doctrinas principales y las adoptaron fácilmente. Se hicieron buenos musulmanes, y, como soldados que apoyaban a los califas, fueron así propagadores y conservadores del islamismo.

Cuando en plena Edad Media pareció que el islamismo había vuelto a fracasar, una nueva ola

de soldados mongoles, llamados "turcos", llegaron para salvar nuevamente la suerte del mahometismo, aunque iniciaron la destrucción más abominable de esa civilización que el mahometismo había conservado. Ése es el motivo por el cual, en las luchas de las cruzadas, los cristianos consideraban al enemigo como "el turco", nombre general común a muchas de estas tribus nómadas. Los predicadores cristianos de las cruzadas, los capitanes de los soldados y los cruzados, en sus cantos hablan del "turco" como del enemigo, mucho más, en general, que del mahometismo.

A pesar de la ventaja de ser reforzada por continuos reclutamientos, la presión del mahometismo contra la cristiandad podría haber fracasado, después de todo, si un supremo intento de aliviar esa presión contra el Occidente cristiano hubiera tenido buen éxito. Ese supremo intento se realizó en mitad del proceso (años 1095-1200) y se llama en la historia "las cruzadas". La cristiandad católica logró recuperar a España; casi logró desalojar al mahometismo de Siria, salvar la civilización cristiana de Asia y aislar al mahometismo asiático del africano. Si lo hubiera logrado, tal vez el mahometismo habría muerto.

Pero las cruzadas fracasaron y su fracaso es la mayor tragedia de la historia de nuestra lucha contra el islamismo, esto es, contra Asia — contra el Oriente.

Describiré ahora qué fueron las cruzadas y cómo y por qué fracasaron.

El buen éxito del mahometismo no se había debido a que ofreciera algo más satisfactorio en

materia de filosofía ni de moral, sino, como lo he dicho, a la oportunidad de libertad que ofrecía al esclavo y al deudor y a una extrema simplicidad que agradaba a las poco inteligentes masas, que se quedaban perplejas ante los misterios inseparables de la profunda vida intelectual del catolicismo y de su radical doctrina de la Encarnación. Pero estaba extendiéndose, y parecía que fuera a triunfar universalmente, como todas las grandes herejías en sus comienzos, porque era lo que estaba de moda en esos tiempos, lo que triunfaba.

Ahora bien, contra las grandes herejías, cuando adquieren el poder arrollador de lo nuevo y lo que está de moda, surge una reacción dentro del espíritu cristiano y católico, reacción que gradualmente hace variar el curso de la corriente, elimina la ponzoña y restablece la civilización cristiana. Tales reacciones comienzan, lo repito, oscuramente. El hombre sencillo es el que se siente incómodo y se dice a sí mismo: "Esto podrá ser la moda del momento, pero no me gusta". Es la masa de los cristianos los que sienten hasta en la médula que algo anda mal, aunque tengan dificultades para explicarlo. La reacción es generalmente lenta y como confusa, y por cierto tiempo no triunfa. Pero, a la larga, ha triunfado siempre de las herejías internas, así como la salud congénita del cuerpo humano logra vencer alguna infección interna.

Una herejía, cuando tiene todo su poder primitivo, afecta hasta el pensamiento católico —así fué cómo el arrianismo produjo gran cantidad de semiarrianismos que circularon por toda la cristiandad. El horror maniqueísta hacia el cuerpo y la falsa doctrina de que la materia es el mal, afectó hasta a los más grandes católicos de ese tiem-

po. Algo de eso hay en las cartas del gran san Gregorio. En la misma forma, el mahometismo tuvo su efecto en los emperadores cristianos de Bizancio y en Carlomagno, el emperador de Occidente; por ejemplo, se inició un poderoso movimiento contra el uso de las imágenes, tan esenciales para el culto católico. Aun en Occidente, allí donde nunca había alcanzado el mahometismo, el propósito de eliminar las imágenes de las iglesias estuvo cerca de triunfar.

Pero mientras el mahometismo iba extendiéndose y absorbía más y más adeptos entre las poblaciones cristianas vasallas del Este y del Norte de Africa, y ocupaba más territorios, empezaba una reacción defensiva contra él. El islamismo absorbió gradualmente el Norte de Africa y cruzó a España; menos de un siglo después de estas primeras victorias en Siria logró cruzar los Pirineos y llegar a Francia. Afortunadamente, fué derrotado en una batalla a mitad de camino entre Tours y Poitiers, en el centro norte del país. Algunos creen que si los jefes cristianos no hubieran ganado esa batalla, la cristiandad entera habría sido dominada por el mahometismo. De todos modos, desde ese momento nunca avanzó más en Occidente. Fué rechazado hasta los Pirineos, y, muy lentamente por cierto, en un período de 300 años, fué desalojado cada vez más hacia el Sur, hacia el centro de España, y el Norte de ese país quedó nuevamente libre de la influencia mahometana. En Oriente, sin embargo, como veremos, siguió constituyendo una enorme amenaza.

Pues bien, con el triunfo de los cristianos al desalojar a los mahometanos de Francia y de media España, comenzó una especie de despertar en Europa. Era ya tiempo. Los occidentales habíamos sido sitiados por tres lados: los asiáticos paganos nos habían llegado hasta el corazón mismo de las Germanias piratas paganos de la más cruel y repugnante especie habían pululado en los mares del Norte y barrido casi la civilización cristiana en Inglaterra, la habían herido también en el Norte de Francia, y, a más de todo, esta presión del mahometismo desde el Sur y el Sudeste —presión mucho más civilizada que la de los piratas asiáticos o escandinavos, pero amenaza al fin, bajo la cual nuestra civilización cristiana estuvo cerca de desaparecer.

Es sumamente interesante tomar un mapa de Europa y marcar los límites extremos alcanzados por los enemigos de la cristiandad en lo más álgido de su lucha por la existencia. La caballería avanzada de la peor incursión asiática llegó hasta Tournus, sobre el Saona, que se halla en el centro propiamente dicho de lo que hoy es Francia; la incursión mahometana llegó hasta un lugar entre Tournus y Poitiers. Los horribles piratas paganos escandinavos atacaron Irlanda, toda Inglaterra y remontaron todos los ríos del Norte de Francia y del Norte de Alemania. Llegaron hasta Colonia, sitiaron a París y casi tomaron a Hamburgo. Las gentes de hoy olvidan cuán dudoso era, en plena "edad oscura", entre mediados del siglo VIII y fines del siglo IX si la civilización católica llegaría o no a sobrevivir. La mitad de las islas del Mediterráneo habían caído en manos de los mahometanos, así como todo el Cercano Oriente; el enemigo luchaba para apoderarse de Asia Menor, y el Norte y el centro de Europa eran continua-

mente atacados por los asiáticos y los paganos del Norte.

Luego se produjo la gran reacción y el despertar de Europa. La caballería salida de Galia a España y los caballeros nativos españoles, al expulsar a los mahometanos, lo iniciaron. Los piratas escandinavos y los invasores de Asia habían sido derrotados dos generaciones antes. Las peregrinaciones a Jerusalén, largas, costosas y peligrosas, aunque continuas en toda la "edad oscura", estaban entonces especialmente amenazadas por una nueva oleada mongólica de soldados mahometanos que se habían establecido en Oriente y especialmente en Palestina, y surgió el grito de que el Santo Sepulcro, la Verdadera Cruz (que se conservaba en Jerusalén), las comunidades cristianas de Siria y de Palestina que quedaban y, sobre todo, el Santo Sepulcro —el lugar de la Resurrección, el objeto principal de toda peregrinación— tenían que ser salvados de las usurpadoras manos del Islam. Hombres entusiastas predicacaron el deber de marchar hacia Oriente y de rescatar Tierra Santa; el propio Papa reinante, Urbano, se puso a la cabeza del movimiento en un famoso sermón pronunciado en Francia ante grandes multitudes, que gritaban: "¡Dios lo quiere!" Cuerpos irregulares comenzaron a marchar hacia Oriente para expulsar al Islam de Tierra Santa, y, a su debido tiempo, los ejércitos regulares de los grandes príncipes cristianos se prepararon para un esfuerzo organizado de vastas proporciones. Los que hicieron voto de proseguir el esfuerzo adoptaron la insignia de la Cruz, que ostentaban

en sus ropas, y de ahí la lucha comenzó a conocerse por el nombre de "las cruzadas".

La primera cruzada consistió en tres grandes cuerpos de soldados cristianos más o menos organizados, que se pusieron en marcha desde Europa Occidental hacia Tierra Santa. Digo "más o menos organizados", porque el ejército feudal nunca fué muy organizado; se componía de unidades de muy diferente número, que seguían cada una a un señor feudal —aunque, por supuesto, tenía bastante organización para realizar una empresa militar, pues una simple multitud de hombres nunca podría hacerlo—. Con el objeto de no agotar las provisiones de los países que tenían que atravesar, los jefes cristianos avanzaron en tres grupos: uno, desde el Norte de Francia, descendió por el valle del Danubio; otro, desde el Sur de Francia, atravesó Italia, y un tercero, formado por franceses que recientemente se habían apoderado del Sur de Italia y que cruzaron el Adriático directamente y se dirigieron a Constantinopla por los Balcanes. Todos se reunieron en Constantinopla, donde, a pesar de las pérdidas sufridas en el camino, se encontraron allí algo así como un cuarto de millón de hombres, tal vez algo más. La cifra nunca se supo con exactitud ni se computó.

En Constantinopla, el emperador estaba aún libre, a la cabeza de su gran capital cristiana, pero estaba peligrosamente amenazado por los guerreros turcos mahometanos, que se hallaban al otro lado del estrecho, en Asia Menor, y cuyo objeto era apoderarse de Constantinopla y apresurar la ruina de la cristiandad. Esta presión contra Constantinopla la alivió inmediatamente la gran masa de cruzados, que ganaron una batalla

contra los turcos en Dorileo y avanzaron, aunque con gran dificultad y mayores pérdidas de hombres, hasta que llegaron al punto en que Siria se une al Asia Menor en el Golfo de Alejandreta. Allí, uno de los jefes cruzados se labró un reino e instaló su capital en la ciudad cristiana de Edesa, para que sirviera de baluarte contra una futura presión mahometana del Este. Las últimas de las ya disminuídas fuerzas cristianas sitiaron y con gran dificultad tomaron Antioquía, de la cual los mahometanos se habían apoderado hacía unos pocos años. Ahí, otro jefe cruzado se hizo señor feudal, y se perdió mucho tiempo y hubo una desdichada disputa entre los cruzados y el emperador de Constantinopla, que, como era natural, quería que le devolvieran lo que había constituído parte de su territorio antes de que surgiera el mahometismo, mientras que los cruzados querían conservar lo que habían conquistado para que su producido constituyera un ingreso para cada uno de ellos.

Por último, salieron de Antioquía en el verano del tercer año de su partida de Europa —el último año del siglo XI, 1099—; se apoderaron al avanzar de todas las poblaciones a lo largo de la costa; al llegar a la altura de Jerusalén, avanzaron tierra adentro y asaltaron la ciudad el 15 de julio de ese año, dieron muerte a toda la guarnición mahometana y se establecieron firmemente dentro de las murallas de la Ciudad Santa. Luego organizaron su conquista en un reino feudal y eligieron a uno de ellos rey titular de la nueva tierra de Jerusalén. Eligieron para ese cargo a un gran noble oriundo del país donde las razas teutónica y gálica se unen en el Nordeste de Francia, Godofredo de Bouillón, poderoso señor de las Marcas. Tenía por vasallos nominales a los grandes señores feudales que se habían constituído feudos desde Edesa hacia el Sur y a aquéllos que se habían establecido en los grandes castillos de piedra que hicieron construir y que aun constituyen las ruinas más hermosas del mundo.

Cuando los cruzados hubieron cumplido su propósito y ocupado Tierra Santa, habían quedado reducidos a un número muy pequeño de hombres. Es probable que los guerreros propiamente dichos, es decir, descontados los sirvientes, ayudantes y demás, presentes en el sitio de Jerusalén, no fueran más de 15.000 hombres. Y de esas fuerzas dependía todo. Siria no había sido recuperada completamente, ni los mahometanos definitivamente rechazados; la costa marítima se mantenía con el apoyo de una población aun en gran parte cristiana, pero la llanura y la costa marítima de Palestina hasta el Jordán sólo formaban una estrecha franja de tierra detrás de la cual y paralela a la cual se extiende una cadena de colinas, que en el centro del país se transforman en grandes montañas —el Líbano y el Anti-Líbano. Más allá todavía, el país se transforma en un desierto, y, en el límite de ese desierto hay una cadena de poblaciones que son, y eran, los puertos del desierto —esto es, los puntos a donde llegan las caravanas.

Estos "puertos del desierto" han sido siempre muy importantes para el comercio, y sus nombres son mucho más antiguos que los datos históricos. Una cadena de ciudades establecida así a lo largo del límite del desierto comienza desde Ale-

po, en el Norte, hasta Petra, al Sur del Mar Muerto. Estas poblaciones estaban unidas entre sí por la gran ruta de caravanas que llega al Norte de Arabia, y, en tiempo de las cruzadas, eran todas predominantemente mahometanas. La más rica y central de esas ciudades, el gran mercado de Siria, era Damasco. Si los primeros cruzados hubieran dispuesto de bastantes hombres para tomar Damasco, su esfuerzo habría sido definitivamente fructífero. Pero sus fuerzas eran insuficientes para ello, apenas podían mantener la costa marítima de Palestina hasta el Jordán —y aun así, sólo la mantenían gracias a la ayuda de inmensas obras de fortificación.

Había mucho comercio con Europa, pero el reclutamiento de fuerzas no era bastante, y consecuencia de ello fué que el vasto mar del mahometismo que lo rodeaba todo comenzó a infiltrarse y a minar las posiciones cristianas. El primer indicio de lo que iba a ocurrir fué la caída de Edesa (la capital del estado del Noroeste de la federación de los cruzados, el más expuesto a un ataque), menos de medio siglo después de la primera toma de Jerusalén.

Fué el primer contraste serio, y suscitó gran impresión en el Occidente cristiano. Los reyes de Francia y de Inglaterra partieron con grandes ejércitos para restablecer la posición de los cruzados, y esta vez se dirigieron al punto estratégico de todo el país —Damasco—. Pero no lograron tomarla, y cuando ellos y sus hombres se hicieron a la mar con destino a Europa, la posición de los cruzados en Siria era tan peligrosa como antes. Los protegía una precaria seguridad

mientras el mundo mahometano estuviera dividido en cuerpos rivales, pero era seguro que si llegaba a surgir alguna vez un dirigente que pudiera unificar en sus manos el poderío mahometano, las pequeñas guarniciones cristianas estaban perdidas.

Y esto es exactamente lo que ocurrió. Salah-ed-Din —a quien llamamos Saladino—, soldado de genio, hijo de un ex gobernador de Damasco, adquirió gradualmente todo el poder sobre el mundo mahometano del Cercano Oriente. Se hizo el amo de Egipto, de todas las poblaciones en la orilla del desierto y cuando marchó al ataque con sus fuerzas unidas, los restos de las fuerzas cristianas de Siria no tenían probabilidad alguna de triunfar. Realizaron una excelente concentración, retirando hasta el último hombre disponible de las guarniciones de los castillos y formaron una fuerza móvil que trató de aliviar el sitio del castillo de Tiberíades, en el Mar de Galilea. El ejército cristiano estaba acercándose a Tiberíades y había llegado ya hasta los primeros escalones montañosos de Hattin, a un día de marcha de allí, cuando fué atacado por Saladino y aniquilado.

Este desastre, que ocurrió en el verano de 1187, fué seguido por el derrumbamiento de casi toda la colonia militar cristiana en Siria y en Tierra Santa. Saladino tomó ciudad tras ciudad, menos uno o dos puntos en la costa marítima, que iban a quedar en manos de los cristianos durante casi otro siglo. Pero el reino de Jerusalén, el feudo cristiano que había recuperado y mantenido Tierra Santa, había desaparecido. La propia Jerusalén cayó, por supuesto, y su caída produjo un efecto enorme en Europa. Todos los grandes jefes, el

rey de Inglaterra, Ricardo Plantagenet, el rey de Francia y el emperador, al mando conjunto de un excelente y numeroso ejército reclutado principalmente en Alemania, partieron todos para recuperar lo perdido. Pero fracasaron. Consiguieron apoderarse de uno o dos puntos más en la costa, pero nunca recuperaron Jerusalén ni restablecieron el antiguo reino cristiano.

Así terminó una serie de tres poderosos duelos entre la cristiandad y el Islam. El Islam había vencido.

Si las fuerzas que quedaron a los cruzados al terminar la primera marcha hubieran sido un poco más numerosas, si hubieran tomado Damasco y el grupo de ciudades situadas a orillas del desierto, la historia entera del mundo habría sido otra. El mundo del islamismo habría sido dividido en dos: Oriente no hubiera podido unirse a Occidente; es probable que nosotros los europeos hubiéramos recuperado Africa del Norte y Egipto —seguramente habríamos salvado a Constantinopla— y el mahometismo sólo habría sobrevivido como una religión oriental rechazada más allá de los antiguos límites del imperio romano. En cambio, el mahometismo no sólo sobrevivió sino que se robusteció. En efecto, sólo lentamente fué desalojado de España y de las islas orientales del Mediterráneo, y mantuvo su dominio en todo el Africa del Norte, Siria, Palestina, Asia Menor, y luego avanzó y conquistó los Balcanes y Grecia, invadió Hungría y dos veces amenazó invadir Alemania y llegar a Francia nuevamente por el Este y poner fin a nuestra civilización. Uno de los motivos del decaimiento del cristianismo cuando la Reforma, fué el hecho de que la presión mahometana contra el Emperador de Alemania dió a los príncipes y a las ciudades alemanas la oportunidad de rebelarse y de instalar iglesias protestantes en sus dominios.

En una forma u otra se siguieron realizando muchas expediciones contra los turcos; se las llamó cruzadas y la idea duró hasta fines de la Edad Media. Pero no se recuperó a Siria y no se rechazó a los musulmanes.

Entre tanto, la nueva marcha de los cruzados había proporcionado tantas experiencias nuevas a la Europa Occidental, que la cultura se había desarrollado muy rápidamente y producido la magnífica arquitectura y la gran filosofía y estructura social de la Edad Media. Ése fué el verdadero fruto de las cruzadas. Fracasaron en su propio campo, pero hicieron la Europa moderna. Sin embargo, la hicieron a expensas de la antigua idea de unidad cristiana; con una civilización material cada vez mayor, las naciones modernas comenzaron a formarse; la cristiandad aun se mantuvo unida, pero en forma más débil. Por último llegó la tormenta de la Reforma; la cristiandad se dividió, los diversos príncipes y naciones pretendieron independizarse de toda dirección común como la que había asegurado la posición moral del Papa, y nos deslizamos por esa cuesta que iba a terminar en la inmensa matanza de la guerra moderna, que puede ser la destrucción de nuestra civilización. Muy bien dijo Napoleón Bonaparte: *"Toda guerra en Europa es en realidad una guerra civil"*. Es profundamente cierto. La Europa cristiana es y debió ser una sola por naturaleza, pero ha olvidado su naturaleza al olvidar su religión.

El penúltimo punto de nuestra apreciación del gran ataque mahometano contra la Iglesia Católica y la civilización que ella produjo, es el repentino y postrero esfuerzo y el subsiguiente y rápido decaimiento del poder político mahometano, inmediatamente después de alcanzar su culminación. El último punto a este respecto, el que trataré después, es el muy importante y casi descuidado problema de si el poder mahometano podrá resurgir o no en el mundo moderno.

Si recapitulamos la suerte corrida por el islamismo después de su triunfo al vencer a los cruzados, restaurar su dominio en Oriente y confirmar su posesión cada vez más extensa de lo que una vez fué una cristiandad grecorromana unida, el islamismo comenzó a labrarse dos destinos completamente diferentes y aun contradictorios: estaba perdiendo gradualmente su poder en Europa Occidental mientras que lo aumentaba en el Sudeste de Europa.

En España había sido ya rechazado hasta mitad de camino entre los Pirineos y el estrecho de Gibraltar antes de las cruzadas, y estaba destinado, en los cuatro o cinco siglos siguientes, a perder hasta el último palmo de terreno que había gobernado en la península ibérica, llamada hoy España y Portugal. La Europa occidental continental (y hasta las islas a ella pertenecientes) quedaron libres de influencia mahometana durante los últimos siglos de la Edad Media, desde el siglo XII al siglo XV.

Esto fué porque los mahometanos del Oeste, es decir, de lo que entonces se llamaba "Berbería", que ahora es el Africa Septentrional francesa e italiana, estaban políticamente separados de la

gran mayoría del mundo mahometano, que se extendía al Este.

Entre los estados de Berbería (que hoy llamamos Túnez, Argel y Marruecos) y Egipto, el desierto constituía una barrera difícil de cruzar. El Oeste era entonces menos árido de lo que es ahora, y los italianos están haciendo revivir su prosperidad. Pero las grandes extensiones de arena y de piedras, con muy poca agua, siempre hicieron de esta barrera entre Egipto y el Oeste un desalentador obstáculo. Sin embargo, más importante aun que esta barrera era la gradual disociación entre los mahometanos occidentales de Africa del Norte y el grueso de los mahometanos del Este de dicho continente. La religión, las costumbres sociales y demás siguieron siendo, en realidad, los mismos. El mahometismo del Norte de Africa constituyó un solo mundo con el mahometismo de Siria, de Asia y de Egipto, así como la civilización cristiana en el Occidente de Europa siguió siendo durante mucho tiempo un solo mundo con la civilización cristiana de Europa Central y aun con la de Europa oriental. Pero la distancia, y el hecho de que los mahometanos orientales nunca llegaban en su ayuda en forma suficiente hizo que los mahometanos occidentales del Africa del Norte y de España se sintieron algo separados políticamente de sus hermanos del Este.

A esto debemos agregar el factor *distancia* y su efecto en el poderío marítimo de esos días y en esas aguas. El Mediterráneo tiene una extensión mucho mayor de tres mil doscientas millas; la única época en que podía lucharse eficazmente en sus aguas, según las condiciones reinantes en la Edad Media, era a fines de primavera,

en el verano y a principios de otoño, y es precisamente en esos cinco únicos meses en que podía utilizarse el Mediterráneo para grandes expediciones, cuando las operaciones militares ofensivas se veían obstaculizadas por largas calmas. Es cierto que esto se remediaba mediante el uso de galeras de muchos remos, para independizar a las flotas en lo posible del viento, pero, no obstante ello, las distancias dificultaban la unidad de acción.

Así, pues, al no ser apoyados en el mar por la riqueza y por el poderío humano de sus correligionarios de los puertos de Asia Menor y de Siria y de la desembocadura del Nilo, los mahometanos del Africa del Norte perdieron gradualmente el dominio de las comunicaciones marítimas. Perdieron, así, las islas del Oeste, Sicilia, Córcega y Cerdeña, las Baleares y hasta Malta, en el mismo momento en que se apoderaban triunfalmente de las islas orientales del mar Egeo. La única forma de poderío marítimo que quedaba a los mahometanos en el Oeste era la activa piratería de los marineros argelinos que operaban desde la laguna de Túnez y desde la bahía semiprotegida de Argel ("Argel" viene de una palabra árabe que significa "las islas". No existía un puerto propiamente dicho antes de la conquista francesa de hace unos cien años, pero había una caleta parcialmente protegida por una hilera de rocas y de islotes.) Estos piratas siguieron constituyendo un peligro hasta el siglo XVII. Es interesante observar, por ejemplo, que el llamado a la oración mahometano se oyó en las costas de la Irlanda del Sur en vida de Oliverio Cromwell, pues los piratas argelinos operaban en todas partes, no

sólo en el Mediterráneo Occidental sino a lo largo de las costas del Atlántico, desde el estrecho de Gibraltar hasta el Canal de la Mancha. No eran ya capaces de conquista, pero podían saquear y tomar prisioneros para cobrar su rescate.

Mientras en la parte occidental de Europa proseguía este rechazo de los mahometanos hacia el Africa, en la parte *oriental* ocurría exactamente lo contrario. Después de fracasar las cruzadas, los mahometanos se afirmaron en Asia Menor y comenzaron ese continuo ataque a Constantinopla que a la postre triunfó.

Constantinopla era con mucho la más rica y la más grande capital del mundo antiguo; era el viejo centro de la civilización griega y romana y aun cuando había perdido todo poder político directo sobre Italia y aun más sobre Francia, se la seguía respetando por ser el poderoso monumento del pasado romano. El emperador de Constantinopla era el heredero directo de los Césares. Desde el punto de vista militar, esta ciudad, sostenida con muchos tributos y apoyada por un ejército muy estrechamente unido y bien disciplinado, era el baluarte de la cristiandad. Mientras Constantinopla resistió como ciudad cristiana y mientras se decía misa en Santa Sofía, las puertas de Europa estuvieron cerradas para el islamismo. Cayó durante la misma generación que vió la expulsión del último gobierno mahometano del Sur de España. Los hombres que, en su edad madura, entraron en Granada con los ejércitos victoriosos de Isabel la Católica, pudieron recordar que, en su niñez, habían oído la terrible

noticia de que la misma Constantinopla había caído en manos de los enemigos de la Iglesia.

La caída de Constantinopla a fines de la Edad Media (1453) fué sólo el comienzo de nuevos avances mahometanos. El Islam invadió los Balcanes, se apoderó de todas las islas del Mediteráneo oriental, Creta, Rodas y demás, ocupó completamente Grecia, comenzó a avanzar por el valle del Danubio, y, hacia el Norte, por las grandes llanuras; destruyó el antiguo reino de Hungría en la fatal batalla de Mohacs, y, por último, en el primer tercio del siglo XVI, en el mismo momento en que la tormenta de la Reforma acababa de estallar, el Islam amenazaba a Europa muy de cerca y presionaba el corazón mismo del Imperio, en Viena.

No se aprecia en general hasta qué punto el triunfo de la revolución de Lutero contra el catolicismo en Alemania se debió a la forma en que la presión mahometana desde el Este estaba paralizando la autoridad central de los emperadores germanos. Estos tuvieron que transigir con los jefes de la revolución religiosa y tratar de establecer una difícil paz entre las inconciliables pretensiones de la autoridad católica y la teoría religiosa protestante, con el objeto de enfrentar en sus puertas al enemigo, a ese enemigo que había invadido ya Hungría y que bien podía invadir todo el Sur de Alemania y llegar quizá al Rin. Si el Islam hubiera logrado hacerlo en medio del caos de la violenta disensión civil entre los alemanes, debido al surgimiento de la Reforma, nuestra civilización habría sido tan completamente destruída como si el primer avance de

los mahometanos por España no hubiera sido detenido y rechazado ocho siglos antes en el centro de Francia.

Esta violenta presión mahometana desde el Este contra la cristiandad trató de triunfar por mar, así como por tierra. La última gran oleada de soldadesca mongola; la última gran organización turca que operaba ya desde Constantinopla, la capital conquistada, se proponía cruzar el Adriático, atacar Italia por mar y recuperar por último todo cuanto había perdido en el Mediterráneo occidental.

Hubo un momento crítico en el que pareció que el plan iba a tener buen éxito. Una gran armada mahometana luchó en el golfo de Corinto contra la flota cristiana de Lepanto. Los cristianos vencieron en esa acción naval y el Mediterráneo occidental se salvó. Pero la cosa fué por poco y el nombre de Lepanto debería quedar en las mentes de todos los hombres que tengan algún sentido de la historia como uno de los pocos grandes nombres de la historia del mundo cristiano. Ha sido un valioso tema para el mejor poema épico de nuestros tiempos, la "Balada de Lepanto", de Gilbert Keith Chesterton.

Estamos acostumbrados hoy a pensar en el mundo mahometano como en algo pasado y estancado, por lo menos en todo lo material. No podemos imaginar una gran flota mahometana compuesta por modernos acorazados y submarinos, ni un moderno ejército mahometano completamente pertrechado con artillería, aviación y demás modernos elementos. Pero no hace tanto tiempo, *menos de cien años antes de la Declaración de la Independencia,* el gobierno mahometano con

sede en Constantinopla tenía mejor artillería y mejores pertrechos bélicos de toda clase que el que teníamos nosotros los occidentales. El último esfuerzo que hicieron para destruir la cristiandad fué contemporáneo con el fin del reinado de Carlos II de Inglaterra, de su hermano Jacobo y del usurpador Guillermo III. Fracasó durante los últimos años del siglo XVII, hace apenas doscientos años. Viena, como vimos, casi fué tomada y sólo la salvó el ejército cristiano al mando del rey de Polonia, en una fecha que debería figurar entre las más famosas de la historia —el 11 de setiembre de 1683—. Pero el peligro subsistía, el islamismo era aún inmensamente poderoso en algunas zonas de Austria y no fué sino en la gran victoria del príncipe Eugenio en Zenta, en 1697, y en la toma de Belgrado, que la suerte varió en realidad —y en esa época estábamos a fines del siglo XVII.

Debe advertirse que la generación del deán Swift, los hombres que vieron la corte de Luis XIV en su ancianidad, aquéllos que vieron a los de Hannover instalados como reyes títeres de Inglaterra por la clase rica inglesa dominante, los que vieron la aparente extinción de la libertad irlandesa después del fracaso de la campaña de Jacobo II en el Boyne y la posterior rendición de Limerick, todo el tiempo transcurrido entre fines del siglo XVII y el comienzo del siglo XVIII, estuvieron dominados por un recuerdo vívido de una amenaza mahometana que había estado muy cerca de triunfar y que parecía poder repetirse en un futuro cercano. Los europeos de esa época pensaban en el mahometismo como nosotros pen-

samos en el bolcheviquismo o como los blancos en Asia piensan acerca del poderío japonés de hoy.

Lo que ocurrió fué algo completamente inesperado; el poderío mahometano comenzó a desmoronarse desde el punto de vista material. Los mahometanos perdieron el poder de competir con probabilidades de éxito con los cristianos en la fabricación de esos instrumentos por los cuales se asegura un dominio: armamentos, métodos de comunicaciones y demás. No sólo no adelantaron, sino que retrogradaron. Su artillería llegó a ser mucho peor que la nuestra. Mientras nuestra fuerza en el mar aumentaba grandemente, la de ellos mermaba, pues no tenían buques de primera clase con qué librar batallas navales.

El siglo XVIII es una historia de su pérdida gradual en la carrera contra los europeos en lo material.

Cuando la extensa revolución en las cosas humanas que provocó la invención de las maquinarias modernas comenzó en Inglaterra y se difundió poco a poco por Europa, el mundo mahometano demostró ser incapaz de aprovecharla. Durante las guerras napoleónicas, aunque apoyado por Inglaterra, el Islam fracasó por completo al enfrentar los ejércitos franceses de Egipto; su último esfuerzo resultó en una completa derrota (la batalla del Nilo).

Durante todo el siglo XIX siguió el proceso. Como consecuencia, el Africa del Norte mahometana fué sometida gradualmente al dominio europeo; el único trozo que seguía independiente era Marruecos. El Egipto cayó, bajo el poder de Inglaterra. Mucho antes que eso fueron li-

bertados Grecia y los estados balcánicos. Hace medio siglo se daba por sentado en todas partes que los últimos restos del poder mahometano en Europa iban a desaparecer. Inglaterra lo sostuvo y salvó a Constantinopla de ser tomada por los rusos en 1877-78, pero fué cuestión de sólo unos pocos años antes de que los turcos fueran expulsados definitivamente. Todos esperaban el fin del islamismo, por lo menos de este lado del Bósforo, mientras que en Siria, Asia Menor y Mesopotamia estaba perdiendo todo su vigor militar y político. Después de la Gran Guerra, lo que quedaba del poderío mahometano, aun en el Cercano Oriente, abandonado en Constantinopla, sólo se salvó por las violentas disputas entre los aliados.

Hasta Siria y Palestina fueron divididas entre Francia e Inglaterra. La Mesopotamia cayó bajo el dominio de Inglaterra y no quedó amenaza alguna de poder islámico, aunque éste quedaba todavía atrincherado en Asia Menor y mantenía una especie de dominio precario en la completamente decaída ciudad de Constantinopla. El Mediterráneo lo había perdido, había perdido hasta el último centímetro de territorio europeo, así como todo dominio pleno sobre territorio africano, y el gran duelo entre el islamismo y la cristiandad parecía por lo menos haberse resuelto en nuestro favor.

¿A qué se debió este colapso? Nunca he hallado una respuesta a esta pregunta. No había desintegración moral interior, no había crisis intelectual; al hablarse a un estudiante egipcio o sirio de hoy de cualquier tema filosófico o científico que haya estudiado, se le hallará igual a cualquier europeo. El Islam no tiene ahora ciencia física alguna aplicada a ninguno de sus problemas, en armas ni en comunicaciones, parece haber dejado de formar parte de nuestro mundo y haber caído definitivamente por debajo de él. De cada docena de mahometanos en todo el mundo, once son real o virtualmente súbditos de alguna potencia occidental. Parecería, repito, como si el gran duelo estuviera decidido.

Pero, ¿podemos estar seguros de que se ha decidido así? Lo dudo mucho. Siempre me ha parecido posible y aun probable que se produzca una resurrección del islamismo y que nuestros hijos o nuestros nietos vean la reanudación de esa tremenda lucha entre la cultura cristiana y lo que durante más de mil años fué su mayor adversario.

Consideraré ahora por qué esta convicción se ha formado en los espíritus de algunos observadores y viajeros como yo. Es, en realidad, un asunto vital. "¿Acaso podrá resurgir el Islam?"

En cierto sentido, la pregunta está ya contestada, porque el islamismo nunca murió. Siempre goza de la firme lealtad y de la incondicional adhesión de todos los millones de fieles desde el Atlántico y el Indico, y más allá entre las aisladas comunidades del Asia. Pero yo formulo la pregunta en este sentido: "¿No resurgirá tal vez el poder temporal del Islam, y, con él, la amenaza de un mundo mahometano armado que se emancipe de la dominación de los europeos —aún nominalmente cristianos— y reaparecerá como el principal enemigo de nuestra civilización?" El futuro siempre se presenta como una sorpresa,

pero la sabiduría política consiste en intentar por lo menos un juicio parcial de qué podrá ser esa sorpresa. Y por mi parte no puedo sino creer que una de las principales cosas inesperadas del futuro es la vuelta del islamismo. Ya que la religión se halla en las raíces de todos los movimientos y cambios políticos, ya que tenemos una religión muy grande, físicamente paralizada pero intensamente viva en lo moral, nos hallamos en presencia de un equilibrio inestable que no puede permanecer eternamente inestable. Examinemos, pues, la posición.

He dicho en estas páginas que la cualidad peculiar del mahometismo, considerado como herejía, era su vitalidad. Unica entre las grandes herejías, el mahometismo echó raíces permanentes, desarrolló una vida propia y se transformó en algo parecido a una nueva religión. Esto es tan cierto, que muy pocos hombres, aun entre los muy instruídos en historia, recuerdan hoy el hecho de que el mahometismo fué esencialmente en su origen *no* una religión nueva sino una *herejía.*

Como todas las herejías, el mahometismo vivió por las verdades católicas que había conservado. Su insistencia en la inmortalidad personal, en la Unidad e Infinita Majestad de Dios, en Su Justicia y Misericordia, su insistencia en la igualdad de las almas humanas ante su Creador — éstas son sus fuerzas.

Pero también sobrevivió por otros motivos; todas las demás grandes herejías tuvieron sus verdades y sus falsedades y sus extravagancias, a pesar de lo cual murieron una tras otra. La Iglesia Católica las ha visto pasar, y aunque sus malas

consecuencias aun nos afectan, las herejías en sí están muertas.

La fuerza del calvinismo era la verdad en que insistía —la Omnipotencia de Dios, la dependencia y la insuficiencia del hombre—, pero su error, que era la negación del libre albedrío, le produjo también la muerte. Porque los hombres no podían aceptar eternamente una negación tan monstruosa del sentido común y de la experiencia común. El arrianismo vivió por la verdad que en él había, a saber, el hecho de que la razón no podía reconciliar directamente los opuestos aspectos de un gran misterio — el de la Encarnación. Pero el arrianismo murió porque añadió a esta verdad una falsedad, a saber, que la aparente contradicción podía resolverse negando la plena divinidad de Nuestro Señor.

Y así ocurrió con las demás herejías. Pero el mahometismo, aunque también contenía errores al lado de esas grandes verdades, floreció continuamente *y como cuerpo de doctrina sigue floreciendo,* a pesar de haber pasado mil trescientos años desde sus primeras grandes victorias en Siria. Las causas de esta vitalidad son muy difíciles de explorar, y tal vez no puedan ser alcanzadas. En cuanto a mí, me inclino en cierto modo al hecho de que, siendo el mahometismo un asunto del exterior, una herejía que no surgió dentro del cuerpo de la comunidad cristiana sino más allá de sus fronteras, siempre poseyó una reserva de hombres, de recién llegados que reviven sus energías. Pero esto no puede ser una explicación completa; tal vez el mahometismo habría muerto a no ser por las sucesivas oleadas de reclutas del

desierto y del Asia; tal vez habría muerto si el califato de Bagdad se hubiera visto librado, por ejemplo, a sí mismo y si los moros de Occidente no hubieran podido obtener continuos refuerzos del Mediodía.

Cualquiera sea el motivo, el mahometismo ha sobrevivido, y sobrevivido vigorosamente. El esfuerzo misionero no ha tenido en él efecto apreciable. Aun convierte grandes cantidades de salvajes paganos. Hasta atrae de tiempo en tiempo a algún excéntrico europeo que se une a él. *Pero el mahometano nunca se convierte en católico.* Ningún fragmento del islamismo abandona jamás su libro sagrado, su código de moral, su sistema organizado de plegaria, su sencilla doctrina.

En vista de esto, cualquiera que tenga conocimientos de historia puede preguntarse si no veremos en el futuro un resurgimiento del poder mahometano y la reanudación de la antigua presión del Islam contra la cristiandad.

Hemos visto cómo el poder político material del islamismo declinó muy rápidamente durante los siglos XVIII y XIX. Acabamos de seguir la historia de dicha declinación. Cuando Solimán el Magnífico estaba sitiando a Viena, tenía mejor artillería, mayores energías y lo tenía todo mejor que sus adversarios; el Islam era aún en el campo de batalla materialmente superior a la cristiandad —por lo menos era superior en poder combativo y en instrumentos de lucha. Ello ocurría en los primeros años del siglo XVIII. Luego vino la inexplicable declinación. La religión no decayó, pero su poder político, y, con él, su poderío material declinó asombrosamente, y, más que todo, en el particular oficio de las armas. Cuando el padre del

doctor Johnson, el librero, instalaba su negocio en Lichfield, el Gran Turco era aún temido como conquistador potencial de Europa; antes que el doctor Johnson muriera, ninguna flota ni ejército turcos podían inquietar a Occidente. Menos de cien años después, los mahometanos del Norte de Africa habían caído bajo la dominación francesa y aquéllos que eran jóvenes, vivieron lo bastante para ver casi todo el territorio mahometano, excepto una parte decadente gobernada desde Constantinopla, firmemente subyugada por los gobiernos francés y británico.

Así las cosas, el resurgimiento del Islam, la posibilidad de que reaparezca ese terror bajo el cual vivimos durante siglos y de que nuestra civilización luche de nuevo por su vida contra el que fué su principal enemigo durante mil años, parece fantástico. ¿Quién, en el mundo mahometano de hoy, puede elaborar y mantener los complicados instrumentos de la guerra moderna? ¿Dónde está la maquinaria política por la cual la religión del Islam pueda desempeñar un papel adecuado en el mundo moderno?

Digo que la sugestión de que el Islam pueda resurgir parece fantástica; pero esto sólo se debe a que los hombres se ven siempre poderosamente afectados por el pasado inmediato: puede decirse que están enceguecidos por él.

Las culturas surgen de las religiones; últimamente, la fuerza vital que mantiene a toda cultura es su filosofía, su actitud hacia el universo; el decaimiento de una religión implica el decaimiento de la cultura correspondiente — eso lo vemos muy claramente en la decadencia del cristia-

nismo hoy. La mala obra comenzada con la Reforma está dando hoy su fruto final con la disolución de nuestras doctrinas ancestrales; hasta la estructura misma de nuestra sociedad está disolviéndose.

En lugar de los viejos entusiasmos cristianos de Europa, vino, durante un tiempo, el entusiasmo por la nacionalidad, la religión del patriotismo. Pero el culto de sí mismo no basta, y las fuerzas que están obrando para la destrucción de nuestra cultura, notablemente la propaganda judeo-comunista de Moscú, tiene ante sí un futuro más probable que nuestros patriotismos pasados de moda.

En el islamismo no ha habido esa disolución de la doctrina ancestral — o, por lo menos, nada que corresponda a la decadencia universal de la religión en Europa. Toda la fuerza espiritual del islamismo está aún presente en las masas de Siria y Anatolia, en las montañas del Asia Oriental, en Arabia, Egipto y Africa del Norte.

El fruto final de esta tenacidad, el segundo período del poderío islámico podrá retrasarse: — pero dudo que pueda posponerse definitivamente.

Nada hay en la civilización mahometana propiamente dicha que sea hostil al desarrollo del conocimiento científico o de la aptitud mecánica. He visto algunas operaciones buenas de artillería en manos de estudiantes mahometanos de esa arma; he visto algunas de las mejores conducciones y mantenimientos de transportes mecánicos por carretera realizados por mahometanos. Nada hay inherente al mahometismo que lo haga incapaz de la ciencia y de la guerra modernas. El asunto, por cierto, no vale la pena de discutirse. Debería

ser evidente a todo el que haya visto actuar la cultura mahometana. Esta cultura ha decaído en aplicaciones materiales; no hay motivo alguno por el cual no pueda aprender su nueva lección e igualarse a la nuestra en todas esas cosas temporales, *las únicas* que nos dan ahora la superioridad sobre ella — mientras que en la *Fe* hemos caído más bajo que ella.

Los que discuten esto pueden estar equivocados por alguna falsa sugestión del pasado inmediato. Por ejemplo, durante el siglo XIX era común decir que el mahometismo había perdido su poder político debido a su doctrina fatalista. Pero esa doctrina estaba en pleno vigor cuando el poder mahometano estaba culminando. En cuanto a eso, el mahometismo no es más fatalista que el calvinismo; ambas herejías se parecen exactamente en su exagerada insistencia sobre la inmutabilidad de los decretos divinos.

Hubo otra sugestión más inteligente formulada en el siglo XIX, y era la siguiente: que la declinación del islamismo provenía de su fatal costumbre de perpetua división civil: la escisión y la variabilidad de la autoridad política entre los mahometanos. Pero esa debilidad de ellos no existió desde un comienzo; es inherente a la naturaleza misma del temperamento árabe del cual nacen. Una y otra vez ese individualismo, esa tendencia "fisípara" los ha debilitado gravemente; sin embargo, una y otra vez se han unido de pronto bajo un jefe y han realizado los más grandes hechos.

Ahora bien, es probable que en estas condiciones —la unidad bajo un jefe— pueda producirse el retorno del Islam. No hay jefe hasta

ahora, pero el entusiasmo puede producir uno y hay bastantes indicios en los cielos políticos de hoy sobre lo que podemos esperar de la rebelión del Islam en alguna fecha futura — tal vez muy distante.

Después de la gran guerra, el poderío turco fué repentinamente restaurado por uno de esos hombres. Otro de esos hombres, en Arabia, se pronunció con igual prontitud y destruyó los planes hechos para la incorporación de esa parte del mundo mahometano a la esfera británica. Siria, que es el eslabón, el gozne y el eje de todo el mundo mahometano, está, en el mapa y superficialmente, dividida entre un mandato inglés y uno francés, pero ambas potencias están intrigando la una contra la otra y son igualmente detestadas por sus súbditos mahometanos, que sólo están sometidos precariamente y por la fuerza. Ha habido más de una vez derramamientos de sangre bajo el mandato francés, y éstos se reproducirán [1]; mientras que bajo el mandato inglés, la imposición de una colonia judía en Palestina ha llevado el odio de la población árabe nativa al rojo blanco. Entretanto, una propaganda bolchevique ubicua y subterránea está trabajando en Siria y en el Africa del Norte, continuamente, contra la dominación de los europeos sobre la primitiva población mahometana.

Por último, hay otro punto más al que debería prestarse atención: el apego (tal cual es) del mundo mahometano de la India al gobierno británico, se funda principalmente en el abismo que media entre las religiones mahometana e hindú. Cada nuevo paso hacia una mayor independencia política

1 Escrito en marzo de 1936.

de cualquiera de los dos bandos, robustece el deseo mahometano de un nuevo poderío. El hindú mahometano pensará cada vez más de este modo: "Si yo debo velar por mí mismo y no ser favorecido, como lo he sido en el pasado, por el amo extranjero en la India —donde una vez goberné—, necesito contar con el resurgimiento del Islam". Por todos estos motivos (a los que pueden añadirse muchos más) los hombres de visión pueden creer, o, por lo menos, esperar, la vuelta del islamismo.

Parecería como si las grandes herejías hubieran de tener un efecto proporcionado a lo reciente de su aparición en la historia de la cristiandad.

Las primeras herejías sobre la Encarnación, al morir, no dejaron rastros duraderos de su presencia. El arrianismo fué resucitado por un tiempo en el caos general de la Reforma. Diversos estudiosos, entre los cuales se cuenta Milton, en Inglaterra, presumiblemente Bruno, en Italia, y todo un grupo de franceses, formularon en los siglos XVI y XVII doctrinas que intentaban reconciliar un materialismo modificado y una negación de la Trinidad con alguna parte de la religión cristiana. El esfuerzo de Milton fué particularmente notable. La historia oficial inglesa lo ha suprimido, por supuesto, en lo posible, mediante el acostumbrado método de disimular toda insistencia sobre ello. Los historiadores ingleses no niegan el materialismo de Milton; hace bastante poco, varios ingleses que han escrito sobre él, han comentado extensamente su negación de la completa divinidad de Nuestro Señor. Pero ese afán de encubrir fracasará, pues no se puede ocultar para siempre una cosa tan importante como el ataque de Milton, no sólo a la Encarnación

sino a la Creación y a la Omnipotencia de Dios Todopoderoso.

Pero de esto hablaré más tarde, cuando lleguemos al movimiento protestante. Sigue siendo cierto en general que las primeras herejías, no sólo murieron sino que no dejaron recuerdo duradero de su acción en la sociedad europea.

Pero el mahometismo, siendo tan posterior al arrianismo como el arrianismo lo había sido a los apóstoles, ha dejado un efecto profundo en la estructura política de Europa y en el idioma, y hasta cierto punto en la ciencia.

Políticamente, destruyó la independencia del imperio de Oriente y aunque los diversos fragmentos de éste revivieron —algunos de ellos en forma mutilada—, la gloria y la unidad del gobierno bizantino desaparecieron para siempre ante los ataques del Islam. El imperio ruso, cosa bastante rara, recibió una mermada herencia de Bizancio, pero fué un muy pobre reflejo del antiguo esplendor griego. La verdad es que el Islam hirió continuamente la parte oriental de nuestra civilización de tal modo que la barbarie revivió en parte. En Africa del Norte su efecto fué casi absoluto y así sigue hasta hoy. Europa ha sido incapaz de recobrarse allí. La gran tradición griega ha desaparecido completamente del valle del Nilo y del Delta, a menos que se considere a Alejandría como una especie de reliquia, con su civilización más bien europea, francesa e italiana; pero más allá y hasta el Atlántico el antiguo orden murió, al parecer, para siempre. Los franceses, al tomar el gobierno de Berberia e instalar allí a un número considerable de sus propios colonos, de españoles y de italianos, han dejado la estruc-

tura principal de la sociedad del Norte de Africa completamente mahometana y no hay indicios de que esté transformándose en otra cosa.

Está abierta a la discusión la medida en que el islamismo influyó en nuestra ciencia y nuestra filosofía. Su efecto ha sido, por supuesto, muy exagerado, porque exagerarlo era una forma de ataque contra el catolicismo. La parte principal de la obra de los escritores sobre matemáticas, ciencias físicas y geografía, del lado islámico, que escribieron en árabe, que profesaban o la doctrina completa del islamismo o alguna forma herética de ella (a veces casi atea), fué tomado de las civilizaciones griega y romana que el Islam había invadido. Lo cierto es que al islamismo se le han atribuído por esos escritores gran parte de los adelantos que había realizado la civilización grecorromana en esas ramas del saber.

Durante la "Edad Oscura" y aun a principios de la Edad Media, o, por lo menos, muy a principios de la Edad Media, el mundo mahometano tenía la mejor parte de la enseñanza académica y teníamos que acudir a ella para nuestra propia instrucción.

El efecto del mahometismo en el lenguaje cristiano, aunque, por supuesto, en forma superficial, es notable. Lo hallamos en una enormidad de palabras, entre las cuales algunas muy familiares como "álgebra", "alcohol", "almirante", etc. Lo hallamos en los términos de heráldica y muy abundantemente en los nombres de lugares. Es notable por cierto ver cómo nombres de lugares de origen romano y griego han sido substituídos por términos semíticos totalmente diferentes. La mitad de los ríos de España, especialmente en la

parte meridional de ese país, llevan la voz "guadi", y es curioso observar que bien lejos, en el hemisferio occidental, "Guadalupe" conserva una voz árabe venida de Extremadura.

Las ciudades y los pueblos de Africa del Norte fueron rebautizados por ese motivo; los nombres de los más famosos —por ejemplo, Cartago y Cesarea—, desaparecieron. Surgieron otros, espontáneamente, como "Argel", nombre derivado del término arábico que significa "las islas" — pues la vieja caleta de Argel debía su seguridad parcial a una línea de islotes rocosos paralela a la costa.

La historia entera de esta substitución de los nombres primitivos de ciudades y ríos por nombres semíticos, constituye uno de los más valiosos ejemplos que tenemos de la falta de relación entre lenguaje y raza. La raza de Africa del Norte, desde Libia hacia el Oeste es en gran parte lo que había sido desde que se tiene memoria. Es berberisca. Sin embargo, la lengua bereber sólo sobrevive en unas pocas regiones de colinas y entre las tribus del desierto. El púnico, el griego, el latín, lenguas comunes en Trípoli (nombre griego sobreviviente, dicho sea de paso), Túnez y de toda Berbería, han desaparecido. Tal ejemplo debería haber hecho vacilar a los teorizadores académicos, que hablan de los ingleses como "anglosajones", y sostienen desde sus sillones que los ingleses vinieron del Norte de Alemania y Dinamarca en pequeñas embarcaciones, exterminaron a todo el mundo al Este de Cornouailles y se instalaron ellos. Sin embargo, de tales fantasías sobreviven hoy muchas, y con mayor fuerza, por supuesto, en Oxford y Cambridge.

EL ATAQUE ALBIGENSE

En plena Edad Media, cuando ésta llegaba a su fase más espléndida, el gran siglo XIII, surgió —y fué completamente derrotado por el momento— un singular y poderoso ataque a la Iglesia católica y a toda la cultura que ella representaba.

Fué éste un ataque, no sólo contra la religión que hizo nuestra civilización, sino contra esa civilización misma, y su nombre general en la historia es "la herejía albigense".

En el caso de esta gran lucha tenemos que proceder, como en el caso de todos nuestros demás ejemplos, a examinar primero la naturaleza de la doctrina que se opuso al conjunto de verdades enseñadas por la Iglesia católica.

La falsa doctrina, de la que los albigenses fueron un destacado ejemplo, siempre ha estado latente en formas diversas entre los hombres, no sólo en la civilización de la cristiandad sino en todas partes y en todas las oportunidades en que los hombres tuvieron que considerar los problemas fundamentales de la vida, es decir, en todo

lugar y en toda época. Pero, en este momento de la historia, adoptó una forma particularmente concentrada. Fué entonces cuando las falsas doctrinas que estamos por examinar se destacaron con mayor relieve y es allí donde más claramente pueden apreciarse. Por lo que fueron sus efectos en su punto culminante de vitalidad, podemos estimar cuánto mal hacen doctrinas similares siempre que aparecen.

Porque esta permanente perturbación del espíritu humano se había manifestado en tres grandes oleadas durante el período cristiano, de las cuales el episodio albigense sólo fué la intermedia. La primera gran oleada fué la tendencia maniqueísta de los primeros siglos cristianos. La tercera fué el movimiento puritano en Europa que acompañó a la Reforma y la secuela de esa enfermedad, el jansenismo. El primer movimiento fuerte de esa clase se agotó antes de fines del siglo VIII. El segundo fué destruído al ser extirpado de raíz, en el siglo XIII, el definido movimiento albigense. El tercero, la oleada puritana, sólo ahora está declinando, después de haber causado toda clase de males.

Ahora bien, ¿qué es esta tendencia o modalidad que, en un principio, se llamó *maniqueísta,* en su forma más definida, que estamos por estudiar, se llamó albigense y en la historia moderna conocemos como puritanismo? ¿Cuál es la potencia motriz fundamental que produce herejías de esta clase?

Para contestar a esa importante pregunta tenemos que considerar una verdad primordial de la propia Iglesia católica, que ha sido resumida en esta forma: "La Iglesia católica se funda en el

reconocimiento del dolor y de la muerte". En su forma más completa, la frase debería ser: "La Iglesia católica tiene sus raíces en el reconocimiento del sufrimiento y de la mortalidad *y su pretensión de haber proporcionado una solución al problema que ellos presentan."* Este problema se conoce generalmente como "el problema del mal".

¿Cómo podemos concebir que el destino del hombre es glorioso, que su fin es el cielo y su Creador infinitamente bueno y todopoderoso, si nos vemos sometidos al sufrimiento y a la muerte?

Casi toda la gente joven e inocente apenas advierte este problema. El grado en que puedan tener conciencia de él depende de cuál es su suerte, de lo temprano que se hayan visto en presencia de una pérdida por muerte o que hayan sufrido un gran dolor físico o aun mental. Pero tarde o temprano, todo el que no sea un idiota, se ve frente a este *problema del mal,* y cuando vemos a la raza humana tratar de descubrir por sí misma el significado del universo, aceptar la revelación o seguir religiones y filosofías parciales desviadas y falsas, siempre la hallamos profundamente preocupada con esta insistente pregunta: *"¿Por qué tenemos que sufrir? ¿Por qué tenemos que morir?"*

Se han propuesto varios modos de salir de este torturante enigma. El más sencillo y ruin es no enfrentarlo; desviar la vista del sufrimiento y del dolor; pretender que no existen, o, cuando se nos presentan tan insistentemente que no podemos mantener esa pretensión, pues entonces ocultar nuestros sentimientos. Y también es parte de este pésimo método de considerar el problema el evitar

la mención del mal y del sufrimiento y tratar de olvidarlos en cuanto se pueda.

Otra forma menos ruin pero igualmente despreciable intelectualmente es el decir que no hay problema porque todos formamos parte de una cosa muerta, sin significado, sin dios creativo alguno tras de ella; decir que no hay realidad en lo verdadero o lo equivocado, ni en la concepción de beatitud o de miseria.

Otra forma más noble, que fué el método favorito de la gran civilización pagana de la cual hemos surgido —el de los grandes romanos y de los grandes griegos— es el método del estoicismo. Podría llamarse vulgarmente "la filosofía del sufra y aguante". Ha sido llamada por algún académico u otro "la religión permanente de la humanidad", pero no es, por cierto, nada por el estilo, pues no es en absoluto una religión. Tiene por lo menos la nobleza de enfrentar los hechos, pero no propone solución alguna. Es completamente negativa.

Otra forma es el profundo aunque desesperante modo asiático —cuyo mejor ejemplo es el budismo; la filosofía que considera al individuo como una ilusión, que nos manda deshacernos del deseo de inmortalidad y tratar de ser disueltos en la vida impersonal del universo.

Todos sabemos cuál es la solución católica. No es que la Iglesia católica haya propuesto una solución completa del misterio del mal, pues nunca fué pretensión ni objeto de la Iglesia explicar la naturaleza íntegra de las cosas, sino más bien salvar a las almas. Pero la Iglesia católica tiene para este problema particular una respuesta muy definida en su propio campo de acción. Dice *en primer lugar* que la naturaleza del hombre es inmortal y hecha para la beatitud; *luego*, que la mortalidad y el sufrimiento son el resultado de su caída, esto es, de su rebelión contra la voluntad de Dios. Dice que desde la caída, nuestra vida mortal es una prueba o examen de nuestra conducta, por la cual volveremos a ganar (pero por los méritos de nuestro Salvador) esa beatitud inmortal que habíamos perdido.

Ahora bien, el maniqueísmo estaba tan abrumado por la experiencia o la perspectiva del sufrimiento y por el hecho aterrador de que su naturaleza estaba sujeta a la mortalidad, que buscó refugio en la negación de la omnipotente bondad de un Creador. Decía que en el universo obraban tanto el mal como el bien y que ambos principios estaban luchando siempre entre sí como iguales. El hombre estaba sometido tanto al uno como al otro. Si podía luchar, tenía que hacerlo hacia el principio del bien y evitar el poder del principio del mal, pero que tenía que considerar al mal como todopoderoso. El maniqueo reconocía a un dios del mal así como a un dios del bien, y conformaba su espíritu a tan aterradora concepción.

Tal método dió nacimiento a toda clase de efectos secundarios. A algunos hombres iba a llevarlos a la adoración del diablo, a mucho más, a la magia, esto es, a la dependencia de algo que no era su propia voluntad, a procedimientos para conjurar el poder del mal o engañarlo. También llevó, bastante paradójicamente, a que se hiciera mucho mal deliberadamente, y a decir que no podía evitarse o que no importaba, pues en todos los casos estábamos bajo el dominio de algo tan fuerte como

el poder del bien y que por lo tanto teníamos que obrar en consonancia.

Pero había algo de que todo maniqueo estaba convencido, y era que la *materia* pertenece al mal lado de las cosas. Aunque puede haber mucho mal en una cosa espiritual, el bien tiene que ser *totalmente* espiritual. Esto es algo que no sólo se encuentra en el maniqueísmo, no sólo en los albigenses de la Edad Media, sino hasta en los más modernos de los puritanos que quedan. Parece indisolublemente relacionado con el carácter maniqueísta en todas sus formas. La materia puede decaer, y por lo tanto es mala. Nuestro cuerpo es malo. Sus apetitos son malos. Esta idea se ramifica en toda clase de detalles absurdos. El vino es malo. Todo placer físico o semifísico es malo. La alegría es mala. La belleza es mala. Las diversiones son malas, etc. El que quiera leer los detalles de la historia albigense quedará impresionado una y otra vez por la actitud singularmente moderna de estos antiguos heréticos, porque tuvieron la misma raíz que los puritanos, que aún sobreviven, desgraciadamente, entre nosotros.

De aquí derivan los principios esenciales que fueron completados en detalle al extenderse el movimiento albigense. Nuestros cuerpos son materiales, decaen y mueren. Por lo tanto, ha sido el dios del mal quien hizo el cuerpo humano, mientras que el dios del bien hizo el alma. De ahí también que Nuestro Señor sólo estaba *aparentemente* dotado de un cuerpo humano. Sólo sufrió *aparentemente*. De ahí también la negación de la resurrección.

Debido a que la Iglesia católica estaba firmemente en pugna con una actitud de esta clase, hubo siempre un conflicto irreconciliable entre ella y el maniqueísta o el puritano, y ese conflicto nunca fué más violento que bajo la forma que adoptó entre los albigenses y la Iglesia católica organizada de su época (los siglos XI y XII) en el Occidente de Europa. El papado, la jerarquía y el cuerpo entero de la doctrina católica y los sacramentos católicos establecidos eran el blanco de la ofensiva albigense.

La cuestión maniquea, siempre que aparece en la historia, lo hace como suele ocurrir con ciertas enfermedades epidémicas en el cuerpo humano. Viene sin que se sepa de dónde. Se le ve aparecer en varios centros, aumentar en poder y tornarse por último en una especie de plaga devastadora. Así ocurrió con la gran furia albigense de hace 800 ó 900 años. Sus orígenes son, pues, obscuros, pero podemos descubrirlos.

El siglo XI, los años entre 1000 y 1100, pueden considerarse como el despertar de Europa. Nuestra civilización acababa de soportar terribles pruebas. El Occidente había sido saqueado, y en algunas partes la cristiandad había sido casi extinguida por las incursiones de los piratas paganos del Norte, los escandinavos, que primero no se convertían y luego se convirtieron a medias. Había sido conmovida por los atacantes mongoles del Oriente, paganos cuyas hordas atravesaban a caballo Europa desde las llanuras de Asia del Norte. Y había soportado el gran ataque mahometano en el Mediterráneo, ataque que había resultado en la ocupación de casi toda España, en la subyugación

permanente del Africa del Norte y Siria y que había amenazado al Asia Menor y a Constantinopla.

Europa había sido sitiada pero había comenzado a vencer a sus enemigos. Los piratas del Norte fueron derrotados y sometidos. Los recién civilizados germanos[1] atacaron a los mongoles y salvaron la zona del Danubio superior y las tierras adyacentes hacia el Este. Los eslavos cristianos se organizaron nuevamente más al Este. Ésos fueron los comienzos del reino de Polonia. Pero el principal campo de batalla era España. Allí, durante este siglo XI, el poderío mahometano fué rechazado de una frontera fluctuante a otra, cada vez más al Sur, hasta que, mucho antes de terminar el siglo, casi toda la península había sido recuperada por el gobierno cristiano. De este triunfo material fué tanto causa como efecto un gran despertar de la inteligencia en la controversia filosófica y en las nuevas especulaciones sobre la ciencia física. Había comenzado uno de esos períodos que aparecen de tiempo en tiempo en la historia de nuestra raza, cuando hay, por decirlo así "primavera en el aire". La filosofía se hizo vigorosa, la arquitectura, más amplia, la sociedad comenzó a estar más organizada y las autoridades civiles y eclesiásticas comenzaron a extender y a codificar sus poderes.

Toda esta nueva vitalidad vigorizó tanto la herejía como la ortodoxia. Comenzaron a aparecer desde el Oriente y a surgir aquí y allí, pero, en general, avanzando hacia Occidente, individuos o pequeñas comunidades que proponían y propagaban una nueva, y, decían ellos, una forma purificada de religión.

[1] Toda la Alemania del Sur había sufrido en cierto grado la influencia de la civilización romana, y, más completamente, el valle del Rin. Pero la civilización definitiva de los germanos en conjunto, incluso el Norte y los hombres del Elba, fueron obra de los misioneros católicos a principios de la Edad Media, principalmente ingleses e irlandeses.

Parece que estas comunidades tenían alguna fuerza en los Balcanes antes de aparecer en Italia. Parecen también haber adquirido alguna fuerza en el Norte de Italia antes de manifestarse en Francia, aunque fué en Francia donde iba a desarrollarse la lucha principal. Se les conocía por diversos nombres: paulicianos, por ejemplo, u otro nombre que les relacionaba con un origen búlgaro. En general se les conocía por "los puros". Les agradaba darse a sí mismos este epíteto, dándole la forma griega y llamándose "cathari". La historia completa de este oscuro avance del peligro desde el Este de Europa se había perdido tanto en el triunfal fulgor de gloria, cuando, durante el siglo XIII, la cristiandad llegaba a la cumbre de su civilización, que los orígenes de los albigenses se olvidaron y acentúa su oscuridad la sombra que esa gloria posterior les arroja. Sin embargo, fué una influencia tan extendida como peligrosa y hubo un momento en que parecía como si fuera a minarnos a todos.

Los concilios de la Iglesia advirtieron inmediatamente lo que estaba ocurriendo, pero era una cosa muy difícil de definir y de localizar. En Arrás, en Flandes, ya en 1025 un concilio condenó ciertas proposiciones heréticas de esa clase. Nuevamente, a mediados de siglo, en 1049, hubo otra condenación general pronunciada por un concilio realizado en Rheims, en Campaña.

Esa influencia toda cubría como un miasma o niebla ponzoñosa que avanza por un amplio valle y cubre de pronto esto y aquello. Comenzó a concentrarse y a adoptar una forma vigorosa en el Sur de Francia y allí iba a producirse el choque final y decisivo entre ella y la fuerza organizada de la Europa católica.

La herejía fué ayudada en su camino hacia la definición y la fuerza por el efecto de la primera gran marcha de los cruzados, que conmovió a toda Europa, dejó penetrar una corriente de influencias nuevas desde el Oriente y estimuló toda clase de actividad en Occidente. Esa marcha, como vimos en una página anterior, coincidió con el fin del siglo XI. Jerusalén fué tomada en 1099. Fué en el siglo siguiente, el XII (de 1100 a 1200), cuando su efecto fué manifiesto. En una época ya muy adelantada con respecto a las anteriores. Nacían las universidades, así como los cuerpos representativos llamados parlamentos, y surgió el primer arco en ogiva, el "gótico". Toda la verdadera Edad Media comenzó a brotar del suelo. En tal atmósfera de vigor y de crecimiento los "cathari" se robustecieron, como hacían todas las demás fuerzas que los rodeaban. Fué en la primera parte de este siglo XII cuando la cosa comenzó a ser alarmante y ya antes de mediados del período los franceses del Norte exhortaban al Papa a que adoptara alguna actitud.

El Papa Eugenio envió un legado al Sur de Francia para que viera qué podía hacerse, y san Bernardo, el gran orador ortodoxo de ese período vital, predicó contra ellos. Pero no se usó de fuerza alguna. No había ninguna organización verdaderamente preparada para hacer frente

a los herejes, aunque ya muchos hombres de visión estaban exigiendo una acción vigorosa para salvar la sociedad. Por último, el peligro se hizo alarmante. En 1163, un gran concilio eclesiástico realizado en Tours le puso un rótulo y un nombre para que por él se le conociera. El nombre fué "albigense", y lo ha conservado siempre desde entonces.

Es un nombre que induce en error. El distrito albigense (conocido en Francia por "albigeois") es prácticamente el mismo que el departamento del Tarn, en las montañas centrales de Francia, distrito cuya capital es Albí. No hay duda de que algunos de los misioneros heréticos procedían de ella, y de ahí el nombre; pero la fuerza de ese movimiento no estaba en las escasamente pobladas colinas, sino allá abajo, en las fértiles llanuras hacia el Mediterráneo, en lo que se llamaba el *Langue d'Oc,* amplia región cuya capital era la gran ciudad de Tolosa. Ya unos veinte años antes de que este Concilio de Tours hubiera puesto rótulo y nombre al movimiento, entonces ya subversivo, Pedro de Bruys había estado predicando las nuevas doctrinas en el *Langue d'Oc,* y uno de sus compañeros, llamado Henri, había viajado y las había predicado en Lausana, en lo que ahora es Suiza, y luego en Le Mans, en el Norte de Francia. Debe observarse que la población se exasperó tanto con el primero de estos hombres que se apoderó de él y lo quemó vivo.

Pero, hasta ahora no había acción oficial contra los albigenses, y aun se les permitió robustecer sus fuerzas durante años y años con la esperanza de que las armas espirituales bastarían

para vencerlos. El Papa esperaba siempre lo imposible: una solución pacífica. En 1167 llegó un momento decisivo. Los albigenses, plenamente organizados como una contraiglesia (tanto como el calvinismo se organizó como contraiglesia cuatrocientos años después), celebraron un concilio propio en Tolosa, y en ese momento se evidenció el nefasto hecho político de que la mayor parte de los pequeños nobles, que formaban la masa de los guerreros en el Centro y en el Sur de Francia, señores cada uno de un pueblo, apoyaban el nuevo movimiento. En esos días la Europa Occidental no estaba organizada como ahora en grandes naciones centralizadas. Era lo que se llama "feudal". Los señores de pequeñas regiones se agrupaban bajo otros señores y éstos a su vez bajo otros señores muy poderosos que estaban a la cabeza de provincias débilmente unidas, pero unidas al fin. Un duque de Normandía, un conde de Tolosa, un conde de Provenza, eran, en realidad, un soberano local. Debía deferencia y lealtad al Rey de Francia pero nada más.

Ahora bien, el grueso de los señores de menor importancia del Sur apoyaba el movimiento, y muchos otros movimientos heréticos habían sido favorecidos por hombres de esa misma clase, porque veían una probabilidad de lograr ventajas a expensas de las haciendas y propiedades de la Iglesia. Ése ha sido siempre el principal motivo de esas revueltas. Pero había otro motivo, y era la creciente envidia que se sentía en el Sur de Francia contra el espíritu y el carácter del Norte de Francia. Había una diferencia de lenguaje y de carácter entre las dos mitades de lo que nomi-

nalmente era la monarquía francesa. Los franceses del Norte comenzaron a clamar nuevamente por la supresión de la herejía del Sur y aventaron así la llama. Por último, en 1194, después de perdida Jerusalén y fracasada la tercera cruzada para recuperarla, el asunto empeoró. El conde de Tolosa, el monarca local, se puso ese año del lado de los herejes. El gran Papa Inocencio III comenzó por fin a actuar. Era ya tiempo; en realidad, era casi demasiado tarde. El Papado había aconsejado una demora con la esperanza de lograr la paz espiritual mediante la prédica y el ejemplo: pero el único resultado de la espera fué permitir que el mal alcanzara dimensiones tales que puso en peligro toda nuestra cultura.

Puede verse hasta qué punto estuvo en peligro nuestra cultura en los principales dogmas que se predicaban y se aplicaban. Todos los sacramentos fueron abandonados. En su lugar se adoptó un extraño ritual, mezcla del culto del fuego, llamado "la consolación", en el cual se consideraba purificada el alma. Se atacaba la propagación de la humanidad; se condenaba el matrimonio, y los dirigentes de la secta difundían todas las extravagancias que pueden verse girar alrededor del maniqueísmo o del puritanismo siempre que aparece. El vino era malo, la carne era mala, la guerra siempre era equivocada, así como la pena de muerte, pero el único pecado imperdonable era la reconciliación con la Iglesia Católica. Aquí también los albigenses fueron fieles a su origen. Todas las herejías hacen de ello su punto capital.

Era evidente que el asunto tenía que decidirse por las armas, pues ya que el gobierno local estaba apoyando esta nueva y muy organizada contra-

iglesia, si esta contraiglesia se robustecía un poco más toda nuestra civilización se derrumbaría ante ella. La simplicidad de la doctrina, con su sistema dualista de mal y bien, con su negación de la Encarnación y de los principales misterios cristianos y su antisacramentalismo; su censura a la riqueza del clero y su patriotismo regional — todo esto comenzó a agradar a las masas de las ciudades tanto como a los nobles. Sin embargo, Inocencio, a pesar de ser un gran Papa, dudaba, como todo hombre de Estado tiende a la duda antes de un decidido llamamiento a las armas; pero hasta él mismo, poco antes de fin de siglo, presagió la necesidad de una cruzada.

Cuando se produjera la lucha, debería ser necesariamente algo como una conquista de la zona del Sur o más bien Sudeste de Francia, entre el Ródano y las montañas, con Tolosa por capital, por los barones del Norte.

Sin embargo, la cruzada se detuvo. El siglo había pasado cuando Raimundo, conde de Tolosa (Raimundo VI), atemorizado por la amenaza del Norte, prometió cambiar y retiró su protección al movimiento subversivo. Hasta prometió desterrar a los dirigentes de la ya fuertemente organizada contraiglesia herética. Pero no era sincero. Sus simpatías estaban en el Sur, con los de su clase, con la masa de los guerreros, su apoyo, los pequeños señores de la *Langue d'Oc,* profundamente convencidos por las nuevas doctrinas. Santo Domingo, que llegaba de España, se convirtió, por la fuerza de su carácter y lo recto de sus intenciones, en el alma de la futura reacción. En 1207, el Papa pidió al rey de Francia, como monarca y soberano de Tolosa, que empleara la fuerza.

Casi todas las poblaciones del Sudoeste estaban ya afectadas. Muchas estaban totalmente en poder de los herejes, y cuando el legado papal, Castelnau, fué asesinado —presumiblemente con la complicidad del conde de Tolosa— se reiteró y se insistió en la exigencia de una cruzada. Poco después de este asesinato comenzaba la lucha.

El hombre que se destacó como el principal jefe de la campaña era un señor, no muy importante, y pobre, de un feudo del Norte — una plaza pequeña aunque fortificada llamada Montfort, a un largo día de marcha de París por el camino a Normandía.

Pueden verse las ruinas del castillo, que aun siguen en pie en medio del campo muy boscoso que lo rodea. Se halla algo al Norte de la carretera principal de París a Chartres; una pequeña colina abrupta y más bien aislada en medio de una región accidentada. A esa pequeña colina aislada y fortificada le habían puesto el nombre de "colina fuerte" *mont fort,* y Simón tomó su nombre de ese señorío ancestral.

Cuando comenzó la lucha, Raimundo de Tolosa no sabía qué hacer. El rey de Francia estaba haciéndose más poderoso de lo que había sido. Había confiscado recientemente las propiedades y arrebatado la soberanía de los Plantagenets en el Norte de Francia. Juan, el rey Plantagenet de Inglaterra, de habla francesa como toda la clase superior británica de la época, era también (bajo el rey de Francia), señor de Normandía, de Maine y de Anjou —y, por herencia de su madre— de la mitad del territorio que se extiende al Sur del Loira: la Aquitania. Toda la parte septentrional

hasta las montañas del Centro había caído de un solo golpe en manos del rey de Francia, cuando los pares de Juan de Inglaterra lo condenaron a la pérdida de su dignidad real. Raimundo de Tolosa temía igual destino. Pero aun estaba tibio. Aunque marchó con los cruzados contra algunas de sus propias ciudades en rebelión contra la Iglesia, deseaba íntimamente que los del Norte fueran vencidos. Ya había sido excomulgado una vez. Fué excomulgado nuevamente en Aviñón en 1209, el primer año de lucha intensa.

Esa lucha había sido muy violenta. Hubo grandes matanzas y saqueos de ciudades, y había surgido lo que el Papa más temía: el peligro de que un motivo financiero empeorara el asunto, ya malo de por sí. Los señores del Norte quisieron naturalmente exigir que las propiedades de los herejes vencidos se repartieran entre ellos. Hubo aún un esfuerzo de reconciliación, pero Raimundo de Tolosa, probablemente sin esperanzas de que lo dejaran en paz, se preparó a resistir. En 1207 fué declarado fuera de la ley de la Iglesia, y, como en el caso de Juan, sus posesiones fueron declaradas vacantes según la ley feudal.

El momento crítico de toda la campaña se produjo en 1213. Es probable que las fuerzas de los barones franceses del Norte habrían sido demasiadas para los del Sur si Raimundo de Tolosa no hubiera conseguido aliados. Pero a los dos años de su excomunión final por incumplimiento de su compromiso, aparecieron de pronto a su lado en el campo muy poderosos aliados. Parecía seguro que la corriente iba a variar y que la causa albigense triunfaría. Con su victoria, el reino de Francia iba a derrumbarse, así como la causa

católica en Europa Occidental. Esos pocos años fueron, por lo tanto, decisivos para el futuro. Fué en estos años cuando una gran coalición, mandada por el ya despojado Juan y apoyada por los alemanes, marchó contra el rey de Francia en el Norte y fracasó. El rey de Francia logró, a pesar de estar en gran desventaja, ganar la victoria de Bouvines, cerca de Lila (29 de agosto de 1214). Pero ya el año anterior otra decisiva victoria lograda por los señores del Norte en el Sur contra los albigenses, había preparado el terreno.

Los nuevos aliados que acudían en ayuda del conde de Tolosa eran los españoles del lado meridional de los Pirineos, hombres de Aragón. Había grandes huestes de ellos mandados por su rey, el joven Pedro de Aragón, cuñado de Raimundo de Tolosa. Borrachín, aunque hombre de tremenda energía, no era incapaz, a veces, de dirigir una campaña. Llevó cerca de cien mil hombres (incluso acompañantes del ejército), a través de las montañas directamente en ayuda de Tolosa.

Muret es una pequeña ciudad situada al Sudoeste de la capital de Raimundo, sobre el curso del Garona, a un día de marcha de Tolosa. Las grandes huestes españolas, que no tenían interés directo en la herejía en sí, sino un fuerte interés por debilitar el poderío de los franceses, estaban acampadas en la zona llana que se extiende al Sur de la ciudad de Muret. Contra ellas, la única fuerza activa eran mil hombres al mando de Simón de Montfort. La desventaja parecía ridícula — uno contra cien. En realidad, no era tanta, porque los mil hombres eran nobles escogidos, armados y

montados. Las fuerzas montadas de los españoles no serían probablemente sino tres o cuatro veces mayores, pues el resto de las huestes eran hombres de a pie, y muchos de ellos desorganizados. Pero aun así, las desventajas eran bastantes para que el resultado sea uno de los acontecimientos más asombrosos de la historia.

Fué en la mañana del 13 de setiembre de 1213. Los mil hombres del lado católico, formadas las filas con Simón a su frente, oyeron misa de a caballo. La misa fué oficiada por el propio santo Domingo. Sólo los jefes, por supuesto, y unas pocas filas pudieron caber en la iglesia propiamente dicha, donde todos siguieron montados, pero por las puertas abiertas el resto de la pequeña fuerza podía presenciar el sacrificio. Terminada la misa, Simón salió a la cabeza de su pequeña partida, intentó una estratagema cabalgando hacia el Oeste y luego se precipitó en una carga repentina contra las fuerzas de Pedro, aun no formadas y mal preparadas para el choque. Los mil caballeros del Norte al mando de Simón derrotaron por completo al enemigo. Las huestes aragonesas se convirtieron en una banda de fugitivos, completamente deshechas y eliminadas ya como fuerza combatiente. El propio Pedro fué muerto.

Muret es un nombre que debería recordarse siempre como una de las batallas decisivas del mundo. Si hubiera fracasado, habría fracasado la campaña. Bouvines no se habría ganado probablemente nunca y es probable que hasta la monarquía francesa se hubiera derrumbado y dividido en clases feudales independientes de todo señor central.

Es uno de los muchos hechos desesperantes en la enseñanza de la historia observar que la capital importancia del lugar y de la acción allí librada aun apenas se reconoce. Un solo autor, norteamericano, le ha rendido justicia plena en un libro sumamente meritorio: me refiero al libro *The inquisition,* de Hoffman Nickerson. No sé de otra monografía en inglés sobre el tema, aunque éste debería ocupar un lugar de preferencia en la enseñanza de la historia. Si Muret se hubiera perdido en lugar de ganarse milagrosamente, no sólo la monarquía francesa hubiera sido debilitada y Bouvines no se habría ganado nunca, sino que casi seguramente la nueva herejía habría triunfado. Con ello nuestra cultura occidental habría caído, desjarretada, por tierra.

Porque el territorio en que dominaban los albigenses era el más rico y el mejor organizado del Occidente. Tenía una gran cultura, dominaba el comercio del Mediterráneo con el gran puerto de Narbona; cerraba el camino de todo avance del Norte hacia el Mediodía y su ejemplo habría sido seguido inevitablemente. Sin embargo, la resistencia albigense cedió. Los del Norte habían ganado su campaña y el Mediodía quedaba medio arruinado en su riqueza y debilitado en su poder de revolución contra la ya poderosa monarquía central de París. Éste es el motivo por el cual Muret debería figurar al igual de Bouvines como fundamento de esa monarquía y de la gran Edad Media. Muret abre y sella el siglo XIII — el siglo de san Luis, de Eduardo de Inglaterra y del afloramiento de la cultura occidental.

En cuanto a la herejía albigense propiamente dicha, fué atacada políticamente tanto por las organizaciones civiles y políticas como por las armas. La primera Inquisición surgió de la necesidad de extirpar los restos de la enfermedad. (Es significativo el hecho de que a un hombre que se pretendía inocente le bastaba probar que era casado para ser absuelto. Esto demuestra de qué naturaleza era la herejía.)

Bajo el triple golpe de la pérdida de su riqueza, la pérdida de su organización militar y su desarraigo político perfectamente organizado —la cuestión maniquea parecía, un siglo después, haber desaparecido. Pero sus raíces se extendieron bajo tierra, desde donde, por la secreta tradición de los perseguidos o por la naturaleza misma de la tendencia maniqueísta, estaban seguras de resurgir bajo otras formas. Se ocultaron en las montañas centrales de la misma Francia y formas análogas se ocultaron en los valles de los Alpes. Es posible seguir una especie de vaga continuidad entre los albigenses y los grupos puritanos posteriores, como los del cantón de Vaud, en la misma forma que es posible hallar alguna conexión entre la herejía albigense y la anterior herejía maniqueísta. Pero lo principal, lo que llevó el nombre de albigense —el peligro que había demostrado ser casi mortal para Europa— había sido alejado.

Había sido alejado a un costo terrible; una gran civilización material había sido medio arruinada y se había creado un odio cuyo recuerdo perduró durante generaciones. Pero valía la pena pagar ese precio, pues Europa fué salvada. La familia de Tolosa fué readmitida en su posición titular y sus posesiones no cayeron en manos de la corona francesa hasta mucho después. Pero su antigua independencia se había desvanecido y con ella la amenaza a nuestra cultura, que tan cerca estuvo de triunfar.

¿QUÉ FUE LA REFORMA?

El movimiento generalmente conocido por la "Reforma" merece un lugar aparte en la historia de las grandes herejías, por los siguientes motivos:

1. — No fué un movimiento particular sino general, es decir, no constituyó una herejía particular que pudiera ser discutida y reprobada, condenada por la autoridad de la Iglesia, como hasta entonces lo habían sido todas las herejías o movimientos heréticos. Tampoco constituyó, después que las varias proposiciones heréticas habían sido condenadas, una religión separada contra la antigua ortodoxia (como los movimientos mahometano y albigense). Creó más bien cierta *atmósfera moral* aislada que aun llamamos "protestantismo". Produjo, por cierto, una cantidad de herejías, pero no *una sola,* y su característica fué que todas sus herejías lograron y prolongaron un sabor común: el que llamamos hoy "protestantismo".

2. — Aunque los frutos inmediatos de la Reforma se perdieron, como ocurrió con los de mu-

chas otras herejías en el pasado, la división que produjo queda, y su principio primordial —la reacción contra una autoridad espiritual única— se mantuvo en vigor para destruir nuestra civilización europea en Occidente y para originar luego una duda general que se expandió en forma cada vez mayor. Ninguna de las herejías anteriores había hecho eso, pues todas eran definidas. Todas se habían propuesto suplantar o constituirse en rivales de la Iglesia católica existente, pero el movimiento de la Reforma se propuso más bien disolver la Iglesia católica, y sabemos en qué medida ese esfuerzo logró triunfar.

Lo más importante en cuanto a la Reforma es comprenderla. No sólo seguir su historia fase por fase —proceso necesario siempre para la comprensión de cualquier tema histórico— sino captar su naturaleza esencial.

En esto último es fácil que los modernos se equivoquen, y más aun los modernos del mundo de habla inglesa. Sabemos que nuestras naciones de habla inglesa son, con excepción de Irlanda, predominantemente protestantes, y, sin embargo (con excepción de Gran Bretaña y de Africa del Sur), hay en ellas grandes minorías católicas.

En ese mundo de habla inglesa (al cual está destinada esta obra), hay clara conciencia de lo que ha sido el espíritu protestante y en lo que se ha transformado en su actual modificación. Todo católico que viva en ese mundo de habla inglesa sabe qué se entiende por carácter protestante, del mismo modo que conoce el gusto de alguna comida o bebida familiar o el aspecto de alguna vegetación familiar. En menor proporción, las grandes mayorías protestantes —en Gran Bretaña hay una mayoría protestante abrumadora— tienen *cierta* idea de lo que es la Iglesia católica. Saben mucho menos de nosotros que lo que nosotros sabemos de ellas. Es natural, porque procedemos de orígenes más antiguos, porque somos universales, mientras que ellos son regionales y porque tenemos una filosofía intelectual definida, mientras que ellos poseen un espíritu más bien emocional e indefinido, aunque característico.

No obstante, aunque saben menos de nosotros que nosotros acerca de ellos, advierten una distinción y sienten que hay una profunda división entre ellos y nosotros.

Ahora bien, tanto católicos como protestantes tienden hoy a cometer un error histórico capital. Tienden a considerar al catolicismo por un lado y al protestantismo por otro, como dos sistemas religiosos y morales esencialmente opuestos que producen, *desde los orígenes mismos del movimiento,* caracteres morales opuestos y hasta agudamente antagónicos en sus respectivos partidarios. Dan por sentada esta dualidad hasta desde un principio. Los historiadores que han escrito en inglés en ambos lados del Atlántico se refieren a tal o cual persona (hasta a principios del siglo XVI) como "protestante" y a tal o cual como "católico". Es verdad que los contemporáneos también usaban de esos términos, pero empleaban las palabras en un sentido muy diferente y con sentimientos muy distintos. Durante toda una generación después de producirse el movimiento llamado "Reforma" (digamos de 1520 a 1600), los hombres quedaron en un estado de espíritu que consideraba toda la disputa religiosa de la cristiandad como una controversia *ecuménica.* La

consideraban como un debate en el cual *toda* la cristiandad estaba empeñada y en el cual se tomaría alguna decisión definitiva para *todos*. Esta decisión se aplicaría al mundo cristiano en su totalidad y produciría una paz religiosa general.

Este estado de espíritu duró, pues, unos cien años, pero su atmósfera general duró mucho más. Europa no se resignaba a *aceptar* la desunión religiosa otro siglo más. La resolución, adoptada con repugnancia, de aminorar en lo posible el desastre no se manifiesta —como lo veremos— hasta la paz de Wesfalia, 130 años después del primer pronunciamiento de Lutero, y la separación *completa* entre católicos y protestantes no se produjo hasta cincuenta años después, digamos en 1690-1700.

Es de primordial importancia tener en cuenta esta verdad histórica. Sólo unos pocos de los más exaltados o ardientes reformistas se propusieron destruir el catolicismo como cosa de existencia separada, de la que tenían conciencia y a la que odiaban. Mucho menos aun se propuso la mayoría de los reformistas erigir otra contrarreligión unida.

Se propusieron (como ellos mismos lo reconocen y como se dijo durante siglo y medio antes del gran desastre), "reformar". Querían purificar la Iglesia y restituírle sus virtudes primitivas de sencillez y simplicidad. Se proponían, por sus diversos métodos (y sus diversos grupos diferían casi en todo, excepto en su acción cada vez mayor contra la unidad), eliminar las excrescencias, las supersticiones y las falsedades históricas, de las cuales, sabe Dios, había mucho que atacar.

Por otra parte, durante este período de la Reforma, la defensa de la ortodoxia se ocupaba, no tanto en destruir nada específico (como lo hace hoy el espíritu del protestantismo), como en restablecer la unidad. Durante por lo menos sesenta años, y aun ochenta años —más de la época activa de la vida de un hombre— las fuerzas en juego, reformistas y conservadoras, eran de esta naturaleza: estaban trabadas entre sí y cada una de ellas afectaba a la otra y deseaba volverse definitivamente universal.

Con el correr del tiempo, por supuesto, ambos bandos tendieron a convertirse en dos ejércitos hostiles, dos campos separados, y, por último, la separación completa se produjo. Lo que había sido una Cristiandad unida en Occidente se partió en dos fragmentos: uno iba a ser en adelante la cultura protestante y el otro la cultura católica. En adelante, cada uno iba a considerarse a sí mismo y a su espíritu como algo separado y enemigo del otro. Cada uno de ellos se puso a asociar el nuevo espíritu a su región, nacionalidad o ciudad-estado: Inglaterra, Escocia, Hamburgo, Zurich y demás.

Después de la primera fase (que abarcó, naturalmente, casi un siglo) llegó una segunda, que abarcó otro siglo. Si se cuenta hasta la expulsión de los Estuardos, los reyes católicos de Inglaterra, abarcó cien años.

En esta segunda fase, ambos mundos, el protestante y el católico, están conscientemente separados y conscientemente en contra uno del otro. Es un período lleno de verdaderas luchas físicas, las "guerras de religión", en Francia y en Irlanda, y, más que todo, en las extensas regiones de

habla alemana de la Europa Central. Mucho antes de que esta lucha física terminara, ambos adversarios habían "cristalizado" en formas permanentes. La Europa católica había llegado a aceptar como aparentemente inevitable la pérdida de lo que ahora son los Estados y las ciudades protestantes. La Europa protestante había perdido toda esperanza de afectar permanentemente con su espíritu aquella parte de Europa que había sido salvada para la Fe. El nuevo estado de cosas fué establecido por los principales tratados que pusieron fin a las guerras religiosas en Alemania (a mediados del período entre 1600 y 1700). Pero la lucha siguió esporádicamente durante unos cuarenta años más y partes de las fronteras entre ambas regiones aun eran inciertas hasta a fines de ese período suplementario. Las cosas no se asentaron definitivamente en dos mundos permanentemente separados hasta 1688 en Inglaterra o aun hasta 1715, si consideramos toda Europa.

Para aclarar la cuestión en nuestra mente, es bueno tener fechas fijas. Podemos considerar como origen de la guerra abierta la violenta sublevación relacionada con el nombre de Martín Lutero en 1517. En 1600, el movimiento, como asunto general europeo, se había diferenciado bastante hasta definirse como un mundo católico contra un mundo protestante, y la lucha se había transformado en un combate por el predominio del uno o del otro, no para resolver si una u otra filosofía iba a prevalecer en toda nuestra civilización; aunque, como lo he dicho, muchos esperaban aún que

finalmente, o la tradición católica muriera, o la Cristiandad entera volviera a ella.

La segunda fase comienza, digamos, en 1606 en Inglaterra, o unos pocos años antes en el continente y no termina en fecha precisa alguna, sino, generalmente, en los últimos veinte años del siglo XVII. Termina en Francia antes que en Inglaterra. Termina, entre los Estados alemanes —más por agotamiento que por otro motivo— aun antes de lo que terminó en Francia, pero puede decirse que la idea de una guerra religiosa directa estaba transformándose en la idea de una lucha política en 1670 ó 1680. Las guerras religiosas activas llenaron la primera parte de esta fase y terminaron en Irlanda a mediados del siglo XVII y en Alemania unos pocos años antes, pero se considera el asunto como religioso hasta 1688 ó aun unos pocos años después en aquellas partes en que el conflicto todavía se desarrollaba.

A mediados del siglo XVII, en tiempos de Cromwell, 1648-1658, Gran Bretaña era definidamente protestante y así iba a seguir siéndolo — a pesar de tener una gran minoría católica [1]. Lo

[1] Es discutible cualquier afirmación sobre la importancia de las minorías en diversas fechas —1625, 1660, 1685— y confunde aun más el empleo de palabras análogas para cosas diversas. Si hablamos de la minoría inglesa que era activamente católica en tradición, aunque no apoyaba plenamente las pretensiones papales, formada por gentes que se habrían considerado católicas antes que protestantes, podemos contar ciertamente media población al morir Isabel, aunque sólo una octava parte de ella a la muerte de Jacobo II, ochenta y cinco años después. Si nos referimos a todos los que habrían aceptado sin hostilidad una vuelta a la antigua religión, contamos, aun a fines de 1688, una proporción mucho mayor. Es difícil calcularlo, porque los hombres no registran las más vagas de sus opiniones, pero no es gran exageración decir que Inglaterra aun contaba con una de esas personas de cada cuatro en esa fecha. Mis razones las he dado en mi libro sobre Jacobo II.

mismo puede decirse de Holanda. Los países escandinavos habían sido hechos definitivamente protestantes desde hacía mucho tiempo por sus clases adineradas, y lo mismo ocurría con muchos principados y Estados del imperio alemán, especialmente en el Norte. Otros (de preferencia en el Sur), serían netamente católicos en el futuro en general.

De los Países Bajos (lo que ahora llamamos Holanda y Bélgica), el Norte (Holanda), con una gran minoría católica, iba a ser oficialmente protestante, mientras que el Sur (Bélgica), iba a ser completamente católico, casi sin elementos protestantes.

Los cantones suizos se dividieron así como los Estados alemanes. Algunos fueron católicos, otros, protestantes. Francia iba a ser católica, en su mayor parte, aunque con una poderosa y rica aunque no numerosa minoría protestante: un diez por ciento, como mucho; probablemente más bien un cinco por ciento. España, Portugal e Italia habían resuelto mantener decididamente las tradiciones de la cultura católica.

Estamos, pues, por seguir la historia de dos épocas sucesivas, cuyo carácter se modificó gradualmente. La primera, desde poco antes de 1520 hasta alrededor de 1600, fué época de discusión y de luchas universales. La segunda, una época de fuerzas claramente opuestas, que se volvieron políticas tanto como religiosas y cada vez más agudamente definidas en campos hostiles.

Cuando todo esto hubo terminado, hacia fines del siglo XVII —1700—, hace más de doscientos años, se produjeron nuevos acontecimientos: la extensión de la duda y un espíritu anticatólico *dentro de la propia cultura católica*; mientras que en la cultura protestante, donde había menos doctrina definida que desafiar, hubo menos división interna, aunque un sentimiento cada vez mayor de que las diferencias religiosas debían aceptarse; sentimiento que, en un número cada vez mayor de individuos se convirtió en el estado de ánimo, secreto primero pero confesado luego, de que nada en religión podía ser seguro y que por lo tanto era razonable la tolerancia de todas esas opiniones.

Junto con este acontecimiento se produjo la lucha política entre las naciones primitivamente de cultura católica y las regiones de la nueva cultura protestante. Durante el siglo XIX, la preponderancia del poder pasó gradualmente a los protestantes, dirigidos por las dos potencias anticatólicas principales, Inglaterra y Prusia, simbolizadas a veces por sus ciudades capitales como "Londres y Berlín". Se ha dicho que "Londres y Berlín" eran los pilares gemelos de la dominación protestante durante el siglo XIX; y ese juicio es exacto.

Éste es, pues, el proceso general que estamos por seguir. Un siglo de intensa lucha de ideas en todas partes; otro siglo de separación regional cada vez mayor, que se transformó cada vez más en un conflicto político antes que religioso. Luego, un siglo —el XVIII— de creciente escepticismo, bajo el cual las características de las culturas católica y protestante se mantuvieron casi ocultas. Luego, otro siglo —el XIX— durante el cual la lucha política entre ambas culturas, la católica y la protestante, fué bastante manifiesta y durante

el cual la cultura protestante aumentó continuamente su poderío político a expensas de la católica, pues esta última estaba más dividida en perjuicio suyo que la primera. Francia, la principal potencia de cultura católica, era en tiempos de Napoleón medio anticlerical, mientras que Inglaterra era y sigue siendo firmemente anticatólica.

☆

Los orígenes de ese gran movimiento que conmovió y dividió durante generaciones al mundo espiritual y que llamamos la "Reforma", la preparación de los materiales para esa explosión que sacudió la Cristiandad en el siglo XVI, abarca casi dos siglos, por lo menos, *antes* del primer acto principal de rebelión contra la unidad religiosa, en 1517.

Muchos han tomado por punto de partida de este asunto el abandono de Roma por el Papado y su instalación en Aviñón, más de doscientos años antes de aparecer Lutero.

Hay algo de verdad en esa actitud, pero de verdad muy imperfecta. Todo tiene su causa y toda causa tiene otra causa tras de sí, y así connuamente. El abandono de Roma por el Papado, poco después de 1300, debilitó la estructura de la Iglesia pero no fué fatal en sí mismo. Es mejor, para buscar el punto de partida principal, tomar esa horrible catástrofe, la plaga llamada hoy la "Muerte Negra" (1348-1350), cuarenta años después del abandono de Roma. Aun podría ser mejor tomar como punto de partida el comienzo del gran cisma, cerca de treinta años después de

la "Muerte Negra", fecha desde la cual, por un período análogo, la autoridad del mundo católico fué casi herida de muerte por las luchas entre papas y antipapas, pretendientes rivales a la terrible autoridad de la Santa Sede. De todos modos, antes de la "Muerte Negra", 1348-1350, y antes de que se produjera el cisma, hay que comenzar por el abandono de Roma por los Papas.

La Santa Sede, como autoridad central de toda la Cristiandad, había estado desde hacía mucho en conflicto mortal con el poder laico de lo que se llamaba "el Imperio", esto es, los emperadores de origen alemán que tenían una autoridad general, aunque muy complicada, variada y a menudo sólo aparente, no sólo en los países de lengua germana sino en el Norte de Italia y en una zona de lo que ahora es el Este de Francia, así como en los Países Bajos y en ciertas comunidades de eslavos.

Casi un siglo antes de que los Papas salieran de Roma, esta lucha había llegado a un punto culminante con uno de los más inteligentes y peligrosos hombres que haya gobernado nunca la Cristiandad, el emperador Federico II, cuyo poderío era muy grande, pues no sólo había heredado el antiguo y diversificado gobierno de los Estados germanos, los Países Bajos y lo que ahora llamamos Francia Oriental, sino también en la Italia oriental y meridional. Toda Europa central, menos los Estados gobernados inmediatamente por el Papa, en el centro de Italia, estaba más o menos bajo la sombra de Federico, por su afán de dominio. Desafió a la Iglesia. El Papado venció y la Iglesia se salvó, pero el Papado, como poder político, se había agotado en la lucha.

Como tan a menudo ocurre, un tercero fué quien se benefició del violento duelo entre los otros dos. Fué el rey de Francia, quien se transformó entonces en el más poderoso y durante setenta años —esto es, durante casi todo el siglo XIV (desde 1307 hasta 1377)— el Papado se transformó en algo francés; los Papas residieron en Aviñón (donde aun hoy queda su gran palacio, espléndido monumento de ese tiempo y de su significado) y los hombres elegidos para desempeñar la dignidad de Papa fueron, después del cambio, en su mayor parte franceses.

Este cambio (o, mejor dicho, este interludio, pues el cambio no fué definitivo), se produjo en el momento preciso en que comenzaba a desarrollarse un espíritu nacional en las diversas regiones de Europa y particularmente en Francia. El carácter peculiarmente francés del Papado hirió la conciencia de la época. El Papado tenía, por su naturaleza, que ser universal. El hecho de que fuera nacional molestaba a los europeos occidentales de la época.

La tendencia de la parte occidental de la Cristiandad a dividirse en compartimientos separados y a perder la unidad absoluta que durante tanto tiempo había tenido, fué acentuada por el fracaso de las cruzadas —que, mientras estuvieron realizándose, constituyeron una fuerza unificadora, que presentaba un ideal común a toda la Caballería cristiana. Esta tendencia fué acentuada aun más por lo que se llama la Guerra de Cien Años, no porque haya durado cien años seguidos, sino que desde la primera batalla hasta la última puede contarse casi ese período de tiempo.

La Guerra de Cien Años fué una lucha entre la dinastía de habla francesa que reinaba en Inglaterra, apoyada por las clases superiores, también de habla francesa —pues todas las clases superiores de Inglaterra hablaban aún francés hasta fines del siglo XIV—, y la monarquía francesa y las clases superiores de la misma Francia. La familia real inglesa, de habla francesa, se llamaba *Plantagenet,* y la familia real francesa se llamaba *Capeto.*

La monarquía francesa de los Capetos se había trasmitido regularmente de padre a hijo durante generaciones, hasta que se produjo una sucesión controvertida después de 1300, poco después de llegar el Papa a Aviñón, en Francia. El joven Eduardo Plantagenet, tercero de ese nombre, rey de Inglaterra de habla francesa, pretendía la corona francesa por su madre, la hermana del último rey, que no tuvo hijos. El rey Felipe Capeto, primo del rey muerto, pretendía también la corona por vía masculina, pues sus defensores inventaron una cláusula según la cual la monarquía francesa no podía ser heredada ni trasmitida por mujeres. Eduardo triunfó en dos notables campañas, la de Crécy y la de Poitiers, y casi logró triunfar en su pretensión de ser rey de Francia. Luego hubo un largo período durante el cual las fuerzas de los Plantagenets fueron desalojadas de Francia, excepto en el Sudoeste. Más tarde recobraron las fuerzas, después que los de la rama usurpadora de Láncaster, de esa familia, se hubieron hecho reyes de Inglaterra y consolidado su injusto poder. Provocaron nuevamente la guerra en Francia (bajo Enrique V de Inglaterra) y llegaron más cerca del triunfo que sus

antecesores, porque Francia se hallaba en un estado de guerra civil. En efecto, el mejor soldado de esa época, Enrique V de Inglaterra, al casarse con la hija del rey de Francia y alegar que el hermano de ella no era legítimo, logró que su hijo fuera coronado rey de Francia. Pero la disputa no había terminado.

Todos sabemos cuál fué su fin. Terminó con las campañas de Juana de Arco y sus sucesores y el fracaso de todas las pretensiones de los Plantagenets. Pero la lucha había elevado, por supuesto, el sentimiento nacional y todo robustecimiento del ya creciente sentimiento nacional en la Cristiandad redundó en un debilitamiento de la antigua religión.

Entretanto se produjo algo mucho más importante aun que esa lucha, algo que, como dije anteriormente, tuvo mucho que ver en la deplorable división de la Cristiandad en naciones independientes y separadas. Este luctuoso incidente fué la terrible plaga ahora llamada la "Muerte Negra". Esta terrible calamidad se manifestó en 1347 y azotó toda Europa, de Este a Oeste. Lo curioso es que nuestra civilización no se derrumbara, pues seguramente murió allí la tercera parte de la población adulta, o quizás más.

Como ocurre siempre en las grandes catástrofes, pasó algún tiempo antes de que se sintieran todos sus efectos. Fué en mil trescientos setenta y tantos y en mil trescientos ochenta y tantos cuando esos efectos comenzaron a hacerse sentir en forma permanente y casi universal.

En primer lugar, como ocurre siempre cuando los hombres pasan por una prueba severa, los

menos afortunados se volvieron violentamente hostiles para con los más afortunados. Se produjeron sublevaciones y movimientos revolucionarios. Los precios fueron alterados, se produjo una interrupción en la continuidad de muchas instituciones. Los nombres de las viejas instituciones se conservaron, pero el espíritu varió. Por ejemplo, los grandes monasterios de Europa conservaron sus antiguas riquezas, pero su número disminuyó en la mitad.

La parte importante de estos efectos de la "Muerte Negra" fué el paulatino surgimiento de Inglaterra, después de casi un siglo, como país unido por un lazo común. Las clases superiores dejaron de hablar en francés y los diversos dialectos populares locales se fundieron en una lengua que estaba transformándose en el lenguaje literario de una nueva nación. Fué el período de *Piers Ploughman* y de Chaucer.

La "Muerte Negra" había sacudido no sólo la estructura física y política de la sociedad europea. Había comenzado a afectar hasta la misma Fe. El horror había engendrado demasiada desesperación.

Otro resultado directo de la "Muerte Negra" fué el "Gran Cisma" en el Papado. Los reyes de Francia y de Inglaterra, que estaban en guerra, las facciones civiles rivales en la propia Francia y las autoridades menores de los Estados más pequeños se ponían continuamente de parte de uno u otro de los pretendientes al Papado, así es que la idea entera de una autoridad espiritual central estaba minada.

El surgimiento de literaturas locales, esto es, de literaturas no producidas ya en latín sino en las lenguas regionales (francés septentrional o meridional, inglés y alto o bajo alemán), fué otro factor de disrupción. Si cien años antes de 1347 se le hubiera dicho a un hombre: ¿Por qué tienes que rezar en latín? ¿Por qué nuestras iglesias no han de usar nuestro propio idioma?, la pregunta habría sido ridiculizada; habría parecido carente de sentido. Cuando se les formuló a los hombres de 1447, hacia el final de la Edad Media, cuando las nuevas lenguas regionales comenzaban a florecer, entonces tal asunto suscitaba el mayor interés popular.

Del mismo modo, los adversarios de la autoridad central podían aludir al Papado como a algo meramente local, a un italiano, a un meridional. El Papa había comenzado a ser tanto un príncipe italiano como la cabeza de la Iglesia. Ese caos social se adaptaba admirablemente a herejías específicas; esto es, a movimientos particulares que discutieran doctrinas particulares. Una opinión muy en boga, fundada en las perturbaciones sociales de la época, era la idea de que el derecho de propiedad y el de oficio debía coexistir con la Gracia; que la autoridad, política o económica, no podía ser justamente ejercida sino por hombres en estado de gracia —¡excusa muy conveniente para cualquier clase de rebelión!

Injertadas en esta disputa había otras muy violentas entre los laicos y el clero. Las prebendas de la Iglesia eran muy grandes y la corrupción, tanto en los establecimientos monásticos como entre los seglares, iba en aumento. Se consideraban cada vez más las prebendas como una renta de

la que se disponía para conceder recompensas o para cualquier programa político. Hasta uno de los mejores Papas de esa época, hombre que luchaba contra la corrompida costumbre de unir varias prebendas en una sola persona, era titular de siete obispados como si nada fuera.

El sentimiento nacional y racial sacó ventaja de la confusión, en movimientos como el de los husitas, de Bohemia. Su cargo contra el clero era la exigencia de la reimplantación del cáliz en la comunión de los laicos. En realidad, los inspiraba el odio de los eslavos contra los alemanes. Huss es hasta ahora un héroe en Bohemia. Durante el gran cisma papal, se habían hecho esfuerzos para reimplantar una autoridad central sobre una base firme, mediante la convocación de grandes concilios. Estos exhortaron a los Papas a abdicar. Confirmaron nuevas designaciones en el Papado. Pero, a la larga, al conmover la autoridad de la Santa Sede, debilitaron la idea de autoridad en general.

Después de tales confusiones y tan complicados descontentos, *particularmente el descontento cada vez más general e intenso por la mundanalidad del clero oficial,* se produjo un vivaz despertar intelectual; un resurgimiento de los clásicos y especialmente un resurgimiento de la ciencia de los griegos. Llenó la segunda mitad del siglo XV (1450-1500). Al mismo tiempo, el conocimiento del mundo físico estaba propagándose. El mundo (como decimos ahora) estaba "expandiéndose". Los europeos habían explorado las costas atlántica y africana, habían hallado la ruta a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, y

antes de fines de ese siglo llegan a todo un mundo nuevo, que más tarde se llamó América.

Durante toda esta fermentación se oyó la continua exigencia: "¡Reforma de la Iglesia!" "¡Reforma de la cabeza y de los miembros!" "Que el Papa vuelva a sus deberes exclusivamente espirituales y que se purgue la corrupción de la Iglesia oficial". Hubo un levantamiento, un estruendoso clamor por la simplicidad y la verdad, una creciente y tormentosa indignación contra la continua defensa de los viejos privilegios, una tensión universal por las cadenas enmohecidas, inadecuadas ya para la sociedad europea. El clamor por que se modificara todo mediante reformas, para una depuración del cuerpo clerical y la restauración de los ideales espirituales, puede compararse al clamor que se alza hoy (no fundado en la religión sino en la economía) para exigir una expropiación de la riqueza concentrada, en favor de las masas.

El espíritu público en 1500-1510 estaba en un estado tal que cualquier incidente podía producir una sublevación, así como los incidentes de derrotas militares, la tensión de tantos años de guerra, produjeron el repentino surgimiento del bolcheviquismo en la Rusia de nuestros días.

El incidente que provocó la explosión fué pequeño e insignificante, pero como fecha de origen fué tremendo. Me refiero, por supuesto, a la protesta de Lutero contra el abuso (y aun contra el uso) de las indulgencias.

Esa fecha, la víspera del día de Todos los Santos de 1517, no sólo es una fecha definida que señala el origen de la Reforma, sino el verdadero movimiento inicial. Desde entonces, la ola creció inmensamente. Hasta ese momento las fuerzas conservadoras, aunque corrompidas, se habían sentido seguras de sí. Al poco tiempo de este movimiento su certidumbre había desaparecido. La marea había comenzado.

☆

Tengo que repetir aquí, para mayor claridad, algo que es de primordial importancia que entienda el que quiera comprender la revolución religiosa que terminó en lo que hoy llamamos "protestantismo". Esa revolución, que se conoce en general por la "Reforma", se dividió en dos fases muy distintas, y la duración de cada una de ellas fué más o menos la de una vida humana. La primera de estas fases *no* fué de conflicto entre dos religiones, sino de conflicto dentro de una religión, mientras que la segunda fué una fase durante la cual surgía una nueva cultura religiosa, opuesta a la cultura católica y separada de ella.

La primera fase, repito (más o menos la mitad de la duración del proceso), *no* fué un conflicto entre "católicos y protestantes" tal como los conocemos ahora; fué un conflicto dentro de los límites del único cuerpo europeo occidental. Los hombres de la extrema izquierda, desde Calvino hasta el príncipe palatino, no pensaban sino en la "Cristiandad". Jacobo I, a su advenimiento, a pesar de hablar del Papa como de un monstruo de tres cabezas, afirmaba aún violentamente su derecho de pertenecer a la Iglesia católica.

Hasta que hayamos comprendido esto, no podremos entender ni la confusión ni las intensas

pasiones de aquel tiempo. Lo que comenzó como una especie de disputa familiar espiritual y prosiguió como una guerra civil espiritual, pronto fué acompañado de una verdadera guerra civil en armas. Pero *no* fué un conflicto entre un mundo protestante y un mundo católico. Éso vino después, y cuando se produjo, originó el estado de cosas que a todos nos es familiar, la división del mundo blanco en dos culturas, la católica y la anticatólica, la partición de la Cristiandad por pérdida de la unidad europea.

Ahora bien, lo más difícil del mundo con respecto a la historia y la más rara de las proezas, es ver los acontecimientos como los vieron los contemporáneos, en lugar de considerarlos por el engañador medio de nuestro conocimiento posterior. *Nosotros* sabemos qué iba a ocurrir; los contemporáneos no lo sabían. Hasta las mismas palabras utilizadas para designar la actitud adoptada al comenzar la lucha cambian de significado antes de terminar el conflicto. Así ocurre con católicos y protestantes; así fué con la propia palabra "Reforma".

El gran levantamiento religioso que tan pronto se transformó en una revolución religiosa, fué encarado por los contemporáneos de sus orígenes como un esfuerzo para corregir las corrupciones, los errores y crímenes en el cuerpo espiritual de la Cristiandad. En los comienzos del movimiento, nadie digno de tenerse en cuenta habría discutido, por un momento siquiera, la necesidad de una reforma. Todos convenían en que las cosas habían llegado a un estado terrible y que amenazaban empeorar en el futuro a menos que se hiciera algo. La urgente necesidad de poner las cosas en su

punto, el clamor provocado por ella, habían ido aumentando desde hacía más de un siglo, y entonces, en la segunda década del XVI, estaban culminando. La situación puede compararse a la situación económica de hoy. Nadie que merezca ser tenido en cuenta está contento hoy con el capitalismo industrial, que tantos enormes males ha originado. Estos males aumentan y amenazan hacerse intolerables. Todos convienen en que tiene que haber una reforma y un cambio.

Hasta ahora, puede decirse lo siguiente: nadie que hubiera nacido entre los años 1450-1500 dejaba de ver, en la fecha crítica de 1517, cuando se produjo la explosión, que algo debía hacerse, y en proporción a su integridad y conocimientos los hombres estaban impacientes porque se *hiciera* algo, del mismo modo que hoy nadie que haya sobrevivido a la generación nacida entre 1870 y 1910 ignora que debe hacerse algo enérgico en la esfera económica para salvar la civilización.

Un estado de espíritu de esta clase es la condición preliminar de toda reforma importante, pero inmediatamente al comenzar esas reformas aparecen tres características concomitantes de todas las revoluciones y sólo su acertado manejo puede impedir la catástrofe. La primera característica es la siguiente:

Se proponen simultáneamente cambios de toda naturaleza y de toda magnitud, desde reformas manifiestamente justas y necesarias —reversiones al buen orden de cosas— hasta innovaciones criminales y disparatadas.

La segunda característica es que necesariamente aquello que debe ser reformado se resiste.

Se halla bajo un vasto cúmulo de costumbres, de intereses creados, de organización oficial, etc., y cada una de estas cosas, aun sin propósito directo, pone un obstáculo a la reforma.

En tercer lugar (y ésta es con mucho la característica más importante), aparecen entre los revolucionarios, en número cada vez mayor, *los que no se sienten tan preocupados por corregir los males que han surgido en aquello que debe ser reformado, como llenos de odio apasionado hacia la cosa en sí, su parte esencial, su parte buena, aquélla por la cual tiene derecho a sobrevivir.* Así tenemos hoy, en la revuelta contra el capitalismo industrial, hombres que proponen a la vez toda clase de remedios: corporaciones, socialismo parcial de Estado, salvaguardia de la pequeña propiedad (que es lo opuesto al socialismo), la eliminación del interés, la falsificación de la moneda, la manutención de los desocupados, el comunismo completo, la reforma nacional, la reforma internacional y hasta la anarquía. Todos estos remedios y cien más están proponiéndose sin ton ni son, en conflicto entre sí, y producen un caos en las ideas.

Frente a este caos, todos los órganos del capitalismo industrial siguen funcionando y en su mayor parte luchan celosamente para conservar sus vidas. El sistema bancario, los grandes préstamos a interés, la vida proletaria, el abuso de maquinarias y la mecanización de la sociedad, todos estos males siguen a pesar del clamor y toman cada vez más una actitud de firme resistencia. Consciente o inconscientemente oponen este argumento: "Si nos suprimen, habrá una catástrofe. Las cosas podrán estar mal, pero parecería que

ustedes las fueran a empeorar. El orden es lo esencial", etc., etc.

Entretanto, el tercer elemento está apareciendo en forma bastante manifiesta: el mundo moderno está llenándose cada vez más de hombres que odian el capitalismo industrial en tal forma que este odio es el motivo de cuanto hacen y piensan. Destruirían la sociedad antes de esperar una reforma y proponen métodos de reforma que son peores que los males a remediarse, se preocupan mucho más por matar a su enemigo que por la vida del mundo.

Todo esto surgió en lo que llamo aquí el "tumulto", que duró en Europa desde más o menos 1517 hasta fines de siglo, poco más de ochenta años. En un principio, todos los hombres buenos con instrucción suficiente y muchos hombres malos con instrucción igualmente suficiente, una multitud de ignorantes y no pocos locos se concentraron en los males que habían surgido dentro del sistema religioso de la Cristiandad. Ésos fueron los primeros reformistas.

Nadie puede negar que los males que provocaba la reforma en la Iglesia estaban profundamente arraigados y muy generalizados. Amenazaban hasta la vida misma de la Cristiandad. Todos los que pensaban siquiera sobre lo que ocurría a su alrededor, advertían cuán peligrosas estaban las cosas y cuán grande era la necesidad de una reforma. Estos males pueden clasificarse en la siguiente forma:

En primer lugar (y es lo menos importante) había mucha mala historia y malas costumbres históricas debidas al olvido del pasado, a falta de conocimientos y a mera rutina. Por ejemplo, ha-

bía muchas leyendas, en su mayor parte hermosas, pero algunas de ellas pueriles y medio falsas, unidas a la tradición verdadera. Había documentos de los cuales los hombres dependían como de cosa autorizada, que pretendían ser otra cosa que lo que en realidad eran, por ejemplo, las famosas Decretales falsas, y particularmente la llamada Donación de Constantino, que, se creía, había dado al Papado título para su poder temporal. Había una cantidad de reliquias falsas, demostrablemente falsas, como, por ejemplo (entre otras mil) las falsas reliquias de santa María Magdalena, e innumerables casos en que dos o más objetos en competencia pretendían ser la misma reliquia. La lista podría extenderse indefinidamente, y el creciente número de estudiosos, el renovado descubrimiento del pasado, particularmente el estudio de los documentos griegos originales y notablemente el Nuevo Testamento griego, hacían aparecer esos males intolerables.

El segundo grupo de males era más serio, porque afectaba la vida espiritual de la Iglesia en su esencia. Era una especie de "cristalización" (como lo he llamado en otra parte), o, si se prefiere otra palabra, una "osificación" del cuerpo clerical en sus costumbres y aun en su enseñanza doctrinaria. Ciertas costumbres, inofensivas y tal vez en conjunto más buenas que otra cosa, habían llegado a parecer más importantes, especialmente como formas de apego a los templos y a las ceremonias locales, que el cuerpo vivo de la verdad católica. Era necesario examinar esas cosas y corregirlas en todos los casos, y en algunos, deshacerse de todas ellas.

En tercer lugar, y es lo más importante de todo, la mundanalidad estaba muy generalizada entre los funcionarios de la Iglesia, en su exacto significado teológico, "mundianalidad": la preferencia de los intereses temporales a los eternos.

Un primer ejemplo de esto es el interés puesto en las investiduras, que habían llegado a comprarse, venderse, heredarse, mendigarse como hoy los títulos y las acciones. Hemos visto cómo, hasta en el momento culminante del movimiento, uno de los más grandes Papas reformistas percibía los ingresos de siete obispados, privados así de sus titulares residentes. Los ingresos de un obispado podían ser concedidos como sueldo por un rey al que lo hubiera servido, aun cuando nunca se hubiera acercado a su sede y residiera a cientos de miles de leguas de allí. Se había vuelto normal que un hombre como Wolsey, por ejemplo (y éste fué uno entre tantos otros), fuera titular de dos de las más importantes diócesis simultáneamente: York y Winchester. Se había hecho costumbre que hombres virtuosos como Campeggio, cuyas vidas son un ejemplo para todos, cobraran los ingresos de un obispado en Inglaterra mientras ellos, que eran italianos y vivían en Inglaterra, raras veces visitaban su diócesis. Las cortes papales, aunque sus males han sido muy exagerados, eran ejemplos vivos, el peor de los cuales fué el de la familia de Alejandro VI, escándalo de primera magnitud para toda la Cristiandad.

Hombres de todas clases atacaban violentamente esos monstruosos abusos con el mismo celo con que los hombres de hoy, buenos y malos, atacan el desenfrenado lujo de los ricos, que contrasta

con la horrible profundidad de la moderna pobreza proletaria. Fué de todo esto de donde salió el tumulto, y, al aumentar en violencia, amenazó destruir hasta la propia Iglesia católica.

Bajo el impulso de esta exigencia universal de una reforma, con pasiones constructivas y destructivas en acción, bien podía haber sido que la unidad de la Cristiandad fuera conservada. Habría habido muchas disputas, tal vez alguna lucha, pero el instinto de unidad era tan fuerte, el "patriotismo" de la Cristiandad era aún una fuerza tan viva, que, así como no ocurrió, habríamos podido terminar con la restauración de la Cristiandad y una nueva y mejor era para nuestra civilización como resultado de la eliminación de la mundanalidad en la jerarquía y de las múltiples corrupciones contra las cuales hervía la conciencia pública.

No había plan preconcebido en los comienzos de la fuerte protesta, durante el caótico y revolucionario clamor luterano en las Germanias, secundado por el clamor humanista en todas partes. No había ataque concertado contra la Fe católica. Ni aun los que más instintivamente eran sus enemigos (el mismo Lutero no lo era) y hombres como Zwinglio (quien personalmente odiaba las doctrinas centrales de la Fe y quien dirigió el comienzo del saqueo de los bienes eclesiásticos) no podían organizar una campaña. No hubo en el exterior doctrina constructiva alguna que oponer al antiguo cuerpo de doctrina por el cual habían vivido nuestros padres, *hasta* que apareció un hombre de genio con un libro por todo instrumento y un violento poder personal de razonamiento y de prédica para lograr sus fines. Este

hombre era un francés, Juan Cauvin (o Calvino), hijo de un funcionario eclesiástico, administrador y abogado de la diócesis de Noyon. Después de la excomunión de su padre por peculado y la confiscación por el obispo de gran parte de la renta de que él, Juan Calvino, gozaba, se puso a trabajar, y a trabajar poderosamente.

Sería injusto decir que las desventuras de su familia y el entredicho financiero privado entre él y la jerarquía local fueron el principal motivo determinante del ataque de Calvino. Estaba ya del lado revolucionario en religión; tal vez habría sido de todos modos una figura principal entre aquéllos que estaban por la destrucción de la vieja religión. Pero, cualesquiera fuesen sus motivos, fué ciertamente el fundador de una nueva religión. Porque Juan Calvino fué quien constituyó una contraiglesia.

Probó —si es que lo hizo hombre alguno— el poder de la lógica, el triunfo de la razón, hasta cuando se abusa de ella, y la victoria de la inteligencia sobre el mero instinto y sentimiento. Elaboró una teología completa y nueva, estricta y consistente, en la que no tenían cabida clero ni sacramentos; lanzó un ataque, no anticlerical, no de carácter negativo, sino positivo, como había hecho Mahoma 900 años antes. Era un verdadero heresiarca, y aunque su efecto en la real imposición del dogma no ha tenido una vida mucho más larga que la del arrianismo, la modalidad espiritual que creó ha durado, sin embargo, hasta nuestros días. Todo cuanto es vívido y eficaz en el carácter protestante aun proviene de Juan Calvino.

Aunque las férreas afirmaciones calvinistas (cuya esencia era una admisión del mal dentro de la naturaleza divina por permisión de la Unica Voluntad del universo) se han desvanecido, su visión de un dios Moloch aun queda, y la coincidente devoción calvinista para el triunfo material, el antagonismo calvinista con la pobreza y la humildad sobrevive con todo su vigor. Si no fuera por Calvino, la usura no estaría carcomiendo el mundo moderno; si no fuera por Calvino, los hombres no se degradarían hasta aceptar un destino inevitable: si no fuera por Calvino, no tendríamos hoy el comunismo, y, si no fuera por Calvino, el monismo científico no habría dominado como lo ha hecho (hasta hace poco), el mundo moderno, matando la doctrina del milagro y paralizando el libre albedrío.

Este poderoso genio francés pronunció su palabra cerca de veinte años después de comenzar la revolución religiosa: alrededor de esa palabra se libró la batalla de la Iglesia y de la contraiglesia, y la destrucción de la unidad cristiana, que llamamos Reforma, iba a llegar a ser esencialmente durante más de un siglo, el producto de un vívido esfuerzo, tan entusiasta como había sido el primitivo islamismo, y a reemplazar la antigua doctrina cristiana por el nuevo credo de Calvino. Actuó, como todas las revoluciones, mediante la formación de "células". En todo el Occidente surgieron grupos, pequeñas y disciplinadas sociedades de hombres determinados a difundir "el Evangelio", "la Religión" —tenía muchos nombres. La intensidad del movimiento aumentó paulatinamente, especialmente en Francia, el país de su fundador.

☆

A diferencia de todas las otras grandes herejías, la Reforma no llegaba a conclusión alguna, o, por lo menos, no llegó a ninguna que hasta ahora podamos advertir, aunque la primera sublevación se halla ya a cuatrocientos años detrás de nosotros. La cuestión arriana murió poco a poco, pero la protestante, aunque su doctrina ha desaparecido, ha dado un fruto permanente, ha dividido la civilización blanca en dos culturas opuestas, la católica y la anticatólica.

Pero, en un comienzo, antes de que se alcanzara este resultado, el desafío de los reformistas llevó a encarnizadas guerras civiles. Durante casi sesenta años pareció como si una u otra parte (la cultura tradicional de Europa, de raíces ortodoxas, o la nueva y revolucionaria idea protestante) fuera a prevalecer definitivamente. En realidad, ninguna prevaleció. Europa, después de este primero y violento conflicto físico, cayó agotada, sin que se registrara victoria alguna por ninguna de las dos partes y se conformó en esas dos mitades que siempre desde entonces han dividido al Occidente. Gran Bretaña, la mayor parte del Norte de Alemania, ciertos grupos de alemanes en el Sur entre los cantones suizos y hasta en las llanuras de Hungría, quedaron firmemente contra el catolicismo, así como la parte septentrional de Holanda, por lo menos en su parte dominante[1].

1 Este distrito, que abarca siete de las 16 provincias españolas de los Países Bajos, ha tomado el nombre de Holanda de una sola provincia.

Lo mismo ocurrió con Escandinavia. La mayor parte de los valles del Rin y del Danubio, esto es, la Alemania del Sur, la mayor parte de los húngaros, los polacos, los italianos, los españoles, los irlandeses, y, en su mayoría, los franceses, quedaron, después del choque, inclinados hacia la religión ancestral que había formado nuestra gran civilización.

Es difícil comprender la naturaleza de la confusión y de la lucha general que conmovió a Europa, debido a la pluralidad de factores que intervinieron en el conflicto.

Ante todo, establezcamos las fechas principales. La Reforma activa, la erupción que siguió a siglo y medio de conmociones y de choques premonitorios, se produjo en 1517. Pero la lucha entre los dos adversarios no estalló en proporciones considerables hasta cuarenta años después. Comenzó en Francia en 1559. Las guerras religiosas francesas duraron cuarenta años, es decir, hasta fines de siglo. Menos de veinte años después, los alemanes, que hasta entonces habían mantenido un equilibrio precario entre ambas partes, comenzaron *sus* guerras religiosas, que duraron treinta años. A mediados del siglo XVII, esto es en 1648-49, las guerras religiosas en Europa terminaron en un empate.

En 1517, las naciones, especialmente Francia e Inglaterra, eran ya medio conscientes de su personalidad. Expresaban su nuevo patriotismo mediante el culto al rey. Seguían a sus príncipes como dirigentes nacionales, aun en religión. Entretanto, las lenguas populares comenzaron a separar las naciones aun más, mientras que el latín vulgar de la Iglesia se hizo menos familiar.

Todo el Estado moderno estaba desarrollándose, así como la estructura económica moderna, y, entretanto, los descubrimientos geográficos y las ciencias físicas y matemáticas se expandían prodigiosamente.

En medio de fuerzas tan numerosas y tan grandes que chocaban todas entre sí, es, digo, realmente difícil seguir la lucha en su totalidad, pero creo que podemos abarcarla en sus líneas esenciales si recordamos ciertos puntos principales.

El primero es el siguiente: que el movimiento protestante, que había comenzado como algo meramente negativo, como indignada revuelta contra la corrupción y la mundanalidad de la Iglesia oficial, fué dotado de una fuerza nueva por la creación del calvinismo a los veinte años de empezar la sublevación. Aunque las formas luteranas de protestantismo abarcaban una zona muy grande, el poder motor —el centro vital— del protestantismo fué, después de aparecer el libro de Calvino en 1537, Calvino. El espíritu de Calvino es el que combate activamente al catolicismo allí donde la lucha es reñida. El espíritu de Calvino es el que mora en las sectas disidentes y que da violencia a la creciente minoría inglesa que estaba reaccionando contra la Fe[1].

Ahora bien, Calvino era francés. Su espíritu atraía también a los demás, por cierto, pero principal y primordialmente a sus compatriotas, y a eso se debe que los primeros actos de violencia se ha-

[1] Fué una minoría hasta los últimos años de Isabel, pero después de 1606, una creciente mayoría se opuso a la Fe porque, en ese tiempo, la oposición a la Fe había comenzado a identificarse con el patriotismo.

yan producido en suelo francés. Las guerras religiosas, como se las llama, que estallaron en Francia, fueron libradas allí con mayor ferocidad que en otra parte alguna, y, cuando cesan después de casi medio siglo de horrores, terminan con una tregua y no con una victoria. Esta tregua se impuso en parte por el cansancio de los combatientes en Francia y en parte por la tenacidad católica de la capital, París, pero sólo fué una tregua.

Mientras la guerra proseguía encarnizada entre los franceses, terminaba entre los alemanes. El tumulto de la Reforma había llevado en un momento a una revolución social en algunos Estados alemanes, pero pronto fracasó ésta última y durante un siglo después de la primitiva rebelión de Lutero y casi otro tanto después del estallido de la guerra civil religiosa en Francia, los alemanes se libraron del conflicto general religioso por las armas.

Esto fué porque los alemanes habían caído en una especie de mapa incrustado de ciudades libres, de señoríos grandes y pequeños, de grandes y pequeños Estados. Todo esto estaba bajo la soberanía *nominal* del emperador, que residía en Viena, pero el emperador no disponía de rentas ni de reclutamientos feudales bastantes para imponer su poder personal. Por último, amenazado por una violenta revuelta bohemia (esto es, eslava), contraatacó y se propuso reunir a todos los alemanes e imponer, no sólo una unidad nacional, sino también una unidad religiosa. Quería restablecer el catolicismo en todos los Estados alemanes y sus dependencias. Casi logró realizar su intento. Constituían la mayor fuerza de sus ejércitos,

victoriosos en todas partes, las tropas españolas, que combatían por el emperador porque las coronas de Madrid y de Viena pertenecían a la misma familia — los Habsburgos.

Pero dos cosas impidieron el triunfo del catolicismo alemán. La primera fué el carácter de una familia usurpadora que entonces reinaba en el pequeño Estado protestante de Suecia. Había producido un genio militar de primer orden, el joven rey de Suecia Gustavo Adolfo. La segunda, el genio diplomático de Richelieu, quien dirigía en esa época toda la política de Francia.

El poderío español en el Sur, más allá de los Pirineos (apoyado por todas las riquezas de las Américas, recién descubiertas y que gobernaba media Italia) y el poderío alemán del imperio que se extendía hacia el Este amenazaban juntos a Francia como nación, como los brazos de una pinza. Richelieu era un cardenal católico. Personalmente, adhería al partido católico en Europa, y sin embargo él fué quien lanzó al genio militar protestante, Gustavo Adolfo, contra el emperador católico alemán y sus aliados católicos españoles en el preciso momento en que la victoria estaba en sus manos.

Porque Richelieu no sólo descubrió el genio militar de Gustavo Adolfo, sino que descubrió un medio de sobornar a ese genio. Richelieu le había ofrecido tres cubas de oro. Gustavo Adolfo exigió cinco — y las obtuvo.

Al aceptar el oro francés como soborno para intentar la difícil aventura de atacar el prestigio y el poderío del emperador, Gustavo Adolfo no pudo haberse imaginado el gran futuro que le

esperaba. Como Napoleón, Cromwell y Alejandro y casi todos los grandes capitanes de la historia, descubrió sus talentos a medida que actuó. Debe haberse asombrado al ver cuán fácil y completamente ganaba sus grandes campañas.

Es una asombrosa historia. Las brillantes victorias sólo duraron un año; a fines de ese año Gustavo Adolfo fué muerto en acción en Lutzen, cerca de Leipzig, en 1632, pero en tan breve espacio de tiempo estuvo muy cerca de establecer un imperio protestante alemán. Estuvo muy cerca de hacer lo que iba a hacer Bismarck dos siglos y medio después; aun así, hizo que les fuera para siempre imposible a los alemanes unirse nuevamente por completo, así como que volvieran en conjunto a la religión de sus padres. Estableció el protestantismo alemán tan firmemente que desde entonces fué creciendo en poder hasta inspirar hoy (desde Berlín), en una nueva forma paganizada, a la gran masa del pueblo alemán[1].

Las guerras religiosas de Alemania desaparecieron gradualmente. A mediados del siglo XVII, como he dicho, casi ochenta años después de producirse la primera lucha en Francia, hubo un consenso general en toda Europa para que ambos bandos se mantuvieran en sus posiciones, y el mapa religioso de Europa ha seguido siendo casi el mismo desde esa época hasta la nuestra, esto es, desde 1648-49 hasta nuestros días.

Ahora bien, cualquiera que lea solamente la historia exterior *militar,* con su primer capítulo de violenta guerra religiosa francesa, con su

[1] Lo que se llama "hitlerismo" o "nazismo" hoy, cualquiera sea su suerte futura, es un despótico y poderoso dominio establecido por el espíritu prusiano en todo el Reich.

segundo capítulo de violenta guerra religiosa alemana, no comprenderá el carácter del asunto en su totalidad, aunque conozca todas las batallas y a todos los principales guerreros y estadistas; pues hay bajo ese asunto otro factor que no fué doctrinario, dinástico ni internacional sino *moral,* y este factor fué el que provocó la lucha, impuso la paz y definió la tendencia religiosa final de las diversas comunidades. Los historiadores lo reconocen pero nunca lo destacan lo bastante. *Fué el factor codicia.*

La antigua Europa católica, anteriormente al levantamiento de Lutero, había sido colmada de amplias prebendas clericales. Arrendamientos de tierra, derechos feudales, toda clase de ingresos habían sido fijados para el mantenimiento de obispados, capítulos de catedrales, sacerdotes parroquiales, monasterios y conventos de monjas. No sólo había grandes ingresos sino también fundaciones (tal vez la quinta parte de todas las rentas de Europa), para toda clase de establecimientos educacionales, desde las pequeñas escuelas locales hasta los grandes colegios y universidades. Habían otras fundaciones para hospitales, otras para gremios (esto es, corporaciones y asociaciones de artesanos, mercaderes y negociantes), otras para misas y templos. Toda esta propiedad colectiva estaba, ya sea directamente relacionada con la Iglesia católica o bajo su patronato en tales proporciones, que peligraba allí donde la Iglesia católica se veía amenazada.

El primer acto de los reformistas, allí donde triunfaban, era permitir a los ricos que se apoderaran de esos fondos. Y la intensidad de la lucha dependía en todas partes de la determinación de

los que habían saqueado a la Iglesia, de conservar su botín, y de la de los que trataban de restaurar la Iglesia, de recuperar la riqueza de la Iglesia.

Éste es el motivo por el cual en Inglaterra hubo tan escasa lucha. El pueblo inglés en conjunto fué poco afectado en la doctrina por la Reforma primitiva, pero los monasterios habían sido disueltos y sus propiedades habían pasado a los señores de los pueblos y a los mercaderes de las ciudades. Lo mismo ocurrió en muchos de los cantones suizos. Los señores de los pueblos franceses, esto es, la clase noble (lo que en Inglaterra se llama "squire") y los grandes nobles que les eran superiores, estaban deseosos de participar en el saqueo.

La corona francesa, que temía el aumento de poder que ese botín podía proporcionar a la clase que se hallaba inmediatamente por debajo de ella, resistió el movimiento; de ahí las guerras religiosas francesas, mientras que en Inglaterra, un rey niño y dos mujeres que se sucedieron en el trono, permitieron a los ricos apoderarse de los despojos de la Iglesia. De ahí la ausencia de guerras religiosas en Inglaterra.

Fué este robo universal a la Iglesia, que siguió a la revolución religiosa, lo que dió al período de conflicto el carácter que tuvo.

Sería un gran error creer que el saqueo de la Iglesia fué un mero delito de bandidos que atacan a una víctima inocente. Las fundaciones de la Iglesia habían llegado a ser consideradas en la mayor parte de Europa como mera propiedad. Había quienes compraban una renta clerical para sus hijos o dotaban a sus hijas con un buen convento de monjas. Obtenían un obispado para un

niño y compraban una dispensa por su falta de edad. Percibían los ingresos de los monasterios en bloque para proporcionar rentas a laicos, instalaban un *locum-tenens* que oficiara de abad y le daban algún dinero, mientras que casi toda la renta se pagaba en forma vitalicia para el laico que se había apropiado de ella.

Si estos abusos no hubieran sido ya universales el consiguiente saqueo general no habría ocurrido nunca. Pero en ese estado de cosas, ocurrió. Las que habían sido apropiaciones temporarias de ingresos monásticos para proporcionar riquezas eventuales a laicos, se convirtieron en una confiscación permanente allí donde triunfaba la Reforma. Aun allí donde subsistían los obispados, la mayor parte de sus rentas se confiscaba, y, cuando todo hubo terminado, puede decirse que a la Iglesia, en lo que quedaba de la Europa católica, España e Italia inclusive, no le dejaron ni la mitad de sus rentas primitivas. En aquella parte de la Cristiandad que se había separado, ni los nuevos ministros y obispos protestantes, ni las nuevas escuelas, ni los nuevos colegios gozaron de una décima parte siquiera de lo que producían las antiguas fundaciones.

Para resumir: a mediados del siglo XVII, la disputa religiosa en Europa se había desarrollado, la mayor parte del tiempo bajo las armas, durante más de ciento treinta años. Los hombres habían llegado a la conclusión de que la unidad no sería recuperada jamás. La fuerza económica de la religión había desaparecido en media Europa y en la otra mitad había decaído tanto que el poder laico era el amo en todas partes. Europa se había

dividido en dos culturas, la católica y la protestante; estas dos culturas iban a estar siempre instintivamente y directamente opuestas entre sí (como aun lo están), pero la solución directamente religiosa estaba abandonándose y, al desesperar de poder lograr una religión común, los hombres se preocupaban más por soluciones temporales, ante todo dinásticas y nacionales y por cazar oportunidades para aumentar sus riquezas con el comercio más que con temas de doctrina.

☆

Después de mediados del siglo XVII, Europa había presenciado el triunfo en Inglaterra de un ejército mandado por oficiales puritanos, el triunfo de los protestantes alemanes —mediante la ayuda de Francia, bajo el cardenal Richelieu— en su esfuerzo por libertarse del dominio católico del emperador, y el triunfo de los rebeldes holandeses sobre la católica España. Europa se retiró, exhausta, de la lucha puramente religiosa. Las guerras de religión tocaban a su fin; habían terminado en un empate; ninguna de las dos partes había triunfado. El conflicto religioso siguió, pero en forma local. Así, Inglaterra trató de matar a la Irlanda católica y Francia a los hugonotes franceses. Pero en 1700 era claro ya que no iban a producirse más guerras de religión.

Desde entonces, se dió por sentado que nuestra civilización iba a seguir dividida. Iba a haber una cultura protestante al lado de la cultura católica. Los hombres no podían perder el recuerdo del gran pasado; no se transformaron rápidamente en lo que nos hemos transformado desde

entonces —en naciones que crecen indiferentes a la unidad de la civilización europea— pero la antigua unidad moral que nació de nuetro catolicismo universal quedó destruída.

En términos generales, la mayor parte de Europa quedó en la siguiente forma:

La iglesia griega u ortodoxa de Oriente había dejado de contar. Rusia no había surgido como potencia y en todas las demás partes los cristianos griegos estaban dominados por los musulmanes y eran sus vasallos, así es que el único mapa que podía considerarse en 1650 era un trozo desde Polonia, en el Este, hasta el Atlántico, en el Oeste.

En esa región, la península italiana, dividida en varios Estados, era completamente católica, salvo una muy pequeña población en algunas de las montañas del Norte, que observaba formas protestantes de culto.

La península ibérica (España y Portugal) era también completamente católica. El imperio, como se lo llamaba, esto es el cuerpo de Estados, muchos de los cuales eran de habla alemana y cuyo jefe moral era el emperador, que gobernaba desde Viena, se dividía en Estados protestantes y ciudades autónomas y Estados católicos y ciudades autónomas. El emperador había tratado de volverlos todos al catolicismo y había fracasado debido a la diplomacia de Richelieu.

Si sólo se tienen en cuenta los números, la población protestante alemana era aún mucho menor que la católica. En términos generales, las ciudades y los Estados alemanes del Norte eran protestantes y los del Sur católicos, no —como falsamente se ha pretendido— porque algo en el

clima o en la raza del Norte tendiera al protestantismo, sino porque estaban situados más lejos del centro del poderío católico: Viena. Aunque las diversas Germanias (como se llamaba a las ciudades y Estados de habla alemana) se dividían en general en protestantes, las del Norte, y católicas, las del Sur, había unas cuantas excepciones, islas de población católica en el Norte y protestantes en el Sur, y a menudo los habitantes de una misma ciudad estaban divididos en cuanto a religión.

Escandinavia, esto es, Dinamarca, Suecia y Noruega, eran en esa época totalmente protestantes. Polonia, aunque nunca había formado parte del imperio romano, se hizo católica después de una especie de duda y de vacilación durante la época de las guerras religiosas. Desde entonces siguió siendo una de las regiones más intensamente católicas del mundo, porque, como los irlandeses, los polacos fueron violentamente perseguidos por su religión.

Los Países Bajos se habían dividido en dos partes. Las provincias del Norte (que ahora llamamos Holanda) habían logrado su independencia de su primitivo soberano, el rey de España, y, en gran parte como protesta contra el poderío español, se proclamaron oficialmente protestantes. Su gobierno era protestante y el influjo político de Holanda en Europa era protestante; pero es un gran error, aunque muy común, pensar que la población holandesa era protestante en su totalidad. Había una minoría católica muy grande, y hoy, de la población cristiana —esto es, la población que así se ha manifestado— más de las dos quintas partes, aunque un tanto menos de la mitad, es católica.

Las provincias meridionales de los antiguos Países Bajos siguieron perteneciendo firmemente a la cultura católica. Se habían unido a la revuelta contra España, pero cuando los mercaderes del Norte y los ricos terratenientes se hicieron calvinistas para acentuar la lucha contra España, los mercaderes y los ricos de las provincias del Sur reaccionaron fuertemente en el otro sentido. Hoy llamamos Bélgica a esta mitad católica de los Países Bajos, que a mediados del siglo XVII abarcaba una porción de lo que es hoy la región francesa de Flandes; por ejemplo, la gran ciudad de Lila, principal ciudad de Flandes, formaba parte de los católicos y aún españoles Países Bajos.

Los cantones suizos, que gradualmente estaban transformándose en una nación y eran ya en su mayor parte independientes del imperio, estaban divididos: algunos pertenecían a la cultura protestante y otros a la católica — como en nuestros días.

Francia, después de la transacción al terminar las guerras religiosas y la victoria de Richelieu sobre los hugonotes, se hizo oficialmente católica. La monarquía francesa era firmemente católica y la mayor parte de la nación pertenecía a la cultura católica. Pero quedaba una minoría de protestantes, importante en cuanto a su número (no se sabe cuál era, aunque, probablemente, como lo vimos en una página anterior, menos de una séptima parte pero más de la décima parte de la nación) y mucho más importante en riquezas y en posición social que en cuanto a su número. Los protestantes eran también importantes en Francia porque no estaban confinados en una

sola zona, sino que se hallaban en todas partes; por ejemplo, Dieppe, el puerto del Norte, era aún una ciudad muy firmemente protestante. Lo mismo ocurría con La Rochela, el puerto del Atlántico y especialmente con muchas prósperas ciudades del Sur como Montpellier y Nimes. Gran parte de la banca y del comercio de Francia estaba en manos de los protestantes.

Inglaterra y Escocia, en 1650, habían estado bajo un monarca común durante medio siglo y eran ambas oficialmente protestantes. Esta monarquía inglesa escocesa era firmemente protestante y siempre hubo una continua e intensa persecución contra el catolicismo. Pero es otro error común considerar a la nación inglesa en ese momento como enteramente protestante. Lo que en realidad estaba ocurriendo era la muerte muy paulatina del catolicismo. Una tercera parte de la nación tenía aún una vaga simpatía con la antigua religión al comenzar las guerras civiles, y una sexta parte de ella estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios por declararse abiertamente católica. De los oficiales muertos en acción por ambas partes, se estimó que la sexta parte eran admitida y abiertamente católicos. Pero era imposible que el hombre común obtuviera los sacramentos y difícil, aun para los ricos, que podían pagar capillas privadas, multas, etc., asistir a misa y recibir la comunión católica.

Sin embargo, las antiguas raíces del catolicismo eran tan fuertes en Inglaterra, que hubo conversiones de protestantes, especialmente en las clases superiores. Durante cerca de los cuarenta años siguientes pareció como si fuera a subsistir

en Inglaterra una grande y firme minoría de catolicismo, como había ocurrido en Holanda.

Por otra parte, Inglaterra y Escocia no sólo eran oficialmente protestantes, sino que una creciente mayoría había llegado a pensar que el catolicismo era extraño a los intereses del país y una grande y creciente minoría abrigaba el odio más violento hacia el catolicismo que pueda verse en cualquier otra parte de Europa.

Irlanda, por supuesto, siguió católica; el número de protestantes que había en Irlanda, aun después de los trasplantes y de la conquista por Cromwell, no era mayor de la vigésima parte de la población. Pero diecinueve vigésimos del territorio habían sido tomados por la fuerza a los católicos e irlandeses y estaban entonces (1650) en posesión de renegados o de aventureros protestantes de Gran Bretaña, a los cuales los primitivos propietarios de la tierra tenían que pagar arrendamiento o para los cuales tenían que trabajar por salario.

Desde este momento, a mediados del siglo XVII, cuando en todas las otras partes de Europa se había llegado a una transacción en materia de religión, el catolicismo era perseguido en Irlanda del modo más violento, que fué cada vez más violento a medida que pasaba el tiempo. Todo el poder, casi todo el territorio y la mayor parte de la riqueza líquida de Irlanda estaba en manos no sólo de protestantes, sino de gentes decididas a destruir el catolicismo. Desde entonces y por mucho tiempo se iba a hacer con Irlanda como una prueba; era como si la destrucción de la Iglesia católica en Irlanda fuera a ser el triunfo del protestantismo y la declinación de

la Fe. Esa destrucción estuvo a punto de lograrse — pero no se logró por completo.

Tal era el mapa de Europa como lo había dejado la empatada batalla de las guerras religiosas.

Pero, aparte de la división geográfica, el efecto de la larga lucha y particularmente el hecho de que no había sido definitiva, fué más profundo en el aspecto moral que en el geográfico.

Saltaba a la vista que la cultura europea se dividiría en el futuro en dos campos, pero lo que sólo gradualmente entró en el espíritu de Europa fué que, debido a su permanente división, los hombres iban a considerar la religión propiamente dicha como una cosa secundaria. Las consideraciones políticas, la ambición de naciones y de dinastías separadas comenzaron a parecer más importantes que las distintas religiones que profesaban los hombres. Era como si las gentes se dijeran a sí mismas, no abiertamente aunque semiconscientemente: "Ya que esta tremenda lucha no ha tenido resultado, las causas que han llevado al conflicto han sido probablemente exageradas."

En el único aspecto que vale, en el espíritu humano, el efecto de las guerras religiosas y su fin en una lucha empatada fué que la religión en su conjunto quedó debilitada. Fueron cada vez más los hombres que comenzaron a pensar en lo más íntimo: "No puede llegarse a la verdad en estas materias, pero *sabemos* qué es la prosperidad mundanal, qué es la pobreza y qué son el poder y la debilidad políticos. La doctrina religiosa pertenece a un mundo no visto, al que no conocemos

tan perfectamente ni en la misma forma que el nuestro."

Ése fué el primer fruto de que las batallas no fueran ganadas y de que ambos antagonistas hayan consentido virtualmente en retirarse a sus posiciones. Por ambas partes había aún mucho fervor religioso, pero, en un sentido sutil y no confesado, éste se subordinaba cada vez más a motivos mundanales, especialmente al patriotismo y a la codicia.

Entretanto, aunque los hombres durante largo tiempo no lo advirtieron, cierto resultado de este triunfo logrado por el protestantismo, su establecimiento y atrincheramiento contra la religión antigua, estaba obrando bajo la superficie e iba a surgir pronto claramente a la luz.

La cultura protestante, aunque durante casi un siglo más siguió siendo mucho menor numéricamente que la cultura católica, y aun, en general, más pobre, tenía mayor vitalidad. Había comenzado en una revolución religiosa; la vehemencia de esa revolución la creó y la inspiró. Había roto las tradiciones y los lazos antiguos que habían formado la estructura de la sociedad católica durante centenares de años. La trama social de Europa se disolvió en la cultura protestante más completamente que en la católica, y su disolución libertó energías que el catolicismo había contenido, especialmente la energía de la competencia.

Todas las formas de innovación fueron naturalmente más favorecidas en la cultura protestante que en la católica; ambas culturas adelantaron rápidamente en las ciencias físicas, en la

colonización de tierras distantes, en la expansión de Europa en todo el mundo, pero los protestantes fueron más vigorosos en todo que los católicos.

Un ejemplo: en la cultura protestante (menos allí donde era remota y simple), el campesino libre, protegido por costumbres antiguas, decayó. Desapareció porque las viejas costumbres que lo sostenían contra los ricos fueron abandonadas. Los ricos adquirieron la tierra; grandes masas de hombres que anteriormente tenían haciendas fueron desposeídos. Comenzó el proletariado moderno y se sembraron las semillas de lo que hoy llamamos capitalismo. Podemos ver ahora cuán malo era, pero, en aquel tiempo, significaba que la tierra sería mejor cultivada. Se aplicaron métodos nuevos y más científicos por los ricos terratenientes de la nueva cultura protestante más fácilmente que por los campesinos tradicionales católicos, y, al no reprimirse la competencia, triunfaron los primeros.

Asimismo, los estudios tendían a ser más libres en la cultura protestante que en la católica, porque no había una autoridad única en doctrina, y aunque a la larga esto iba a llevar a la disolución de la filosofía y de todo buen pensar, sus primeros efectos fueron estimulantes y vivificantes.

Pero el grande, el principal ejemplo de lo que estaba ocurriendo durante la disolución de la antigua unidad católica europea, fué el surgimiento de la banca.

La usura se practicaba en todas partes, pero en la cultura católica estaba restringida por la ley y se practicaba con dificultad. En la cultura

protestante, se hizo un procedimiento corriente. Los mercaderes protestantes de Holanda abrieron el camino en los comienzos de la banca *moderna;* los siguió Inglaterra y ése fué el motivo por el cual las relativamente pequeñas naciones protestantes comenzaron a adquirir una fuerza económica formidable. Su capital móvil y su crédito siguieron aumentando en comparación con su riqueza total. El espíritu mercantil floreció vigorosamente entre los holandeses y los ingleses, y la admisión universal de la competencia siguió favoreciendo el crecimiento de la parte protestante de Europa.

Todo este aumento del poderío protestante iba poniéndose de manifiesto en el tiempo de la duración de una vida humana, desde la paz de Wesfalia (1648-50 a 1720). No era ya subconsciente sino consciente, y se sintió en todas partes a medida que trascurría el primer tercio del siglo XVIII. Antes de mediados de ese siglo, había un sentimiento general de que a pesar de que el catolicismo mantenía aún los antiguos tronos con todas sus glorias tradicionales y demostraciones de fuerza —la corona imperial, los Estados papales, la monarquía española con sus grandes posesiones de ultramar y la espléndida monarquía francesa—, el futuro pertenecía a los protestantes; el protestantismo, para usar la frase moderna, estaba "triunfando".

Además, del lado protestante había confianza y el lado católico estaba descorazonado. Un último factor que favoreció grandemente la cultura protestante fué que la declinación del sentimiento religioso aumentaba en todas partes después de

1750, y esta declinación de la religión no afectó *en un principio* tanto a la sociedad protestante como afectó a la católica. En la sociedad católica dividió profundamente a los hombres entre sí. El escéptico fué allí el enemigo de su compatriota piadoso. Francia, hasta cierto punto Italia, mucho después España —pero Francia desde temprano en los negocios— estaban divididas contra sí mismas, mientras que en la cultura protestante la diferencia de opiniones y el escepticismo eran lugares comunes. Los hombres las daban por sentadas. Causaron cada vez menos animosidades personales y disensiones civiles.

Esta fuerza interna la mantuvo la cultura protestante hasta los tiempos modernos y sólo ahora ha comenzado a perderla, mediante el efecto gradualmente disolvente de una falsa filosofía.

☆

Hace un poco más de ciento cincuenta años, pero menos de doscientos —digamos entre 1760 y 1770— habría parecido claro a cualquiera que observara de cerca nuestra civilización, que estábamos entrando en un período en el cual la parte anticatólica, de las dos en que se había dividido la Cristiandad, estaba por transformarse en el partido principal. La cultura protestante estaba por lograr la primacía e iba a mantenerla tal vez durante mucho tiempo. En realidad, no sólo mantuvo su posición sino que la mejoró durante largo tiempo, algo como cien años. Luego, pero sólo en nuestros días, declinó.

Los signos externos o políticos de este surgimiento protestante fueron el continuo aumento del poder financiero, militar y naval de ese lado de Europa. El comercio inglés creció rápidamente; los holandeses siguieron mejorando su banca, y, lo cual es más importante que todo, Inglaterra comenzó a apoderarse de la India. En el aspecto militar, los alemanes protestantes constituyeron un nuevo y formidable ejército, el de Prusia, con una fuerte disciplina coronada por la victoria.

Algo que iba a tener grandes consecuencias —la flota británica— se hizo mucho más poderosa que cualquier otra, y bajo su protección, el comercio y el dominio inglés en Oriente se intensificaron continuamente. En tierra, Prusia comenzó a ganar batallas y campañas; estos triunfos de Prusia no fueron continuos; pero fundaron una tradición continua y su Rey-Soldado Federico II fué ciertamente uno de los grandes capitanes de la historia.

Entretanto, la cultura católica declinaba en este mismo terreno político.

Austria, esto es, el poder del emperador católico entre los alemanes, disminuyó en sus fuerzas, lo mismo que el vasto imperio español, que abarcaba en aquella época la mayor parte de la América poblada.

Estos signos materiales exteriores del creciente poderío protestante y el poder decadente de la cultura católica, no fueron sino las consecuencias de un acontecimiento de orden espiritual que estaba produciéndose en su interior. La Fe estaba decayendo.

La cultura protestante no se perturbaba por este creciente escepticismo. La adhesión cada vez menor de los hombres a las antiguas doctrinas

de la Cristiandad no debilitaban la sociedad protestante. Según el estado de espíritu de esa sociedad, todo hombre era libre de juzgar por sí mismo y lo único que repudiaba y no quería tolerar era la autoridad de una religión común.

Una religión común es de la naturaleza de la cultura católica y así fué cómo la decadencia cada vez mayor de la fe hizo allí estragos. Destruyó la autoridad moral de los gobiernos católicos, que estaban estrechamente unidos a la religión, y causó una especie de parálisis de la acción y del pensamiento, como ocurrió en España, o, como ocurrió en Francia, dividió violentamente a los hombres en dos campos, el clerical y el anticlerical.

Sin embargo, aunque nosotros podemos ver qué era lo que ocurría en el siglo XVIII, los hombres de la época no lo pudieron. Inglaterra, mediante su poderío marítimo, había logrado estrangular la India; Prusia se había establecido como una potencia fuerte, pero nadie previó que Inglaterra y Prusia iban a hacer sombra a la Cristiandad. La India iba a producir riquezas y poder para los que iban a explotarla y a establecer, con ella como base, su poderío bancario y su comercio en todo el Oriente. Prusia iba a absorber a los alemanes y a derribar a Europa.

Inglaterra (también por medio de su poderío naval) se había apoderado de la colonia francesa de Canadá, pero en esos días no había nadie que considerara a las colonias como de mucha importancia, excepto como fuentes de riqueza para la madre patria, y el Canadá nunca lo había sido para Francia. Más tarde, cuando Inglaterra perdió sus colonias en la América del Norte y éstas se independizaron, se consideró equivocadamente el hecho como un golpe mortal para el poderío inglés en el mundo entero.

Muy pocos previeron lo que la nueva república de Norte América iba a significar en el futuro; su amplia y rápida expansión en habitantes y en riquezas fortaleció inmensamente la posición de la cultura protestante en el mundo. No fué sino mucho más tarde cuando cierta proporción de inmigrantes católicos modificó en algo su posición, pero aun así los Estados Unidos siguieron siendo, durante su asombroso desarrollo, una sociedad esencialmente protestante.

A fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX se produjeron las guerras revolucionarias y napoleónicas. Éstas aumentaron también la fuerza general del protestantismo y debilitaron aun más la cultura católica. Lo hicieron indirectamente, y sus resultados inmediatos fueron tan apasionantes y afectaron las vidas de los hombres tanto más directamente, que este último y profundo efecto fué muy poco advertido.

Hasta hoy, muy pocos son los historiadores que consideran la derrota de Napoleón en cuanto a las culturas rivales de Europa. La revolución francesa fué un movimiento anticlerical y Napoleón, que fué su heredero, no era un católico creyente ni práctico y no se puede decir de él que haya vuelto a la fe hasta su lecho de muerte. Él tampoco, a pesar de todo su genio, percibió claramente que las diferencias de religión están en la raíz de las diferencias de cultura, pues la generación a que perteneció no concebía ese principio profundo y universal.

Sin embargo, lo cierto es que si Napoleón hubiera triunfado, la cultura preponderante de Europa habría sido católica. Su imperio, familiar y políticamente aliado a la antigua tradición católica de Austria, al dar paz a la Iglesia y al poner fin a los peligros revolucionarios, nos habría dado una Europa unida y estable, y, a pesar de la amplia expansión del racionalismo en las clases más adineradas, Europa toda habría vuelto a su tradición católica.

Napoleón fracasó, sin embargo, y fracasó por haber calculado mal sus probabilidades en la campaña de Rusia.

Después de su fracaso, el proceso de decadencia que tanto duraba en la cultura católica, siguió durante todo el siglo XIX. Inglaterra, como consecuencia de la derrota de Napoleón, pudo extenderse ininterrumpidamente mediante su poderío marítimo, ya no sólo indiscutido sino invencible. No había rival para ella en parte alguna fuera de Europa. El imperio español, que había caído ya muy bajo, se dividió, debido en gran parte a los esfuerzos de Inglaterra, que deseaba un comercio sin obstáculos con la América Central y del Sur. Inglaterra se apoderó de posiciones ventajosas en todo el globo, de las cuales algunas se volvieron comunidades considerables, que primero se llamaron "colonias" pero que ahora se llaman "dominios".

Prusia, debido a la derrota de Napoleón, se transformó en la principal potencia entre los alemanes; se anexó la población católica del Rin y fué la triunfante rival de la casa de Habsburgo-Lorena, del emperador, que se hallaba en Viena. Francia se hundió en incesantes experimentos y

fracasos políticos, en cuyas raíces estaba la profunda división religiosa entre franceses.

No había una Italia unida, y los que hacían esfuerzos por lograrla eran los anticatólicos. Es una de las ironías más divertidas de la historia, que la gran potencia que es ahora Italia, debe en gran parte su existencia a la simpatía que la Europa protestante sentía por las primitivas rebeliones italianas contra el católico rey de Nápoles y la autoridad de los estados pontificios.

Casi un siglo después de la derrota de Napoleón, otro importante grupo de acontecimientos fué arrojado en la balanza contra la cultura católica; la serie de aplastantes victorias logradas por Prusia en campaña, entre 1866 y 1871. En estos cinco años, Prusia destruyó el poder militar de la católica Austria y creó un nuevo imperio alemán en el cual los católicos fueron cuidadosamente aislados de Austria y reducidos a una minoría, con la protestante ciudad de Berlín como centro de gravedad. Prusia derrotó también repentina y completamente al ejército francés, tomó a París y se anexó cuanto quiso del territorio francés.

Este último asunto, la guerra franco prusiana, fué por mucho el más importante de todos y bien pudo ser el fin de la cultura católica en Europa, por medio de la instauración de la república francesa parlamentaria (que fué de mal en peor en cuanto a legislación y a moral), y por socavar la confianza que los franceses tenían en sí mismos. El nuevo régimen de Francia comenzó a arruinar la civilización francesa e hizo que aumentara infinitamente la facción anti-

católica, que logró y mantuvo el poder externo sobre el pueblo francés. Además, como consecuencia de esa guerra, Inglaterra se hizo aun más fuerte en el Oriente; tomó el lugar de Francia como dueña de Egipto, tomó la custodia del canal de Suez (que los franceses habían abierto poco antes de su derrota final) y adquirió Chipre.

Aunque débil y despreciada, Italia estaba entonces ya unida. España y Portugal habían decaído, al parecer, más allá de toda esperanza de resurgimiento, y en momentos en que Francia estaba despedazada por su disputa religiosa y con la peor clase de políticos profesionales en el poder, en que el sol de Austria estaba en su ocaso, en que Prusia se hallaba en pleno surgimiento, en que Estados Unidos, que estaba reponiéndose de su guerra civil, más poderosa y coherente que nunca —y que estaba transformándose rápidamente en la potencia más rica del mundo, con una población que crecía con no menor rapidez— parecía evidente que la cultura católica iba a ser vencida y desalojada del terreno. La cultura protestante se había vuelto la rectora manifiesta de la civilización blanca.

Esto no sólo aparecía en el campo político sino también en el económico. Las nuevas maquinarias, que transformaban la vida en todas partes, los nuevos y rápidos medios de comunicación y de transporte de ideas, mercaderías y hombres, eran principalmente producto de la cultura protestante. Las naciones de cultura católica no hacían sino copiar a las naciones protestantes en esta materia.

Así ocurría también con las instituciones; la institución británica del parlamento, nacida y

conservada en condiciones aristocráticas por una clase gobernante, fué imitada en todas partes. Era absolutamente inapropiada para las sociedades que tenían un fuerte sentido de la igualdad humana, pero tanto era el prestigio de Inglaterra, que los hombres copiaron las instituciones inglesas en todos sus aspectos.

Entretanto, lo que puede llamarse propiamente el termómetro de la suerte de la cultura católica, Irlanda, parecía dar señales de la ruina definitiva de dicha cultura. La población irlandesa, desposeída desde hacía mucho de su tierra, había sido reducida a la mitad por el hambre; la riqueza de la católica Irlanda decayó tan rápidamente como aumentaba la de Inglaterra, y nadie que tuviera alguna importancia creía posible que Irlanda, después de sus terribles experiencias en el siglo XIX, pudiera resucitar de esa muerte.

El Papa había sido despojado de sus rentas por la desposesión de sus Estados, y estaba entonces como prisionero en el Vaticano, mientras que todo el espíritu del nuevo gobierno italiano, su amo aparente, era cada vez más opuesto a la religión. El sistema educacional de Europa se divorció cada vez más de la religión, y, en los grandes países católicos se desintegró o cayó por completo en manos anticatólicas.

☆

Es muy difícil decir cuándo cambia la corriente en los grandes procesos de la historia. Pero puede aplicarse con criterio una regla: el cambio de la corriente se produce antes que los hombres que se dejan guiar por los fenómenos

superficiales lo adviertan. Todo gran sistema —el activamente centralizado imperio romano de Occidente, el imperio español, el período del gobierno turco en Oriente, el período de las monarquías absolutas de la Europa occidental— comenzaron en realidad a desintegrarse mucho antes de que el observador externo pudiera observar cambio alguno. Por ejemplo, aun en 1630, se hablaba y se pensaba acerca del poderío español como del mayor del mundo; sin embargo, había recibido su golpe mortal en Holanda casi un siglo antes, y, después de Rocroi (1643) estaba desangrándose hasta morir.

Así fué y sigue siendo con la hegemonía protestante sobre nuestra cultura, con la dirección protestante y anticatólica de la civilización blanca. La corriente ha cambiado. Pero ¿cuál fué el momento del cambio? ¿Cuándo fué el repunte de la marea?

Es difícil fijar fecha en estas cosas, pero la regla universal es que, al dudarse entre dos fechas, debe preferirse la primera a la última.

Muchos consideran los años 1899-1901 —la nefasta guerra de los Boers—, como punto de partida. Algunos lo sitúan después. Por mi parte, lo establecería alrededor de los años 1885-1887. Me parece que un observador universal, no influído por el sentimiento patriótico, fijaría ese período —el año 1890 como muy tarde— como punto de flexión de la curva. Las potencias protestantes eran aparentemente más fuertes que nunca, pero estaba suscitándose una reacción, que en la generación siguiente iba a manifestarse.

Cualesquiera sean las causas y cualquiera la fecha precisa a fijarse (con seguridad en algún momento entre 1885 y 1904), la corriente estaba variando. No era un cambio hacia el restablecimiento de la cultura católica como directora de Europa, concretado en el restablecimiento de la Iglesia católica como espíritu universal de esa cultura, pero las ideas y todo lo que había hecho todopoderosa la cultura opuesta estaban declinando. Esta declinación moderna de la hegemonía protestante y su sucesión por otra nueva amenaza —y una nueva reacción católica contra esa amenaza— las describiré ahora.

☆

Cualquiera sea la fecha que asignemos a la culminación del poderío de la cultura protestante, aunque digamos que su decadencia estaba comenzando ya en 1890 o que no puede advertirse antes de 1904 [1], no hay duda que después de esa fecha —en otras palabras, en los primeros años del siglo XX— la supremacía de la cultura protestante estaba carcomida.

Las diversas herejías protestantes en que se había fundado y el espíritu general de todas esas herejías combinadas, estaba decayendo; por lo tanto su fruto, la hegemonía protestante en Europa y en el mundo blanco, también decaía. El protestantismo se veía estrangulado en su misma raíz, en su raíz espiritual; los frutos materiales de ese árbol comenzaron, por lo tanto, a marchitarse.

1 1904 fué el año del cambio diplomático por el cual Inglaterra suspendió su larga alianza con la protestante Prusia, y comenzó, con muchos recelos y a regañadientes, a apoyar a Francia.

Al estudiar en detalle el proceso de esta disimulada decadencia de la supremacía de la cultura protestante, hallamos dos grupos de causas. La primera, y, al parecer, la menos importante (aunque la posteridad habrá de descubrir que fué de gran importancia) fué un cierto renacimiento de la confianza en *una parte* (pero sólo en una parte) de las naciones que derivaban de la cultura católica, y, al mismo tiempo, un renacimiento de la vitalidad en la enseñanza católica.

Políticamente no había reacción contra el antiguo poderío de la cultura protestante; más bien ocurría lo contrario. Irlanda seguía decayendo en población y en riquezas, y estaba más sujeta que nunca a una potencia protestante. Polonia parecía no poder ya esperar un resurgimiento. Las divisiones dentro de la propia cultura católica se tornaban peores que nunca. En Francia (la piedra básica de todo), la disputa entre la Iglesia y sus enemigos era evidente y evidente también parecía la victoria de esos enemigos. La religión estaba desapareciendo de las escuelas elementales. Grandes comarcas campesinas estaban perdiendo su fe ancestral y con la decadencia de la religión se originó una decadencia del gusto en la arquitectura y en todas las artes, y peor aun en las letras. La antigua lucidez de pensamiento francesa comenzó a hacerse confusa. No había resurgimiento en España; e Italia, con un poder parlamentario anticlerical y masónico y las disputas entre las diversas regiones, era otra provincia más de cultura católica que estaba debilitándose.

Pero estaba apareciendo ya algún renacimiento de la religión en las clases más ricas de todas las naciones de cultura católica.

Esto podrá no significar mucho, pues las clases más ricas constituyen una pequeña minoría, pero influyeron en las universidades y por lo tanto en la literatura y la filosofía de su generación. Allí donde medio siglo antes cualquiera habría dicho que el catolicismo no podía volver a aparecer en la Universidad de París, hubo señales manifiestas de que estaba tomándoselo muy en serio. En todo esto desempeñó un papel principal ese gran Papa que fué León XIII, secundado por el que iba a ser más adelante el cardenal Mercier. Santo Tomás de Aquino fué rehabilitado y la Universidad de Lovaina se transformó en un foco de energía intelectual que irradiaba a toda Europa occidental.

Esto era sin embargo, lo repito, de menor significación que el decaimiento de la cultura protestante por dentro. La cultura católica seguía dividida; no había señales de que volviera al gran papel que había desempeñado en el pasado, y, aunque las semillas de los resurgimientos irlandés y polaco habían sido sembradas (las primeras por su muy importante recuperación de la tierra por los tenaces campesinos irlandeses), nadie hubiera podido predecir —como en realidad casi nadie puede aún advertir— el robustecimiento de la cultura católica en su totalidad en toda nuestra civilización.

Había grandes conversiones, como siempre hubo; había, lo que es más importante, grupos enteros de hombres muy eminentes, como Brunetière en Francia, que tenían cada vez menos simpatía por el anticuado ateísmo y agnosticismo, y que, sin declararse católicos, simpatizaban clara-

mente con el lado católico. Pero éstos no influyeron en la corriente principal; lo que realmente hizo el cambio fué la gran debilidad interna de la cultura protestante como opuesta a la católica. Fué esta decadencia del adversario de la Iglesia lo que comenzó a transformar Europa y a preparar a los hombres para otro gran cambio más, al que llamaré (por darle nombre y poder estudiarlo luego) "la fase moderna".

La cultura protestante decayó desde dentro por varias causas, todas probablemente relacionadas entre sí, aunque es difícil trazar esa conexión, todas probablemente procedentes de lo que los físicos llaman el estado "autotóxico" de la cultura protestante. Decimos que un organismo se ha vuelto "autotóxico" cuando está comenzando a envenenarse a sí mismo, cuando pierde vigor en sus procesos vitales y acumula secreciones que disminuyen continuamente sus energías. Algo por el estilo le ocurría a la cultura protestante a fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Ésta era la causa general de la decadencia protestante, pero su acción era vaga y difícil de advertir; acerca de las causas *particulares* de esa decadencia podemos ser más concretos y estar más seguros.

Para comenzar, la base espiritual del protestantismo se hizo pedazos con el fracaso de la Biblia como autoridad suprema. Este fracaso fué resultado de ese mismo espíritu de investigación escéptica en el cual se había basado siempre el protestantismo. Había comenzado por decir. "Niego la autoridad de la Iglesia; todo hombre debe examinar por sí la credibilidad de todas las doc-

trinas". Pero había adoptado como puntal (bastante ilógicamente, por cierto) la doctrina católica de inspiración de las Escrituras. Ese gran caudal de leyenda, de poesía, historia tradicional popular y sabiduría proverbial judías al que llamamos Antiguo Testamento, ese cuerpo de historia de la Iglesia primitiva al que llamamos Nuevo Testamento, habían sido declarados por la Iglesia católica de inspiración divina. El protestantismo (como todos sabemos), volvió esta misma doctrina de la Iglesia contra la propia Iglesia y apeló a la Biblia contra la autoridad católica.

De aquí que la Biblia —Antiguo y Nuevo Testamentos combinados— se transformó en un objeto de culto en sí en toda la cultura protestante. Mucha duda y hasta paganismo flotaban a su alrededor antes de fines del siglo XIX en las naciones de cultura protestante, pero la masa de sus poblaciones, tanto en Alemania como en Inglaterra y Escandinavia y seguramente en los Estados Unidos, se aferraba a la interpretación literal de la Biblia.

Ahora bien, la investigación histórica, la investigación en las ciencias físicas y la investigación en la crítica de textos modificaron esta actitud. La cultura protestante comenzó a irse al otro extremo; de haber tributado culto al texto mismo de la Biblia como a algo inmutable y a la clara voz de Dios, pasó a dudar de casi todo cuanto la Biblia contiene.

Discutió la autenticidad de los cuatro Evangelios, particularmente la de los dos escritos por testigos presenciales de la vida de Nuestro Señor y más especialmente del de san Juan, el primer testigo de la Encarnación.

Llegó a negar el valor histórico de casi todo lo del Antiguo Testamento anterior al destierro a Babilonia; negó, por supuesto, los milagros en su totalidad y todas las profecías.

El hecho de que un documento contuviera una profecía se consideraba probatorio de que debía haber sido escrito *después* de ocurrido el acontecimiento anunciado. Todos los textos inconvenientes fueron calificados de interpolaciones. Por último, cuando este espíritu (que no era sino el producto del protestantismo) acabó con la Biblia —el fundamento mismo del protestantismo — nada dejó del protestantismo sino un montón de ruinas.

También hay otro ejemplo de cómo el espíritu del protestantismo estaba destruyendo sus fundamentos, pero en diferente terreno, el de la economía social.

El protestantismo había producido la libre competencia, que permite la usura y destruye la antigua salvaguardia de la pequeña propiedad humana, la corporación y las asociaciones en los pueblos.

En la mayor parte de los puntos en que era poderoso (y especialmente en Inglaterra) el protestantismo había destruído la clase campesina. Había producido el industrialismo moderno en su forma capitalista; había producido la banca moderna, que, por último, se transformó en el amo de la comunidad; pero no mucho más de medio siglo de experiencia de capitalismo industrial y del usurario poder de los bancos bastó para mostrar que ni lo uno ni lo otro podían seguir. Habían engendrado grandes males sociales que fueron

empeorando hasta que los hombres, sin apreciar conscientemente la causa última de estos males (causa que es, por supuesto, espiritual y religiosa), advirtieron por lo menos que estos males eran intolerables.

Pero la reciente riqueza y el poder de la cultura protestante se habían basado en estas mismas instituciones que ahora se veían amenazadas.

El capitalismo industrial y el usurario poderío de la banca eran la fuerza misma de la civilización protestante del siglo XIX. Habían triunfado particularmente en la Inglaterra victoriana. Son, en el momento en que escribo estas palabras, aun muy poderosos en la superficie, aunque todos nosotros sabemos que les ha llegado su hora. Se han podrido desde adentro y con ellos la hegemonía protestante, que tan poderosamente apoyaron en las generaciones que nos precedieron inmediatamente.

Hubo otra causa más del debilitamiento y declinación de la cultura protestante: sus diversas partes tendían a disputar entre sí. Eso era lo que podía esperarse de un sistema basado totalmente en la competencia y en el halago del orgullo humano. Las diversas sociedades protestantes, particularmente la británica y la prusiana, estaban cada una de ellas convencidas de su superioridad completa. Pero no puede haber dos o más razas superiores. Esta forma de culto de sí mismo llevó al conflicto entre los dos autoadoradores. Podrán unirse todos para despreciar la cultura católica, pero no conservar la unidad entre ellos mismos.

Todo esto lo empeoró una inherente falta de plan. Después de comenzar por exagerar el poder

de la razón humana, la cultura protestante estaba terminando por abandonar la razón humana. Se jactaba de depender del instinto y hasta de su buena suerte. En labios de los ingleses protestantes no había frase más común que: "No somos una nación lógica". Cada grupo protestante era "el país de Dios" —el favorito de Dios— y se proponía triunfar de un modo u otro, sin tomarse la molestia de proyectar un propio plan de conducta.

Nada puede concebirse que sea más fatal a la larga para un individuo o para una gran sociedad, que esta dependencia ciega de una buena suerte asegurada y de una igualmente ciega negligencia de procesos racionales. Abre el camino a toda clase de extravagancias, materiales y espirituales, a concepciones de dominio universal, a un poder mundial y demás, que, en sus efectos, son venenos mortales.

Todas estas cosas combinadas llevaron a la gran crisis que fechamos manifiestamente en 1914, aunque su comienzo fué, por lo menos, tres años antes, porque fué tres años antes del estallido de la guerra mundial cuando las naciones comenzaron a prepararse para el conflicto.

En la gran guerra, por supuesto, todo el antiguo estado de cosas se derrumbó con estrépito. Cuanto subsistió de lo que habían sido las instituciones de la hegemonía protestante —el dominio por los bancos, el ejercicio de la usura general por empréstitos internacionales, el sistema industrial enteramente competitivo, la explotación ilimitada de un gran proletariado por una pequeña clase capitalista— sólo sobrevivió en forma precaria, mantenido por toda clase de inventos, y

aun así, en sólo unas pocas sociedades. En la masa de nuestra civilización estas cosas desaparecieron rápidamente. La principal institución política que había desaparecido con ellas —los parlamentos, integrados por políticos profesionales y que se llamaban a sí mismos "representativos"— cayeron por la misma pendiente. Nuestra civilización comenzó a entrar en un período de experimentos políticos, incluso despotismos, experimentos de los que cada uno podrá ser y probablemente será efímero pero que constituyen todos, de cualquier modo, una violenta ruptura con el pasado inmediato.

El viejo mundo blanco, en el que una cultura católica, dividida y perturbada, se vió eclipsada por una triunfante y poderosa cultura protestante, ya no existía.

Pero debe observarse que esta crisis de ese viejo espíritu anticatólico, la cultura protestante, no da muestras de ser seguida por una hegemonía de la cultura católica. No hay señal hasta ahora de una reacción hacia la dominación de las ideas católicas, la plena restauración de la Fe, lo único con que pueden salvarse Europa y nuestra civilización.

Casi siempre ocurre que cuando se elimina un mal, se encuentra uno frente a otro hasta entonces insospechado, y así ocurre con la crisis de la hegemonía protestante. Estamos entrando en una nueva fase, "la fase moderna", como la he llamado, en la cual problemas muy diversos se plantean a la Iglesia Eterna y en que un enemigo muy diferente amenazará su existencia y la salvación del mundo, que de ella depende. Trataré ahora de analizar qué es esa fase moderna.

LA FASE MODERNA

NOS acercamos ahora al más grande de todos los momentos.

La Fe está ahora en presencia, no de una herejía particular como en el pasado —la arriana, la maniqueísta, la albigense, la mahometana —, ni tampoco está en presencia de una especie de herejía generalizada, como cuando tuvo que hacer frente a la revolución protestante de hace unos trescientos o cuatrocientos años. El enemigo que la Fe tiene que enfrentar ahora, y que puede llamarse "el ataque moderno", es un asalto en masa contra los fundamentos de la Fe, contra la existencia misma de la Fe. Y el enemigo que ahora avanza contra nosotros está cada vez más consciente del hecho de que no puede haber cuestión de neutralidad. Las fuerzas actualmente opuestas a la Fe se proponen *destruir*. La batalla se libra en adelante en una línea definida de ruptura, y resultará en la supervivencia o la destrucción de la Iglesia católica. Y de *toda* su filosofía, no de una parte de ella.

Sabemos, por supuesto, que la Iglesia católica no puede ser destruída. Pero lo que no sabe-

mos es la extensión de la zona en la cual sobrevivirá; su poder de resurgimiento ni el poder del enemigo de hundirla cada vez más hasta sus últimas defensas, hasta que pueda parecer que ha llegado el Anticristo y que está por producirse la decisión final. Tal es la importancia de la lucha ante la cual se ve el mundo.

A muchos que no tienen simpatía por el catolicismo, que han heredado la vieja animosidad protestante hacia la Iglesia (aunque el protestantismo doctrinario está ya muerto) y que opinan que cualquier ataque contra la Iglesia tiene que ser de un modo u otro bienvenido, la lucha les parece ya un futuro o presente ataque contra lo que ellos llaman "Cristianismo".

Por todas partes se oye a gentes que dicen que el movimiento bolchevique (por ejemplo) es "definidamente anticristiano" —"opuesto a toda forma de cristianismo" y que debe ser "resistido por todos los cristianos, sea cual fuere la Iglesia particular a que puedan pertenecer", etc.

Hablar y escribir en esta forma es inútil, porque nada definido significa. No existe tal religión del "cristianismo", nunca ha habido tal religión.

Siempre han existido y existen por un lado la Iglesia, y por otro varias herejías procedentes del rechazo de algunas doctrinas de la Iglesia por hombres que, sin embargo, desean conservar el resto de sus enseñanzas y de su moral. Pero nunca ha habido, ni podrá haber, ni habrá una religión general cristiana profesada por hombres que acepten algunas doctrinas importantes y centrales, y que convengan en diferir sobre las demás. Siempre han existido, desde un comienzo,

y siempre existirán la Iglesia y diversas herejías destinadas a decaer, o, como el mahometismo, a formar una religión separada. De un cristianismo común nunca ha habido ni podrá existir definición alguna, pues nunca ha existido.

No hay doctrina esencial alguna de naturaleza tal que podamos aceptarla, y al mismo tiempo estar de acuerdo en diferir en el resto, como por ejemplo, aceptar la inmortalidad pero negar la Trinidad. Un hombre querrá llamarse cristiano aunque niegue la unidad de la Iglesia cristiana; querrá llamarse cristiano aunque niegue la presencia de Jesucristo en el Santo Sacramento; se denominará confiadamente cristiano aunque niegue la Encarnación.

No; la lucha es entre la Iglesia y la contraiglesia —la Iglesia de Dios y la del antidiós—, la Iglesia de Cristo y la del Anticristo.

La verdad se está volviendo cada día tanto más evidente que dentro de unos pocos años será universalmente admitida. No llamo al ataque moderno Anticristo —aunque en lo más profundo creo que es la designación que verdaderamente le corresponde—, no, no le doy ese nombre porque parecería por el momento exagerado. Pero el nombre no importa. Lo llamemos "el ataque moderno" o "el Anticristo", es todo uno; se ha llegado ya a un claro conflicto entre la conservación de la moral, la tradición y la autoridad católicas por una parte y el activo esfuerzo para destruirlas, por otra. El ataque moderno no nos tolerará. Tratará de destruirnos. Tampoco *nosotros* podemos tolerarlo *a él*. Tenemos que intentar destruirlo, por ser el plenamente pertrechado y ardiente

enemigo de la Verdad por la cual los hombres viven. El duelo es a muerte.

Los hombres llaman a veces al ataque moderno "una vuelta al paganismo". Esta definición es cierta si concebimos por paganismo una negación de la verdad católica; si concebimos por paganismo una negación de la Encarnación, de la inmortalidad humana, de la unidad y personalidad de Dios, de la responsabilidad directa del hombre ante Dios y todo ese conjunto de pensamientos, sentimientos, doctrinas y cultura que se resume en la palabra "católico"; entonces, en ese sentido, el ataque moderno *es* una vuelta al paganismo.

Pero hay más de un paganismo. Hubo un paganismo del cual venimos todos, el noble y civilizado paganismo de Grecia y de Roma. Hubo el bárbaro paganismo de las tribus salvajes exteriores, germanas, eslavas y demás. Hubo el degradado paganismo de Africa, el extraño y desesperante paganismo de Asia. Ahora bien, ya que desde todos estos se ha considerado posible atraer los hombres hacia la Iglesia universal, todo nuevo paganismo que rechace a la Iglesia ya conocida sería ciertamente bastante diferente de los paganismos a los cuales la Iglesia era o es desconocida.

Un hombre que se dirija cuesta arriba podrá estar al mismo nivel de otro hombre que se dirija cuesta abajo, pero ambos se hallan frente a caminos diferentes y tienen destinos diferentes. Nuestro mundo, saliendo del antiguo paganismo de Grecia y Roma hacia la consumación de la Cristiandad y de una civilización católica de la que derivamos todos, es la negación misma del

mundo que abandona la luz de su religión ancestral y se desliza de vuelta hacia la sombra.

Así las cosas, examinemos el ataque moderno —el avance anticristiano— y distingamos su naturaleza especial.

Vemos, al comenzar, que es a la vez materialista y supersticioso.

Hay una contradicción racional, pero la fase moderna, el avance anticristiano, ha abandonado la razón. Le preocupa la destrucción de la Iglesia católica y de la civilización que de ella procede. No le molestan las aparentes contradicciones en su propio interior, mientras que la alianza general sea para terminar con todo aquello por lo cual hemos vivido hasta ahora. El ataque moderno es materialista porque en su filosofía sólo considera causas materiales. Su superstición sólo es un subproducto de este estado de ánimo. Abriga en su superficie las estúpidas extravagancias del espiritualismo, el vulgar absurdo de la "ciencia cristiana" y sabe Dios cuántas fantasías más. Pero estos disparates han nacido, no de un hambre de religión, sino de la misma raíz que ha hecho materialista al mundo, de una incapacidad de comprender la verdad primaria de que la fe está en la raíz del conocimiento; de pensar que ninguna verdad puede probarse sino por medio de la experiencia directa.

Así, el espiritualista se vanagloria de sus manifestaciones demostrables y sus diversos rivales, de sus pruebas claras y directas, pero todos convienen en que debe negarse la Revelación. Bien ha sido observado que nada es más impresionante que la forma en que todas las modernas prác-

ticas cuasireligiosas convienen en *esto,* que debe negarse la Revelación.

Afirmamos, pues, que el nuevo avance contra la Iglesia —que, tal vez, demuestre ser el avance final contra la Iglesia; que, en todo caso, es el único enemigo moderno de consideración— es fundamentalmente materialista. Es materialista en su concepción de la historia y ante todo en todos sus proyectos de reforma social.

Aunque atea, es característica de la amenazante ola su repudio de la razón humana. Tal actitud parecería nuevamente una contradicción en los términos, pues si se niega el valor de la razón humana, si se dice que no podemos mediante nuestra razón llegar a verdad alguna, entonces ni siquiera la afirmación formulada puede ser verdad. Nada puede ser cierto y nada vale la pena de decirse. Pero este gran ataque moderno (que es más que una herejía) es indiferente a la propia contradicción. Sólo afirma. Avanza, como un animal, contando sólo con la fuerza. Por cierto, puede observarse de paso que esto bien podría ser la causa de su derrota definitiva, pues hasta ahora la razón ha vencido siempre a sus adversarios, y mediante la razón es el hombre el amo de la bestia.

De todos modos, he aquí el ataque moderno en su principal carácter, materialista y ateo, y, por ateo, necesariamente indiferente a la verdad. Porque la verdad es Dios.

Pero hay (como lo descubrieron los más grandes entre los antiguos griegos) cierta Trinidad indisoluble de la Verdad, la Belleza y la Bondad. No puede negarse ni atacarse a una de las

tres sin negar o atacar al mismo tiempo a las otras dos. Por lo tanto, con el avance de este nuevo y terrible enemigo contra la Fe y toda esa civilización que la Fe produce, está surgiendo no sólo un desprecio de la belleza sino un odio a ella, y a éste sigue inmediatamente un desprecio y un odio por la virtud.

Los mejores de los engañados, los menos depravados de los que se pasaron al enemigo, hablan vagamente de "un reajuste, un nuevo mundo, un nuevo orden"; pero no empiezan por hablarnos, como deberían hacerlo según la razón común, de los principios sobre los cuales debería erigirse este nuevo orden. No definen el objeto que tienen en vista.

El comunismo (que sólo es una manifestación, probablemente pasajera, del ataque moderno) profesa tener por objeto algo bueno, a saber, la abolición de la pobreza. Pero no nos dice por qué esto sería un bien; no admite que su plan sea también destruir otras cosas que en el consenso común humano son también buenas, la familia, la propiedad (que es la garantía de la libertad y de la dignidad individuales), el buen humor, la clemencia y todas las formas de lo que consideramos buen vivir.

Ahora bien, désele el nombre que se quiera, llámesele como lo hago yo aquí "el ataque moderno", o, como creo que pronto tendrán que llamarlo los hombres, "Anticristo", o llámesele por designación temporariamente tomada en préstamo de "bolcheviquismo" (que sólo es la traducción rusa de "maximalismo") *la cosa* la conocemos bastante bien. *No* es la revuelta de los oprimidos, *no* es la sublevación del proletariado con-

tra la injusticia y la crueldad capitalistas; es algo de fuera, algún espíritu maligno que saca ventaja de la miseria de los hombres y de su cólera por las situaciones injustas.

Ahora, *eso* está a nuestras puertas. Es, por supuesto, el fruto último de la primitiva crisis de la Cristiandad cuando la Reforma. Comenzó con la negación de una autoridad central, terminó por decirle al hombre que se basta a sí mismo y ha erigido en todas partes grandes ídolos para que se los adore como a dioses.

No es sólo en el lado comunista donde aparece; surge también en las organizaciones opuestas al comunismo, en la razas y en las naciones en que la mera fuerza se ha instalado en el lugar de Dios.

Éstos también levantan ídolos ante los cuales se realizan grandes sacrificios humanos. Éstos también niegan la justicia y el recto orden de cosas.

☆

Tal es la naturaleza de la batalla que está librándose — y ante estos enemigos la posición de la Iglesia católica parece por cierto débil.

Pero hay ciertas fuerzas en su favor que podrán llevar, después de todo, a una reacción, de donde el poder de la Iglesia sobre la humanidad podrá resurgir.

Consideraré, en mis próximas páginas, cuáles pueden ser los resultados inmediatos de esta nueva y grande idolatría, y en las páginas siguientes, concretaré el principal de todos los problemas. Es éste: si las cosas se presentarán

en forma tal que la Iglesia se torne una fortaleza aislada que se defienda en condiciones desiguales, un arca en medio de una corriente arrolladora, que aunque no hunda a la nave, cubra y destruya todo lo demás, o si la Iglesia será tal vez restaurada en algo de su antiguo poder.

El ataque moderno contra la Iglesia católica, el más universal que ésta haya sufrido desde su fundación, ha progresado tanto que ha producido ya formas sociales, intelectuales y morales, que, combinadas, le dan el sabor de una religión.

Aunque este ataque moderno, como lo he dicho, no es una herejía en el antiguo sentido de la palabra, ni una síntesis de herejía con un odio común de la Fe (como fué el movimiento protestante), es aun más profundo y sus consecuencias son más devastadoras que cualquiera de aquéllas. Es esencialmente ateo, aun cuando no predica abiertamente el ateísmo. Considera al hombre como capaz de bastarse a sí mismo, a la oración, como una mera auto sugestión y —punto fundamental— a Dios como un mero producto de la imaginación, una imagen del ser humano propagada por el hombre en el universo, un fantasma y no una realidad.

Entre sus muchos juiciosos pronunciamientos, el Papa reinante formuló una afirmación, cuya profunda substancia produjo honda impresión al ser pronunciada y que ha sido poderosamente confirmada por los acontecimientos producidos desde entonces. Dijo que mientras que la negación de Dios se había reducido en el pasado a un número relativamente pequeño de intelectuales, *esa negación ha llegado a las multitudes y está actuando en todas partes como fuerza social.*

Éste es el enemigo moderno; ésta es la marea creciente, la más grande y la que podrá ser la última de las luchas entre la Iglesia y el mundo. Tenemos que juzgarla principalmente por sus frutos, y estos frutos, aunque no maduros aún, son ya manifiestos. ¿Cuáles son esos frutos?

En primer lugar, estamos presenciando una resurrección de la esclavitud, resultado necesario de la negación del libre albedrío, cuando esta negación va un paso más allá que Calvino y niega responsabilidad ante Dios, así como afirma la falta de poder en el hombre. Las dos formas de esclavitud que están apareciendo y que serán con el tiempo más y más maduras bajo el efecto del ataque moderno contra la Fe, son la esclavitud bajo el Estado y la esclavitud bajo empresas e individuos privados.

Hoy se utilizan los términos en forma tan vaga, hay una parálisis tal del poder de definir, que casi toda afirmación que contenga frases corrientes puede ser mal interpretada. Si yo fuera a decir "esclavitud bajo el capitalismo", la palabra "capitalismo" significaría cosas diferentes para hombres diferentes. Para un grupo de escritores significa (confieso que para mí significa lo mismo cuando lo uso) "la explotación de masas de hombres todavía libres por unos pocos poseedores de los medios de producción, transporte y cambio". Cuando las masas humanas están desposeídas —no poseen nada— llegan a depender totalmente de los poseedores, y cuando estos poseedores están en competencia activa para bajar el costo de producción, la masa de hombres a la que explotan, no sólo carece del poder de ordenar

sus propias vidas, sino que padecen necesidad e inseguridad.

Pero para otro hombre, el término "capitalismo" podrá significar simplemente el derecho a la propiedad privada; para otro significará el capitalismo industrial que trabaja con máquinas y que se opone a la producción agrícola. Repito, para lograr algún sentido en el comentario, necesitamos que nuestros términos estén claramente definidos.

Cuando el Papa reinante, en su encíclica, habla de hombres reducidos "a una condición no muy lejana de la esclavitud", piensa exactamente lo que ha sido dicho más arriba. Cuando el conjunto de familias de un Estado carece de propiedad, entonces los que una vez fueron ciudadanos se transforman virtualmente en esclavos. Cuantas más medidas adopte el Estado para afirmar las condiciones de seguridad y de eficacia, cuanto más reglamente los salarios, establezca seguros obligatorios, medidas de sanidad, de educación, y, en general disponga de las vidas de los asalariados en beneficio de las compañías y de los hombres que emplean a estos asalariados, tanto más se acentúa esta condición de semiesclavitud. Y si ésta prosigue por tres generaciones, digamos, quedará tan firmemente establecida como costumbre social y modo de pensar que no habrá salvación en los países donde un socialismo de Estado de esta clase haya sido elaborado y unido al cuerpo político.

En Europa, particularmente Inglaterra (aunque otros muchos países en menor grado) han adoptado ese sistema. A un hombre cuyos in-

gresos sean inferiores a cierto nivel, se le asegura apenas la subsistencia en caso de que no tenga trabajo. Esto se lo dan de limosna funcionarios públicos a expensas de la pérdida de su dignidad humana. Se examinan todas las circunstancias de su vida de familia, se le pone aun más en manos de estos oficiales cuando no tiene trabajo, que en manos de su empleador cuando lo tiene. Todo esto está aún en transición: la gran masa de hombres no ve aún hacia qué fin está tendiendo, pero el desprecio por la dignidad humana, la negación potencial si no real de la doctrina del libre albedrío, ha llevado por consecuencia natural a lo que ya son instituciones semiserviles. Éstas se transformarán en instituciones completamente serviles a medida que transcurra el tiempo.

Ahora bien, contra el mal de la esclavitud por el salario se ha propuesto desde hace mucho y está obrando intensamente, y en función real, cierto remedio. El nombre más breve que tiene es comunismo y ésta es la segunda forma de esclavitud: la esclavitud bajo el Estado, mucho más adelantada y completa que la primera forma, la esclavitud bajo el capitalista.

De la moderna "esclavitud por el salario" sólo puede hablarse por metáfora; el hombre que trabaja por un salario no es completamente libre como el que tiene propiedad; tiene que obrar como lo exige su amo, y cuando esta situación no es de una minoría ni de una mayoría reducida siquiera sino virtualmente de toda la población, excepto una clase capitalista relativamente pequeña, disminuye — aun cuando legalmente existe. El

empleado no ha caído aún en la condición de esclavo ni en las comunidades más intensamente industrializadas. Su estado legal es todavía el de ciudadano. En teoría, es aún un hombre libre que ha contratado con otro hombre libre el realizar cierta cantidad de trabajo mediante cierta cantidad de dinero. Él hombre que se compromete a pagar podrá o no sacar beneficio de ello; el hombre que se compromete a trabajar podrá o no recibir en salario más del valor de lo que produce. Pero ambos son técnicamente libres.

La primera forma del mal social producida por el espíritu moderno es más bien una tendencia a la esclavitud que una verdadera esclavitud; puede llamarse, si se quiere, semiesclavitud, cuando se vincula a vastas empresas — grandes fábricas, compañías de monopolios, etc. Pero no es aún la esclavitud completa.

Ahora bien, el comunismo es la esclavitud completa. Es el enemigo moderno que obra abiertamente, sin disfraz y con toda actividad. El comunismo niega a Dios, niega la dignidad y por lo tanto la libertad del alma humana y esclaviza abiertamente a los hombres bajo lo que llama el "Estado" — que en la práctica es un grupo de funcionarios privilegiados.

Bajo el comunismo completo no habría desocupación, como no hay desocupación en un presidio. Bajo el comunismo completo no habría desamparo ni pobreza, salvo allí donde los amos de la nación resolvieran que la gente muriera de hambre o darles ropas insuficientes u oprimirla en alguna otra forma. El comunismo ejercido honradamente por funcionarios desprovistos de debilidades humanas y dedicados exclusivamente al bien de

sus esclavos ofrecería ciertas ventajas materiales evidentes, comparado con un sistema de proletariado asalariado donde millones de hombres viven medio muertos de hambre y muchos millones más en un terror continuo de correr la misma suerte. Pero aun así administrado, el comunismo sólo produciría sus beneficios mediante la imposición de la esclavitud.

Éstos son los primeros frutos del ataque moderno en el aspecto social, los primeros frutos que aparecen en la zona de la estructura social. Antes de fundarse la Iglesia, salimos de un sistema social pagano en el cual la esclavitud estaba en todas partes, en el que toda la estructura de la sociedad reposaba en la institución de la esclavitud. Con la pérdida de la Fe, volvemos de nuevo a esa institución.

A más del fruto social del ataque moderno contra la Iglesia católica, está el fruto moral, que abarca, por supuesto, toda la naturaleza moral del hombre. Y en todo este terreno, su obra ha sido hasta ahora carcomer toda forma de contención impuesta por la experiencia humana a través de la tradición.

Digo "hasta ahora", porque en muchos aspectos de la moral esta rápida disolución de los vínculos tiene que llevar a una reacción; la sociedad humana no puede coexistir con la anarquía; surgirán nuevas contenciones y costumbres nuevas. Así, pues, los que señalan la decadencia moderna de la moral sexual como efecto principal del ataque moderno contra la Iglesia católica, están probablemente en un error, pues esa decadencia no tendrá resultados muy duraderos. Según la naturaleza de las cosas tiene que surgir algún código, algún conjunto de normas morales, aun cuando el viejo código sea destruído a este respecto. Pero hay otros efectos malignos que podrán ser más duraderos.

Ahora bien, para descubrir cuáles pueden ser estos efectos, tenemos una guía. Podemos considerar cómo los hombres de nuestra sangre se comportaban antes de que la Iglesia creara la Cristiandad. Lo que principalmente descubrimos es lo siguiente:

Que en el terreno de la moral una cosa se destaca: el indiscutido dominio de la crueldad en el mundo no bautizado. La crueldad será el fruto principal en el terreno moral del ataque moderno, como la resurrección de la esclavitud será el fruto en el terreno social.

El crítico podrá preguntar aquí si la crueldad no será más característica de los cristianos en el pasado de lo que es hoy. ¿No es acaso toda la historia de nuestros dos mil años una historia de conflictos armados, de masacres, de torturas judiciales y horribles ejecuciones, de saqueo de ciudades y de otras cosas más?

La respuesta a esta objeción es que hay una diferencia capital entre la crueldad excepcional y la crueldad sistemática. Si los hombres aplican castigos crueles, se basan en el poder físico para lograr resultados, desencadenan la violencia en las pasiones de la guerra, si todo esto lo hacen en violación de su moral aceptada, es una cosa; si lo hacen como parte de una actitud mental completa y aceptada, es otra.

Aquí está la diferencia radical entre esta nueva y moderna crueldad y la esporádica de las

anteriores épocas cristianas. Ni la venganza cruel ni la crueldad en el acaloramiento, ni la crueldad en el castigo de un mal reconocido, ni la crueldad en la represión de lo que admitidamente debe ser reprimido, es el fruto de una mala filosofía, pues aunque esas cosas sean excesos o pecados, no provienen de una doctrina falsa. Pero la cruelad que acompaña al abandono moderno de nuestra religión ancestral es una crueldad congénita con el ataque moderno, una crueldad que es parte de su filosofía.

Prueba de ello es lo siguiente: que los hombres no se indignan ante una crueldad, sino que permanecen indiferentes. Las abominaciones de la revolución de Rusia, extendidas a la de España, son un excelente ejemplo. No sólo el pueblo afectado presencia los horrores con indiferencia sino también los observadores distantes. No hay un grito universal de indignación, no hay protestas bastantes, porque no rige ya el concepto de que un hombre, como hombre, es algo sagrado. Esa misma fuerza que ignora la dignidad humana ignora también el sufrimiento humano.

Digo nuevamente que el ataque moderno contra la Fe tendrá en el terreno moral mil frutos malos, y de éstos, muchos aparecen hoy, pero el característico, el que presumiblemente será el más duradero, será la institución universal de la crueldad junto con un desprecio de la justicia.

La última categoría de frutos por los cuales podemos juzgar el carácter del ataque moderno, consiste en los frutos que da en el terreno de la inteligencia — cómo trata la razón humana.

Cuando el ataque moderno estaba en formación hace un par de siglos, mientras se reducía aún a unos pocos académicos, comenzó el primer asalto contra la razón. Parecía adelantar muy poco fuera de un círculo restringido. El hombre común y su sentido común (que son los baluartes de la razón) no fueron afectados. Hoy sí.

Hoy se desacredita en todas partes a la razón. El antiguo procedimiento de convicción por argumento y prueba ha sido substituído por la afirmación reiterada, y casi todos los términos que eran la gloria de la razón llevan ahora a su alrededor una atmósfera de desprecio.

Véase, por ejemplo, lo que ha ocurrido con la palabra "lógica", o la palabra "controversia"; obsérvense frases populares como: "Nadie hasta ahora ha sido convencido por argumentos". "Todo puede probarse" o "Esto podrá estar muy bien en la lógica, pero en la práctica es diferente". El lenguaje de los hombres está saturándose de expresiones que denotan en todas partes un desprecio por el uso de la inteligencia.

Pero la Fe y el uso de la inteligencia están inextricablemente ligados. El uso de la razón es una parte principal —o más bien el fundamento— de toda investigación en las más altas especulaciones. Fué precisamente porque la razón recibió esta autoridad divina por lo que la Iglesia ha proclamado el misterio — esto es, admitió que la razón tiene sus límites. Tenía que ser así, para que los poderes absolutos atribuídos a la razón no excluyeran verdades que la razón puede aceptar pero no demostrar. La razón está limitada por

el misterio sólo para enaltecer la soberanía de la razón en su propia esfera.

Cuando la razón se ve destronada, no sólo se destrona la Fe (ambas subversiones se producen juntas) sino que toda moral y actividad legítima del alma humana se ve destronada al mismo tiempo. No hay Dios. Así, las palabras "Dios es la Verdad" que el espíritu de la Europa cristiana usó como postulado en todo cuanto hizo, dejan de tener sentido. Nadie puede analizar la legítima autoridad del gobierno ni ponerle límites. En la ausencia de la razón, la autoridad política que reposa sólo en la fuerza, no tiene límites. Y la razón se vuelve así víctima, porque es la humanidad misma lo que el ataque moderno está destruyendo con su falsa religión de la humanidad. Por ser la razón corona del hombre y al mismo tiempo su marca distintiva, los anarcas marchan contra la razón como su principal enemigo.

☆

Así se desarrolla y obra el ataque moderno. ¿Qué presagia para lo futuro? Es la pregunta práctica, inmediata, que todos tenemos que considerar. El ataque está actualmente lo bastante desarrollado para que hagamos algún cálculo sobre cuál podrá ser la próxima fase. ¿Qué perdición caerá sobre nosotros, o bien, ¿por qué buena reacción nos veremos beneficiados? Concluiré con esta duda.

El ataque moderno está mucho más adelantado de lo que generalmente se cree. Siempre ocurre así con los grandes movimientos en la

historia de la humanidad. Es otro caso de error en la apreciación del tiempo. Una potencia en vísperas de la victoria parece no estar sino a mitad de camino de su objeto — y hasta parece haber sido detenida. Una potencia en pleno desarrollo de su energía primera parece a los acontemporáneos ser un pequeño y precario experimento.

El ataque moderno contra la Fe (el más reciente y formidable de todos) ha avanzado tan lejos que podemos afirmar ya bastante claramente un punto muy importante: de dos cosas, una debe ocurrir, uno de dos resultados tiene que definirse en el mundo moderno. O la Iglesia católica (que ahora se está transformando rápidamente en el único lugar en que las tradiciones de la civilización son comprendidas y defendidas) será reducida por sus enemigos modernos a la impotencia política, a la insignificancia numérica, y, en cuanto abarca la apreciación pública, al silencio, o la Iglesia católica reaccionará, en este caso como en el pasado, más fuertemente contra sus enemigos que lo que sus enemigos han sido capaces de reaccionar contra ella; recobrará y extenderá su autoridad y surgirá una vez más a la cabeza de la civilización que hizo, y recobrará y restaurará así al mundo.

En una palabra, o nosotros, los de la Fe católica, seremos una pequeña isla perseguida, despreciada, en la humanidad, o seremos capaces de lanzar al final de la lucha el viejo grito de guerra: "¡Christus imperat!"

La conclusión normal humana en tales conflictos —que uno u otro de los combatientes será vencido y desaparecerá— no puede aceptarse. La Iglesia no desaparecerá, porque la Iglesia no es

mortal, es la única institución entre los hombres no sujeta a la ley universal de la mortalidad. Decimos, por lo tanto, no que la Iglesia podrá ser suprimida, sino que puede ser reducida a un pequeño grupo casi olvidado entre el vasto número de sus adversarios y el desprecio de éstos por la institución vencida.

Tampoco es la alternativa aceptable. Porque aunque es cierto que este gran movimiento moderno (que tan singularmente se parece al avance del Anticristo) puede ser rechazado y hasta puede perder sus características y morir como el protestantismo ha muerto ante nuestros propios ojos, éste no será, sin embargo, el final del conflicto. Éste *puede* ser el conflicto final. *Pueden* surgir una docena más, o hasta un centenar. Pero siempre habrá ataques contra la Iglesia católica, y nunca la disputa de los hombres conocerá la unidad *completa,* la paz ni alta nobleza por la *completa* victoria de la Fe. Porque si así fuera, el Mundo no sería el Mundo ni Jesucristo estaría en oposición con el Mundo.

Pero aunque no en su integridad, en su parte principal por lo menos, tiene que producirse una de estas dos cosas, la victoria católica o la anticristiana. El ataque moderno es tan universal y opera con tal rapidez, que hombres que ahora son muy jóvenes vivirán seguramente bastante para ver algo así como una decisión de esta gran batalla.

Algunos de los observadores modernos más agudos de la última generación y de ésta han usado su inteligencia para descubrir cuál será el destino que nos espera. Uno de los más inteligentes de los católicos franceses, judío convertido,

ha escrito una obra para probar (o afirmar) que la primera de estas dos soluciones posibles será nuestro destino. Considera los últimos años de la Iglesia en la tierra como vividos aparte. Ve una Iglesia del futuro muy reducida en número y dejada de lado en la corriente general del nuevo paganismo. Ve una Iglesia del futuro en la cual habrá intensidad de devoción, por cierto, pero que esa devoción será practicada por un pequeño grupo, aislado y olvidado en medio de todos.

Robert Hugh Benson, ya fallecido, escribió dos libros, notables ambos y que encaran cada uno una de las posibilidades opuestas. En el primero, *The Lord of the World,* presenta el cuadro de la Iglesia reducida a un pequeño grupo errante, como volviendo a sus orígenes, el Papa a la cabeza de los Doce — y una conclusión sobre el Día del Juicio. En el segundo, presenta la plena restauración de lo católico — nuestra civilización restablecida, revigorizada, una vez más en su trono y con sus vestiduras y en su espíritu verdadero, porque en esa nueva cultura, aunque llena de imperfección humana, la Iglesia habrá recobrado su autoridad sobre los hombres e infundirá una vez más al espíritu de la sociedad, proporción y belleza.

¿Cuáles son los argumentos que se presentan por ambas partes? ¿Sobre qué base tenemos que concluir por una tendencia hacia uno u otro sentido?

En cuanto a la primera solución (la merma de la influencia católica, la disminución de nuestro número y valor político al borde de la extinción) debe observarse la creciente ignorancia del

mundo que nos rodea junto con la pérdida de aquellas facultades por las que los hombres pueden apreciar lo que el catolicismo significa y valerse de su salvación. El nivel de cultura así como el sentido del pasado, disminuye visiblemente. Con cada década el nivel es inferior al de la anterior. En esta declinación, la tradición está disgregándose y derritiéndose como un ventisquero al terminar el invierno. Se le caen grandes pedazos a cada momento, que se disuelven y desaparecen.

En nuestra generación, la supremacía de los clásicos ha desaparecido. Se ven hombres en todas partes, que tienen poder, que han olvidado aquello de que todos hemos venido; hombres para los que el griego y el latín, las lenguas fundamentales de nuestra civilización, son incomprensibles, o, en el mejor de los casos, curiosidades. Los hombres viejos que viven ahora pueden recordar, inquietos, la rebelión contra la tradición, pero los jóvenes sólo advierten para sí cuán poco queda contra qué rebelarse, y muchos temen que antes de morir ellos, el conjunto de la tradición haya desaparecido.

Todos admiten que la disposición de ánimo para la Fe ha sido en gran parte perjudicada, verdaderamente perjudicada para la mayoría de los hombres. Tan cierto es que una mayoría ya (debería afirmar que una mayoría muy grande) no sabe qué significa la palabra *fe*. Para la mayoría de los que la oyen (relacionada con la religión), significa aceptación ciega, afirmaciones irracionales, leyendas que la experiencia común rechaza o una simple costumbre heredada de imágenes mentales que nunca han sido probadas y que ante el

primer toque de la realidad se disuelven como sueños que son. Todo el inmenso cuerpo de la apologética, toda la ciencia de la teología (la reina de todas las demás ciencias) han dejado de existir para la gran masa de hombres modernos. Con sólo mencionar sus títulos se consigue un efecto de irrealidad e insignificancia.

Hemos llegado ya a esta situación extraña: que mientras el cuerpo católico (que es ya *en la práctica* una minoría, aun en la civilización blanca) comprende a sus adversarios, sus adversarios no comprenden a la Iglesia católica.

El historiador puede trazar un paralelo entre el decreciente cuerpo pagano de los siglos IV y V y el cuerpo católico de hoy. Los paganos, especialmente aquellos paganos educados y cultos, que entonces vivían en número cada vez más pequeño, conocían bien las altas tradiciones a que estaban apegados y comprendían (aunque odiaban), esa cosa nueva, la Iglesia, que había crecido entre ellos e iba a desplazarlos. Pero los católicos que iban a suplantar a los paganos comprendían cada vez menos las modalidades paganas, despreciaban sus grandes obras de arte y tomaban sus dioses por demonios. Así, hoy la antigua religión es respetada pero ignorada.

Aquellas naciones que por tradición son anticatólicas, que una vez fueron protestantes y que ahora no tienen tradiciones fijas, han tenido tanto tiempo predominio que consideran a sus adversarios católicos como definitivamente vencidos. Aquellas naciones que han conservado la cultura católica están ahora en su tercera generación de educación social anticatólica. Sus instituciones podrán tolerar a la Iglesia, pero nunca están en

alianza activa con ella, sino a menudo en aguda hostilidad.

A juzgar por todos los paralelos de la historia y por las leyes generales que rigen el surgimiento y decadencia de los organismos, puede concluirse que el papel activo del catolicismo en las cosas de este mundo ha concluído y que en el futuro, tal vez en un futuro próximo, el catolicismo perecerá.

El observador católico negará la posibilidad de la completa extinción de la Iglesia. Pero él también tiene que seguir paralelos históricos; él también tiene que aceptar las leyes generales que gobiernan el crecimiento y la decadencia de los organismos, y tiene que inclinarse, en vista de todo el cambio ocurrido en el espíritu del hombre, a aceptar la trágica conclusión de que nuestra civilización, que en gran parte ha cesado ya de ser cristiana, perderá también todo su sabor cristiano. El futuro a encararse es un futuro pagano, y un futuro pagano con una forma de paganismo nueva y repulsiva, pero no menos poderosa y omnipresente por repulsiva que sea.

Ahora bien, por otra parte hay consideraciones menos obvias, pero que atraen fuertemente al pensador y al erudito en cosas pasadas y en la experiencia de la naturaleza humana.

Ante todo, está el hecho de que durante siglos la Iglesia ha reaccionado fuertemente hacia su resurrección en los momentos de mayor peligro.

La lucha mahometana fué algo muy cercano, casi nos inundó; sólo la reacción armada de España, seguida por las cruzadas, impidió el completo triunfo del Islam. El ataque de los bárbaros, de los piratas del Norte, de las hordas

mongolas, llevaron a la Cristiandad al borde de la destrucción. Sin embargo, los piratas del Norte fueron domados, derrotados y bautizados a la fuerza. La barbarie de los nómadas orientales fué eventualmente vencida, muy tardíamente pero no demasiado tarde para salvar lo que podía salvarse. El movimiento llamado Contrarreforma hizo frente al hasta entonces triunfante avance de los herejes del siglo XVI. Hasta el racionalismo del siglo XVIII fué, en debido lugar y tiempo, detenido y rechazado. Es verdad que engendró algo peor que él mismo, algo de lo cual padecemos ahora. Pero hubo reacción contra él y esa reacción fué bastante para mantener la Iglesia viva y hasta recuperar para ella elementos de poder que se habían creído perdidos para siempre.

Siempre habrá reacción y hay en la reacción católica cierta vitalidad, cierta forma de aparecer con fuerza inesperada por medio de hombres y organizaciones nuevos. La historia y la ley general del surgimiento y de la decadencia orgánicas llevan en sus líneas más generales a la primera conclusión, el rápido debilitamiento del catolicismo en el mundo, pero la observación, aplicada al caso particular de la Iglesia católica no lleva a tal conclusión. La Iglesia parece tener una vida orgánica bastante inusitada desde su nacimiento, un modo de ser único, y facultades de surgimiento que le son peculiares.

Además, obsérvese este punto, muy interesante: las mentes más poderosas, las más agudas y las más sensibles de nuestro tiempo están inclinándose claramente hacia el lado católico.

Son, por supuesto, por su naturaleza, una pequeña minoría, pero son una minoría de una

clase muy poderosa en los asuntos humanos. El futuro no se resuelve por los hombres mediante una votación pública; se decide por el desarrollo de ideas. Cuando los pocos hombres que pueden pensar mejor y sentir más fuertemente y que tienen el dominio de la expresión comienzan a mostrar una nueva tendencia hacia esto o aquello, entonces esto o aquello tiene grandes probabilidades de dominar al futuro.

De esta nueva tendencia a simpatizar con el catolicismo —y en el caso de caracteres fuertes, de correr el riesgo, aceptar la Fe y proclamarse sus defensores— no puede haber duda. Hasta en Inglaterra, donde el sentimiento tradicional contra el catolicismo es tan universal y tan fuerte, donde la vida entera de la nación está ligada a la hostilidad hacia la Fe, las conversiones que impresionan a los ojos del público son continuamente conversiones que se destacan en el orden intelectual, y obsérvese que por cada uno que admite abiertamente su conversión, hay por lo menos diez que dirigen la vista hacia lo católico, que prefieren la filosofía católica y sus frutos a todos los demás, pero que no se atreven a aceptar los pesados sacrificios que implica una confesión pública.

Por último, esta muy importante y tal vez decisiva consideración: *aunque la fuerza social del catolicismo, en número ciertamente y en la mayoría de los demás factores también, esté declinando en todo el mundo, el futuro, entre el catolicismo y aquello que es completamente nuevo y pagano (la destrucción de toda tradición, el rompimiento con nuestra herencia), está ahora claramente marcado.*

No hay, como había hasta hace bastante poco tiempo, un margen o *penumbra* confuso y heterogéneo, que podía hablar con confianza en sí mismo bajo el vago título de "cristiano", y discursear confiadamente sobre alguna imaginaria religión llamada "cristiana". No. Hoy están, ya casi bastante distintos y cada uno en su terreno, como para ser destacados pronto como negro y blanco, la Iglesia católica por una parte, y, por la otra, los adversarios de lo que hasta ahora ha sido nuestra civilización.

Las filas se han formado como para la batalla y aunque tan clara división no signifique que uno u otro antagonista vaya a vencer, significa que por último habrá un resultado final y simple, y que en un resultado simple, una causa buena, así como una mala, tiene mejores probabilidades que en la confusión.

Hasta los más equivocados y los más igorantes de los hombres que hablan vagamente de "Iglesias", están empleando ahora un lenguaje que suena a hueco. La última generación podía hablar, en los países protestantes, por lo menos, de "Iglesias". La actual generación no puede hacerlo. No hay muchas iglesias; hay una sola. Está por una parte la Iglesia católica y por la otra su mortal enemigo. La liza está cercada.

Estamos así ante el problema más trascendental que se haya presentado hasta ahora ante el espíritu del hombre. Estamos, pues, en la bifurcación de caminos por donde pasará todo el futuro de nuestra raza.

INDICE

Este libro
compuesto con tipo Elzeviriano,
se acabó de imprimir
el 21 de junio de 1943, por
Francisco A. Colombo,
Hortiguera 552,
Bs. As.